

FERNANDO DIEZ DE MEDINA

THUNUPA

ENSAYOS

PRIMERA EDICIÓN
1947

© Rolando Diez de Medina, 2004
La Paz- Bolivia

INDICE

[THUNUPA](#)
[PERFIL DE LA LITERATURA BOLIVIANA](#)
[EL PINTOR DEL ANDE](#)
[UN NOVELISTA KOLLA](#)
[INSURGENCIA DE LA JUVENTUD](#)

*¡Edifiquemos para un tiempo nuevo,
oh corazones jóvenes, ansiosos de,
durar!*

Reúno estas Páginas dispersas para afirmar una idea inquebrantable: la fe de los bolivianos en Bolivia, su esperanza de un futuro mejor.

Presurosas algunas, revisadas otras, nacieron en la búsqueda angustiada: cumplir un destino. ¿Qué importa que unas vengan del pasado distante, otras de un ayer más próximo? Todo Cuanto atañe al drama nacional, es actual, presente puro; urgencia de manifestarse sin reparos. A mitad de camino entre la republiqueta y la nación moderna, Bolivia busca su expresión, padece hambre de unidad, sed de coherencia. A nosotros, hombres de tránsito, colocados entre un mundo que caduca y otro que nace, corresponde vertebrar esa expresión, colmar hambre y sed, dar un sentido al duro presente, proyectar su mensaje al porvenir.

Acaso un día la nuestra sea llamada: la Generación de la Fe. Y ésta será la mejor recompensa.

Fernando Diez de Medina.

THUNUPA

“Samiri” o descansadero— dice la tradición Kolla— es la morada de los antepasados.

Elegid cualquier accidente del paisaje; una cueva, la prominencia de la montaña, esa colina ondulante, un árbol solitario, el lago inmóvil, una pirca de piedras. Son “samiris”. Hombres y animales en sus correrías por el altiplano, buscan un lugar de reposo, el asilo bienhechor que repara las energías perdidas y da nuevo acicate a la jornada. “Samiri” es el fuerte ligamen del suelo con su poblador, el don que “Pachamama” — la Tierra Madre — concede munífica a sus criaturas. Todo paraje, todo accidente natural, irradian una fuerza misteriosa que envuelve al viajero, cuando el viajero como el poeta antiguo busca y absorbe los efluvios del paisaje. El indio

acude a su "samiri" en son de protección; quiere fortalecer el cuerpo y elevar el ánimo antes de reanudar su marcha. Entonces el ancestro lo reanima con su viejo poder vitalizante; repara las fuerzas desgastadas, temple el espíritu medroso; y lo arroja otra vez al mundo de la acción. Así es el ancestro; envuelve y ampara al afligido. Así el hábito de los antepasados: levanta el corazón que sufre. Pero esto sólo lo sabe el Kolla, hijo de la Tierra, anterior al hijo del Sol. Y quien no se sumerge en sus mitos telúricos, ignora las culturas primitivas del Ande inmemorial.

"Samiri" — dice el indio — y un resplandor alado enciende sus ojos del bronce. La fe simbólica del cristiano, corresponde al culto animista del nativo por la naturaleza circundante. "Samiri" es pues una forma de la fe. Y viniendo a lo presente, en un tiempo de vacilación y pesadumbre, para los extraviados hijos de esta inmensa nación nocturna, ¿cual será el descansadero capaz de reanimarlos y elevarlos a una mística de resurgimiento nacional?

El "samiri" de los bolivianos debe ser la evocación del nombre de Thunupa.

Magno misterioso del tiempo mítico, Thunupa es también el nódulo vital del tiempo Nuevo. Numen cosmogónico, es una fuerza activa que moldea el universo andino. Numen teogónico, es el hijo de Wirakocha, profeta y caudillo de almas. Numen histórico, perdura con los orígenes del río Desaguadero. Numen moral, es el restaurador de la ley natural en las costumbres. Gran sabio y señor le llamó el indio, porque amparó al desvalido, desafió al poderoso, fue brújula y candela del proceso. Thunupa combate la iniquidad, predica justicia. Es amigo de los justos, enemigo irreductible de los déspotas. Y cuando nos sentimos vencidos por el terror de las punas desoladas, su recuerdo traspasa de piedad y de belleza la ruda longitud de la meseta. La montaña es Thunupa, porque trasciende virtud y fortaleza. El varón recto es Thunupa, crecido en la verdad y en la entereza. Y Thunupa es también esa fuerza interior que alienta en el corazón del hombre, muchas veces desfalleciente pero jamás vencida por el dragón que nos devora cada día.

Hay tres versiones del mito de Thunupa: la Kolla, la quechua y la española. Tomemos la primera, ya que las otras dos deforman el mito originario.

La leyenda Kolla refiere que el andino conoce a Thunupa desde los tiempos más remotos. Thunupa, hijo de Wirakocha el Creador de Universo, es uno de los héroes de la raza. Thunupa está presente y dirime la contienda entre el Mururata y el Illimani, allá en los albores de la cosmogonía andina, cuando mares y cordilleras modificaban la morada humana. Castiga la corrupción de los primeros moradores de Tiawanacu, transformándolos en piedra. Y su nombre aparece también en los mitos solares del Titikaka, luchando contra Yaurinka, la serpiente del abismo que amenaza las islas y los tronos. Pero el Thunupa histórico aparece un milenio antes de Atahuallpa, a la caída del Tercer Imperio Kolla, cuando los nómadas del bosque y de los valles submarinos suben a la meseta, al amparo de la guerra civil que disgrega el Kollasuyo.

Deteníase el profeta en los poblados Kollas, bastándole un oyente para iniciar su prédica. Después llegaban otros como ovejas al redil, y al terminar su admonición un rebaño azorado veíale perderse en lontananza. Alto, bien conformado, su tipo ascético denotaba privaciones físicas. Vestía un hábito talar de lana finísima, ceñido por un delgado cordón de cáñamo. Sandalias de vicuña. Y una rama de olivo silvestre por báculo. Aventajaba a los fornidos kollas más que en la estatura, por la majestad de porte y de accidente: un andar tranquilo de nube, un habla honda y sosegada, un mirar cautivante como la llama de una lámpara de aceite. Regresaba con la aurora, reanudaba su prédica y volvía a marcharse con el crepúsculo; así por nueve días consecutivos, al cabo de los cuales emigraba. Al principio no se quiso dar importancia a sus palabras, pero niños y ancianos las recordaban y fue menester que todos se ocuparan de ellas. Thunupa prevenía contra la disolución moral; atacaba la violencia, la rapiña, la embriaguez, la poligamia; la reforma de las costumbres, clamaba por justicia y por templanzas. Sus ojos despedían amor al dirigirse a los humildes, desprecio al enfrentar a los mandones y a los "mallcus"; y al denunciar a los déspotas, su verbo solía encrespase de coraje. Un "chaiño" del Ande, ese pajarillo de vivaces movimientos, cuyo pelaje negrísimo y lustroso alterna con manchas de oro, jamás abandonaba el hombro del profeta. Y era en verdad su único atavío.

Transcurrido algún tiempo, Thunupa retornaba al mismo poblado, en viajes circulares que además de moralizador le iban creando fama de mago, pues su presencia coincidía con sucesos maravillosos. En Taraco, su llegada aplacó la tempestad. Ahuyentó la sequía en Aigachi. Dícese que aplanaba montes, protegía cosechas, sacaba el agua del fondo de las peñas. Y en Cacha, donde no había seres justos porque todos andaban contaminados de iniquidad, con serpientes de fuego calcinó la roca. La tercera vez que apareció en Carabuco, fue apresado por los guerreros de Makuri y conducido a presencia del caudillo. Impío, cruel, concupiscente. Makuri se mofó del profeta pero quiso valerse del mago:

—Tu palabra es humo — dijo el caudillo — ni molesta ni perdura. Más si eres hechicero, conviérte este plomo en oro.

Negóse el peregrino a complacer al guerrero, y alzando la voz como el viento áspero y tonante de la puna, denunció sus crímenes conjurándolo a cambiar de vida:

— ¡Vuelve a la ley de Wiracocha! Despréndete de la culebra que te consume.

—¿ La ley...? ¡La Ley es Makuri! — replicó el déspota.

Y confiado en su fortaleza desafió:

— Lucha conmigo. Makuri no teme a guerreros ni a hechiceros.

Una expresión de tristeza veló el semblante de Thunupa:

— Necio — contestó — la culebra no debe luchar con el águila.

Entonces, el caudillo montó en cólera:

— ¡Es un impostor y un cobarde! — profirió — ¡Arrojadlo a hondazo limpio!

Y Thunupa fue lapidado por los honderos de Makuri. Los indios vieron cómo se abría la piel bronceada: un tajo profundo en la sien, la boca desgarrada, gruesos hilos de púrpura tiñendo el pecho descubierto. Cuando se alejaba, agotado y vacilante, todavía le persiguió la lluvia de las hondas derribándole tres veces. Pero el profeta volvió al siguiente día, y estaba intacto su cuerpo, inmácula su vestidura albísima. Y un pájaro aurinegro posado en su hombro. Y cuando los hombres de Makuri fueron a las fraguas para trabajar los metales, ya no los encontraron. Y fue que Thunupa, queriendo evitar la corrupción por la riqueza, había recogido los metales situándolos en las altas sierras, para que su posesión demande dolor y sacrificio.

Thunupa recorre el Ande por espacio de muchas lunas, haciéndose familiar su figura a los kollas: siempre desafiando al poderoso, protegiendo al desvalido, denunciando la iniquidad y el fraude. De sus muchos prodigios se cuenta en Sicásica, donde seres malvados prenden fuego a su lecho de paja, las llamas le guardan el sueño. Otra vez amarrado al poste de sacrificio por los mandones de Sorata, tres águilas se precipitaron velocísimas desde la cima del nevado y sueltan sus ligaduras. Thunupa sufre largas prisiones en las cuevas subterráneas de Carangas, y castigos extenuantes en Chuma, en Calamarca, en Ancoraimes, por combatir el mal. Los menos atienden su mensaje; los más le apalean y le expulsan. Mas el profeta no desmaya. La huella de su sandalia cruza montes y quebradas, pasa los ríos, cose como un hilo de fuego los pueblos diversos y dispersos del altiplano. A veces castiga la injusticia, obra prodigios, mitiga la desdicha, pero a menudo es víctima de los hombres, porque como todo reformador religioso debe expiar su grandeza en el dolor. Y aunque no puede extirpar el mal que se aposenta en los que mandan, es el refugio acogedor de los que obedecen. Thunupa es la esperanza.

Un día el inconforme decide marchar a Copakawana, donde sacerdotes corrompidos olvidan a Wiracocha por el culto totémico del Jaguar. Arrojando un vellón de su túnica a las aguas, Thunupa navegó en él hasta la isla de Itikaka, la peña sagrada en la cual deja esculpida la forma de su cuerpo. Itikaka morada mítica donde Wiracocha batió a la "Chamajpacha" - la edad oscura-, conformó el Lago, y dió a los kollas númenes celestes y telúricos, infundió más confianza en su misión: uno perecerá para salvar a los demás. Fortalecido por la soledad y la meditación, Thunupa navegó después rumbo a Copakawana. Apenas puso pié en la bellísima península, los adoradores del Jaguar lo apresaron. Inculpó el profeta a los zoólatras, atribuyéndoles el mal que cundía por los pueblos altiplánicos. Fustigó sus vilezas. Instóles regresar a la ley de Wiracocha. Y a pesar de los castigos con que fue amenazado, negóse a rendir culto a la espantable fiera que moraba en lo alto del peñón.

Entonces el "thaliri" de Copakawana, tras de consultar a los "amautas", dijo sordamente:

— El dios invisible murió hace muchas lunas. Ya no es. No tuvo descendencia. Pero el Padre Jaguar renace de felino en felino; y aquél que ostenta una mancha roja en la frente, ése es el Dios Vivo. El jaguar no miente; el Jaguar anuncia la desgracia y la victoria, protege las cosechas, ahuyenta las enfermedades y las plagas. Cada uno de sus movimientos, está ligado al

destino de los "kollas". Por eso le cuidamos, por eso lo llevamos los guerreros de Makuri en sus escudos. Y sólo pide un poco de sangre...

Miró con lástima Thunupa a los magos:

— Ciegos... enjaulados... crueles... jaguares también vosotros — dijo — ¿Por qué inmoláis criaturas?

— La Madre Serpiente bebe sangre.

— ¡Miente la Serpiente y el Jaguar miente! — fulminó Thunupa —. ¿Qué sabéis vosotros, hijos del Mal? Antes que "Pachamama", la Tierra madre, antes que "Inti", el Padre Sol, fué Wirakocha el Dios Inextinguible. ¡No matéis, no hagáis fraude, no manchéis la misión sacerdotal! Dejad el culto ofídico, no hagáis humilladeros al felino: Wirakocha pide paz. La sangre de la serpiente para la piedra, la sangre del kolla para el kolla fluyendo tranquila hasta que Wirakocha la detenga.

— ¡Que perezca, que perezca!— prorrumpieron los magos. ¡Insultó a la Serpiente y al Jaguar!

— Aguardad — dijo el "thaliri" a su gente; y volviéndose al profeta insinuó: — Si retiras tus palabras, si reconoces la ley bermeja del Jaguar, te elevaremos a la dignidad sacerdotal. El Dios Vivo recompensa a sus servidores.

— No persigo el poder, sino la verdad — replicó Thunupa —. Yo soy el que sirve sin esperar recompensa.

— Que perezca, que perezca! — aullaron los magos.

Dispuso el "thaliri" de Copakawana que el profeta fuera castigado por su osadía. Llevaron a Thunupa a una colina pedregosa. Rasgaron su alba vestidura, hicieron mofa de su desnudez. Una lluvia de palos y de piedras cayó sobre el profeta. Bajaron luego el cuerpo exánime a la playa y amarrándolo al mástil de una frágil balsa de totora, lo abandonaron a merced del viento y de las aguas. Entonces las ondas del Titikaka se encresparon, brotó la tempestad de su seno hundiendo muchas embarcaciones, y la navecilla enfiló hacia el estrecho de Tiquina, pasmando a todos por su rapidísima navegación. Iba Thunupa en ella, escoltado por ejércitos de Illapa, mensajero ígneo de Wirakocha, señor de los relámpagos alados, del rayo que fulmina, de los truenos que ruedan y resuenan sin descanso. Conforme navegaban cargando la maldad humana, crecían balsa y profeta en estatura; y al llegar a la playa de Cachamarca era tal su grandeza y poderío que la tierra se abrió en canal vertiginosamente para darles paso. Hendió en mayor distancia la tierra que las aguas, hasta perderse por las azules inmensidades del Poopó. Y del surco legendario de la balsa de Thunupa, nace el curso fluvial del Desaguadero, río mítico que enlaza los dos mayores depósitos lacustres del Ande.

Pero el Inconforme no murió: un monte, un río, un camino lleva su nombre. Los kollas dicen que su balsa solitaria surca el Titikaka y se desliza por el altiplano. Deidad benéfica, suele tornarse a veces punitiva y reparadora. Habla en el trueno, previene en el relámpago, castiga con el rayo. Sus manos venerables protegen las cosechas, su mirada suave mitiga la desgracia. Está siempre con los necesitados, siempre frente al déspota. Denuncia la iniquidad, exige justicia. Y para los hombres de fe, es símbolo de resurgimiento y de pujanza, porque él enseñó la constancia inquebrantable: sin llanto, sin fractura, sin quebranto. Fuerza moral superadora de infortunios! Es el piloto del alma india. Desde la oscura lejanía cosmogónica, Thunupa — mítico dios — sigue conformando el universo andino. En el duro presente, Thunupa — dios humano — prepara y fortalece voluntades para un futuro mejor.

Así es Thunupa: el Inconforme. Así es Thunupa: el Cristo Andino.

* * *

¿Qué sangre es ésta que nos mana del costado? Apenas removida, la herida entrañable se desborda.

Para el pesimista, todo anda mal en Bolivia por que nada se hizo bien: caótico el pasado, incierto el hoy, sombrío el futuro. País débil, inorgánico, desgarrado por sus vecinos, marcha a la zaga de los demás. La tierra invertebrada, la raza heterogénea, determina el caos psicológico; la nación causa la desdicha de sus individuos. Bolivia es una palabra. Bolivia no existe. Todo en su

historia denuncia el contrasentido. Carece de un contenido nacional y sólo cuenta con fuerzas regionales, siendo lo más fuerte del país el altiplano; pero el altiplano es trágicamente hostil. Todo en él es duro. Difícil, agobiador. Montañas descomunales: la naturaleza nos ha vencido. Tierra despoblada, sin conductores, sin técnicos, sin capitales. Políticamente, habitamos la ficción. Sucre hizo Bolivia para impedir que una gran nación creciera al sur de la Gran Colombia. En realidad, jamás tuvimos puerto; somos la nación mediterránea por excelencia, alejada del mundo. Las pequeñas naciones sudamericanas — ¿tres, cuatro? — están destinadas a desaparecer, pero ellas tienen siquiera un alma, un estilo nacional. Nosotros ni eso. Nada nos unifica, todos nos separa: la geografía como la pequeñez moral en que nos debatimos. La nación es una unidad política y de espíritu, pero en Bolivia una parte del país tiende al Pacífico, otra al Atlántico; y el núcleo, la meseta central, queda terriblemente aislada. Estrechos de ideas, mezquinos de actos, los bolivianos ignoran dónde van. Mientras el mundo circundante se afirma cada día más — cada día, cada hora, hay más espíritu nacional en Argentina, en Brasil, en Chile, en Perú, en Paraguay — nuestro mundo interno se fracciona y se disuelve lenta pero inexorablemente. No somos nación; nunca fuimos. Y al cabo de la segunda contienda mundial. Quedamos tan rezagados como antes: sin población, sin caminos sin industrias, sin vías propias y directas de contacto con la civilización. Bolivia agoniza detrás de sus montañas. Nadie puede detener esa agonía.



COPACABANA

Ayer "mirador de la piedra preciosa", adoratorio donde "kolla rindió culto totémico al jaguar. Ayer escenario del martirio de Thunupa, el cristo andino. Hoy santuario cristiano, abolengo de fe, consagrado a la milagrosa imagen de Nuestra Señora de Copacabana.

(Cortesía del Excmo. Sr. T. I. Rees, Ministro de S. M. Británica en Bolivia)

Para el optimista, Bolivia es un prodigio, su nombre lo prestigia todo. Nada es lo que ha perdido; muchísimo lo que conserva: inmensos territorios, fabulosas riquezas. La clave del pasado americano, la futura grandeza continental, constituye en este gran país dormido, porque Bolivia duerme, en espera de su hora y su victoria. ¿Quién resistió mejor? ¡Nada puede contra ella!. Enclaustramiento y mutilaciones, desorden y ensimismamiento, su abrupta geografía, su difícil desarrollo, son meros accidentes: pasarán. No es malo el boliviano; si sabe odiar, es que sabe amar. Disciplinado por una dinámica social, irá muy lejos. El estilo nacional es hoy la dispersión, mañana será la integración de los contrarios. Escasean conductores, más nunca el necesario para el trance decisivo. El señorío estratégico y económico del hemisferio sur, lo ejerce la plataforma andina: todo converge y se comunica por el espinazo de la gran cordillera. Bolivia es la más fuerte realidad política y geográfica de América. Somos pocos pero osados, infortunados pero estoicos. Desordenados, pero tenaces y ambiciosos. ¿Qué importan los contratiempos pasajeros, las apariencias desfavorables? Somos los mejores, porque mantuvimos la nación frente al fatalismo histórico, en desigual competencia con vecinos más rudos y potentes. Sólo nos faltan organización interna y la adecuación de la técnica moderna. No necesitamos de nadie; el boliviano se basta a sí mismo. El suelo de oro. La raza de bronce. El espíritu de fuego. Nada nos falta, lo tenemos todo. Espacio para cien millones de almas, tiempo ilimitado para crecer explotando nuestras grandes reservas naturales. Bolivia es una gran nación en ascenso. Nadie puede detener ese ascenso.

¿Tiene razón el primero o el que acierta es el segundo? Ni la visión plorante del pesimista, ni el miraje excesivo del optimista. Miremos con ojos de Thunupa nuestro drama nacional.

No hay fatalidad, no hay mesianismo. Sólo una ley de crecimiento que impone abnegación, perseverancia, disciplina. Somos la nación en germen. ¿Cuál es nuestro puesto en América? No importa distanciarse de los primeros, si sabemos evitar ser de los últimos. No son los bolivianos consecuencia de una patria inerte y desdichada, sino la patria desdichada e inerte el defecto plural de los bolivianos rebeldes al equilibrio organizado. El pesimismo disuelve, el optimismo engaña, el sentido de proporción dice la verdad. Todo se hace difícil en Bolivia, porque el boliviano es difícil, complejo, contradictorio. Vivimos en los extremos: abatimiento o delirio de grandeza. Agorería o fanatismo. Pocos saben que la patria verdadera se prueba sólo en el anhelo y el

desvelo de las almas. ¿Qué es Bolivia? Bolivia es una dura realidad y una gran esperanza. A nosotros queda confiado superar esa realidad y alcanzar esa esperanza. Patria es primero una idea; luego un hecho. La ética anterior a la geografía. La patria entrañable, la patria primordial, es siempre subjetiva. Y es en ella que se apoya y se edifica la otra, la patria jurídica, histórica y social. ¡Capitales, caminos, industrias! — clama el ansia utilitaria del siglo, olvidando que los grandes móviles de la vida fueron siempre románticos, y que sin una herramienta de fe no hay edificación colectiva. Nada es una voluntad actuante, si no viene impulsada por un ideal responsable. Patria es responsabilidad, servidumbre voluntaria, vigilia permanente. El combate de la fe y de la constancia que se muerde con el pan de cada día. Por eso el patriota responsable proclama: contra las almas relajadas, el espíritu de lucha. Contra la indolencia y el desorden, un principio de responsabilidad compartida. Contra el resentimiento que dispersa, la generosidad que liga y consolida. Y como todo idealismo acude a una estrategia para realizarse prácticamente, la estrategia nacional debe ser aquella de la marcha del indio: despacio y derecho a su fin. Son las obras desmedidas, las impacencias ardorosas las que pierden a los bolivianos. ¡Véd cómo avanza el autóctono por el océano altiplánico! Paso a paso, viajando de día y de noche, con ritmo lento pero seguro. Y es la marcha india, la que necesitamos para todos los modos de nuestra vida nacional e individual. Saber querer. Saber poder.

Aplicando la hermosa idea rilkeana, la Nación, como el mar, aunque tiene una designación en los mapas y entre los hombres, no es en realidad más que extensión, profundidad, movimiento. Debemos descubrir la extensión de nuestro territorio, la profundidad de las razas que lo pueblan, ajustar el ritmo de lo extenso con lo profundo. ¿Qué somos, qué podemos ser? Es toda la gramática para una construcción nacional. Somos la nación mínima; aspiremos al Estado orgánico. ¡Urge despertar! Más no al sueño peligroso del nacionalismo excluyente, que termina siempre en el absurdo imperialista, sino a la verdad de la nación entera y justa. Fuerte sólo para cortar la carrera de las mutilaciones territoriales y abrirse paso al mar; grande y magnánimo en la paz, en el trabajo, en la ordenación espiritual. En la América del Sur, donde existen ya potencias continentales, estados medios, y naciones mínimas, nuestra tarea presente debe mirar a un futuro próximo: el Estado orgánico, sin delirio de grandeza, sin penosas debilidades, para que entre la pequeñez turbulenta de los unos y el crecimiento desmedido de los otros, Bolivia represente el equilibrio justo de la salud consciente de sí misma.

Pregúntese al boliviano qué es Bolivia. No lo sabe. Dará mil respuestas vagas, sin acertar en la síntesis. Es difícil leer un mapa, porque se ignora el territorio. Poco dice el pasado, que llega sólo a través de un río de sangre y pesadillas. Historia y geografía, los dos instrumentos de precisión por los cuales los pueblos toman conciencia de sí mismos, escapan todavía a la comprensión nacional. Ignorantes instintivos y reactivos, los bolivianos duermen en el ocio. Estudiar es penoso. Aprender difícil. Moverse y ordenar el país, misión de titanes que muy pocos quisieran afrontar. Por eso escasea entre nosotros el estadista, el conductor de pueblos; y sólo tropezamos con teorizantes o ambiciosos, que van al poder en pos de utopías o de hacienda, con abstracción de la grave responsabilidad de hacer nación.

Bolivia, la verdad de cada uno, es el enigma para todos. ¿Qué sabe el montañés de los llanos orientales? ¿Qué el hombre de la llanura de los hombres del altiplano? ¿Qué el morador de las zonas templadas del trópico y del Ande? Las diferencias geográficas conforman la diversidad de los grupos étnicos; y el espíritu regresivo de la nación mediterránea — ensimismamiento, molicie, hurañía — cunde por la extensión del territorio, cerrando el acceso a las almas como se cierran las regiones. Carecemos de un espíritu territorial. Enclaustrada en sus montañas, confinada en sus fronteras despobladas, la nación padece ansia de unidad. Examinemos el drama geográfico: es análogo al sino psicológico: allí la desproporción abrumadora entre suelo y poblador, la diversidad y la distancia anulando cercanías; aquí el hermetismo y el recelo, la ruptura espiritual impidiendo entendimiento. La desazón que nace de contemplar la ignorancia en que vivimos respecto al territorio, acrece al observar los accidentes del paisaje humano. ¿Qué es el gobernante para el opositor? “¡Un bellaco!” ¿Qué el opositor para el gobernante? “¡Un despedido!” Y las dos facciones se combaten enconadamente, despedazando en lucha fratricida la patria que no pueden conciliar sus corazones. Caciquismo puro. Divididos y encontrados viven los bolivianos: divididos por designios de la naturaleza, encontrados en la tempestad de las pasiones.

Unos caen en el nihilismo disolvente, otros en la nación ciega y engreída; pocos son los que afrontando el caos aceptan la inmensidad de una tarea ordenadora, y sacando fuerzas de su propia flaqueza, levantan los soportes del futuro con las dificultades del presente. En Bolivia todos quieren mandar. Nadie quiere servir con humildad y honestidad, en dación de amor, como manda el Evangelio, como sirvieron todos los constructores de patria. ¡Osad, perseverad, buscad la energía en vez del oro! — dijo el pensador novecentista —. No basta. Hoy el mensaje es más

explícito y severo. La energía pura, el atrevimiento sin brújula, la suficiencia orgullosa, desembocan al vacío. La nueva voz de orden es una prédica consciente de amor y de acción responsable. ¡Conoceos, disciplinaos, servid sin recompensa!. Necesitamos una moral de sacrificio contra la moral de utilidad que nos socava. La naturaleza crece en extensión, el hombre en profundidad, la patria, hija del suelo y del espíritu, en ambas dimensiones, que donde uno ignora la profundidad del sacrificio, tampoco alcanza la otra extensión de lo durable. A mayor trabajo, celo más hondo. Dinamizado el boliviano, comenzará a moverse el territorio; y por el despertar de hombres y tierras, ascenderá el rumor de la patria nueva. Es todo el ciclo poético de las naciones: extensión, profundidad, movimiento. Debemos descubrir la medida física de nuestro país; profundizar su medida espiritual; y recién con el dominio de la una y por la purificación de la otra sobrevendrá la patria surgente de un destino mejor, que al cabo el hombre señor de sí, del mundo y de las cosas, es el núcleo magno donde nacen y perecen todas las acciones.

Por tres caminos podemos avanzar a una patria mejor:
La revisión del pasado.
La dinámica de aventura.
La moral de sacrificio.

Vamos al primero. ¿Cuál es la historia de este pueblo tan antiguo que su existencia no puede contarse en años, tan joven que tampoco puede medirse en siglos?

La leyenda negra de Bolivia nace de una experiencia muy ancha y de un juicio muy angosto. Fueron tantos los acontecimientos y tales los hombres, que la visión panorámica se pierde en el horizonte cárdeno cerrado de tumultos. En sustancia, en colorido, nuestro pasado republicano es el más novelesco del continente; de aquí que el historiador suela extraviarse, perdiendo la visión del conjunto por perder el episodio, cuya riqueza ornamental esconde muchas veces la noble severidad del edificio. La leyenda negra nace de las mutilaciones territoriales, del motín permanente, del caudillaje militar, de esa larga serie de infortunios y desórdenes propios de las naciones jóvenes. Ese espíritu festinatorio, esa impaciencia que un escritor señala como característica de la vida boliviana, a nada le aplican mejor que a la falsa interpretación de nuestro pasado: se ha visto poco, se ha entendido menos. La festinación y la impaciencia recaen, pues, sobre el juzgador. Y así nace la escuela pesimista: Moreno, Tamayo, Arguedas, son negadores de la nacionalidad. Blancólatra el uno, indianizante el otro, mestizófago el tercero, todos tres padecen un morbo psicológico de resentimiento y precipitación. Miran el conflicto lógico por su drama personal: Moreno, Tamayo, Arguedas, hombres-islas, islas-pensantes. ¡Estupendos resentidos! Porque la nación no se conforma a sus propias teorías abominan de ella, imprecán al destino, falsean la historia, reniegan de la raza boliviana — raza mestiza, raza compuesta, raza en formación — porque atentar contra uno de sus elementos étnicos, es ir contra el conjunto indivisible de los tres ingredientes principales que la componen. Bien leídos y en materia sociológica, Moreno amarga, Tamayo engaña, Arguedas envilece. ¿Cuál es la herencia que nos dejan? El odio de clases, la destrucción de los valores, la negación del porvenir. Calamares de la historia, bañan hombres y sucesos en la tinta negra de un pesimismo fatídico. ¡Tanta y cruenta injusticia para juzgar una patria que no ha terminado de nacer! ¿No dicen la biología política y la técnica económica que asistimos recién al despertar de Bolivia? Los agoreros prefieren preparar su entierro. Se ha proferido ya la palabra “liquidación”, sin medir el alcance nocivo del concepto, digno de pueblos seniles, no de colectividades jóvenes.

Miremos el pasado republicano desde un ángulo visual más extendido, desechando la falta de probidad y la ignorancia de los sociólogos. Falta de probidad porque no es lícito medir a la infancia con la vara intolerante de la senectud. Ignorancia por desconocer las leyes de la historia, que con ser ciencia tan vasta, sutil y complicada, no deja de tener las suyas, aunque sea arriesgado definir cuándo soplan por ellas el designio divino, la causa natural, o el propósito humano. ¿Qué enseñan esas leyes? Que las naciones como los individuos son organismos en constante mudanza, que no caben en marcos rígidos por pertenecer a una norma fluctuante de formación y deformación. ¡Famosas naciones de la antigüedad, potencias de la época moderna! ¿Qué fueron en su origen o en determinado tiempo? Centros de abyección. La crueldad de los imperios asiáticos estalla al pie del himno védico. Grecia, madre creadora del arte y de la ciencia, engendra el pueblo más ingrato y veleidoso con sus hijos ilustres. La gloria de Roma vacila entre heroísmo y corrupción. El orden metafísico del medioevo tuvo que superar primero los horrores de la barbarie merovingia. Y en épocas más próximas: ¿no soporta Rusia siglos de esclavitud, antes de alcanzar su resurgimiento nacional? Inglaterra, dueña del mundo, sapiente conductora de pueblos, ¿no tiene un pasado oprobioso de crímenes y reyes fementidos? Historia es, pues, una sucesión de ondas contradictorias. ¡Ay del que edifica en la espuma sin reparar en la ola! El planteamiento nacional debe ser: no somos mejores ni peores que las demás comunidades que en el mundo han sido. ¿Misericordias? Las tuvieron todas. ¿Grandezas? Ni nos sobran ni nos faltan.

Rechazando por igual la lente rosa de los optimistas y la negra lente de agoreros, nuestra historia ha de mirarse por el vidrio blanco de la verdad. ¿Que nuestro pasado republicano es un descenso? Aunque así fuera; caer no es sucumbir. Hombres y naciones se miden por su entereza para levantarse después de una derrota. Esa rápida desorganización social propia de los Estados en formación, no entraña enfermedad sino salud. Es el vigor excesivo de naturalezas jóvenes que irrumpen de la crisis atropellando todo. La República, para nosotros, representa una durísima enseñanza y una augusta experiencia. Caos y promesa de resurgimiento. Esta patria desgarrada por todos los infortunios, lleva en sí misma el sello de su permanencia. “Bolivia, santa y mártir”—clama el novecentismo quejumbroso, sumiéndose en la niebla de la desdicha. ¡Estoica y fuerte Bolivia! — responde el alma joven, superando el desorden con la voluntad de ser.

Una nación no es como un hombre; necesita varios siglos para desarrollarse y redondearse — sostiene Ganivet— y su grandeza no se mide por lo intenso de su población ni por lo extenso de su territorio, sino por la grandeza y permanencia de su acción en la historia.

¿Conocen esta ley de crecimiento lento los historiadores tenebristas, los sociólogos jeremiacos que nos dieron un pasado de cieno? No la conocen. Su visión corta comienza en la República, ignorando que antes fueron la Colonia, el Incario, los Imperios kollas, la Gesta Andina, núcleos vivos, centros de irradiación espiritual que atestiguan nuestra antigüedad. La historia de Bolivia principia con la cosmogonía andina. Para comprender lo que somos, debemos saber lo que fuimos: políticamente somos los más jóvenes, históricamente los más antiguos. Bolivia, pequeño organismo nacional en el siglo XX, es la cuna geológica y cultural de América. Y si nuestra misión actual es una de equilibrio entre mesianismo y debilidad nacionales, no por ello hay que olvidar la grandeza de nuestra permanencia en la historia. La revisión del pasado es obra de la escuela: un mirar más largo, un horizonte histórico más extendido, un sentimiento más hondo del suelo y de la raza. Pero lo urgente consiste en rectificar el miraje republicano, que por su mayor proximidad es el que más influye en la formación del espíritu nacional.

El fetichismo por lo heroico es peligroso; mas un pueblo sin tradición, es el otro despeñadero de la historia. No hay nación por pequeña que sea, sin hijos representativos. Nosotros tenemos los nuestros; civiles y militares, grandes y pequeños héroes al fin, modeladores de virtud en el alto sentido carlyliano, a la medida de su medio físico y espiritual. Exagerarlos, sería injusto. Disminuirlos, ingratitud. ¿Hay ojos que no ven la llamarada emancipatoria? ¡Ojos de ciego! ¡Oídos que no escuchan el clamor de las batallas? ¡Oídos de sordo! ¡Corazones que no sienten el sacrificio anónimo de millares de patriotas, que rindieron hacienda y vida por la libertad? ¡Corazones de piedra! Hay más lecciones en la Guerra de los Quince años, que cumbres en la andina cordillera. ¡Estudiad, revivid la epopeya del pueblo en armas! Granan los ejemplos, las enseñanzas granan. Para concluir con la tesis humillante del “pueblo enfermo”, bastará el sentido resurrector y unificante de la gesta libertaria: todos fueron, si no grandes, dignos, lo mismo los caudillos que las muchedumbres. Y si el cholo Pedro Domingo Murillo va en cabeza, es porque supo llevar hasta el patíbulo su convicción de patria libre.



ILLIMANI

El cerro tutelar emerge solitario en la impetuosa cordillera. Empinado sobre un encrepamiento de montañas, dicta su religión telúrica al aimara “Illimani” —el resplandeciente— dice la leyenda. Y en el monte arcangélico duerme su sueño de nieve la teogonía andina.

(Cortesía del Excmo. Sr. T. I. Rees, Ministro de S.M. Británica en Bolivia).

Quince años de lucha por la libertad... Es algo que no meditamos lo suficiente todavía. Aquí no lucen el paladín homérico ni el caballero medieval. Pero estos varones intrépidos que a fuerza de coraje y de constancia, conquistaron para nosotros el derecho de vivir libres de esclavitud, cumplieron el precepto senequiano: no dejarse vencer por nada, mantenerse siempre

erguidos, en la prosperidad o en lo adverso, merced a la fuerza-madre interior, al eje diamantino del espíritu ¿Buscó alguno fama, poderío? Sólo el derecho de vivir en la igualdad; criollos, mestizos, indios, construyen con su sangre patria autónoma. Acobardado por la ausencia de un escenario épico fastuoso, hay historiador que lamenta la falta de héroes en la Guerra de la Emancipación. Los héroes se hacen a la medida de los pueblos: si grande es nuestra fe, grande será la tradición; si mísero el sentimiento nacional, mísero el recuerdo. El error está en pensar que sólo hay heroísmo en las batallas. Bolivia tiene dos tipos de héroes que construyen las naciones: el héroe-muchedumbre y el héroe-conductor.

El héroe-muchedumbre está formado por labradores, peones, soldados, toda la variedad de la fauna social. En él se confunden el criollo acomodado, el cholo ambicioso, el indio resignado. Y ésta es, quizá, la más alta forma de heroísmo, porque nadie entraba a la multitud para hacerse un renombre, sino para servir oscuramente un ideal de libertad. Nataniel Aguirre ha evocado en *Juan de la Rosa* esos tiempos ejemplares, este libro relata en forma patética y poética, el dramático nacimiento de la república. Furor de actuar, afán de inmortalidad. Hombres y mujeres, niños y ancianos, rivalizan en valentía; las mujeres de la Coronilla, no son sino la concreción episódica de esa voluntad de ser nación. ¿Cómo pueblos diminutos, desorganizados, sin ciencia estratégica, sin equipo militar, pudiendo acabar con el Imperio Español? El héroe-muchedumbre en nuestra historia nacional, supera — si no en grandeza — en largueza al héroe-muchedumbre de cualquier país sudamericano. Por eso, habiendo sido los primeros en alzarnos contra el yugo peninsular, fuimos los últimos en obtener independencia. Y esto solo debería bastar — el sol de la constancia — para desmentir la negación de los sociólogos.

El héroe-conductor no es menos digno de renombre. Podríamos formar el Romancero Boliviano, si nuestros poetas buscaran inspiración en las vidas heroicas que animaron la Guerra de los Quince años. No hay figura que alcance la estatura de un Cid; pero varias que semejan nietos del Campeador. Comencemos por los precursores, porque con ellos nace la república. Los dos Catari, Vela de Córdova, Calatayud, Pagador, Gallardo, Alonso de Ibañez, Tuphuj-Katari, son la primera lección viva del pasado inmediato. No es su intrepidez para el combate la que se debe recordar, sino la entereza con que abrazan un ideal de autonomía. Son ellos: los precursores, paladines de un torneo sin palenque rompiendo yugos como romper lanzas; y porque supieron entregar sus vidas por amor, la salvan — como dice el místico— para una eternidad de gloria. La gesta de los guerrilleros es cosa de maravilla, el heroísmo de la humildad contra el heroísmo de lo épico. Se sirve sin esperar recompensa. Se lucha, se sufre, se calla con estoicismo indio. Pero nadie se rinde. Unos eran fuertes y enérgicos, otros pequeños y nerviosos; todos estaban desnutridos, mal armados, acosados por un adversario más potente en recursos y en ciencia militar. Maestros de la estrategia improvisada, se adaptaban al lugar y al instante, cada cual peleando en su pequeño grupo, sin esperar ayuda, sin pedir ni dar cuartel, reducidos a su propia iniciativa y a su solo coraje. Los guerrilleros de Kutuzov, hostigando a las huestes napoleónicas después de Borodino, son menos grandes que los guerrilleros altooperuanos que salvaron de asalto en asalto, de retirada en retirada, de aventura en aventura, y en cinco mil días de lucha cruenta y desigual, el derecho a vivir libres de opresión.

¡He aquí un estado mayor que disputarían el mármol y la lira, escogido entre ciento dos caudillos, de los cuales sólo nueve sobrevivieron a la victoria final! Warnes, los dos Lanza, Mercado, Camargo, Zárate, Arze, Betanzos, el cura Muñecas, Méndez, Arenales, José Miguel García Lanza, Juana Azurduy de Padilla, y aquel don Manuel Ascencio Padilla, prototipo del varón justo y esforzado, cuyas hazañas bastan para el decoro de un pueblo. La Guerra de las Republicuetas, que arranca la admiración del historiador extranjero, ha sido subestimada por los bolivianos. Todavía ignoramos los tesoros de heroísmo y edificación moral que guardan las guerrillas: vidas extraordinarias, protagonistas de biografías que aún no se escribieron, porque habituado a vivir entre montañas, el boliviano no repara en eminencias geográficas ni humanas. Por sólo esta guerra trágica y genial, fecundada en mártires, proezas y caudillos, podemos decir que no somos hijos del azar, sino herederos de una epopeya de valor y sacrificio.

El santoral patrio es rico en figuras señeras. ¿Se quiere un modelo de adalides frustrados? Lo tenemos en Clemente Diez de Medina, gestor del movimiento abortado del 30 de marzo de 1809, combatiente en Maipo y Chacabuco, que después de sacrificar hogar y hacienda a la causa libertadora, cede el mando a Murillo comprendiendo que sus antecedentes familiares le impedirán conducir el movimiento revolucionario. En los primeros tiempos de la república, al conocer el atentado contra Sucre, Diez de Medina rompió con los hombres encerrándose veinte años en su finca de Calachapi. Así fueron los fundadores de la república: grandes en el hacer, grandes en el callar. ¿Se busca una figura romántica, que inmortalice el coraje y el lirismo de la raza? He ahí a Huallparrimachi, noble por su ascendencia indígena, noble por su origen hispano, noble por sus sentimientos. El dulce poeta quechua, que suavizara con su zampoña trémula el áspero destino de

los Padilla, rindiendo la vida en flor en un combate, es el símbolo de esa juventud altooperuana que fue a la libertad por los caminos de la muerte. ¡Se pide un caudillo entero, tallado en fibra pura, capaz de sobreponerse a la flaqueza, a la calumnia, y a la ingratitud? Nombremos a Murillo, el valeroso, el astuto y calumniado, que redimió en la horca la desdicha de pertenecer a un pueblo negador de sus valores. El Caudillo de Julio es el arquetipo de la más alta varonía, de aquella que se recupera aún del error o caída para proseguir su misión. A Murillo hay que medirlo con la vara de la grandeza y de la miseria humanas: un hombre. Entonces aparece verdaderamente grande, porque no es el hijo del destino favorecido por los dioses, sino la criatura de su empeño que se forja aún contra el designio de los hados.

¡Estoica y fuerte Bolivia! ¿Por qué se mira sólo tu decrecer territorial, olvidando la virtud de un pueblo fortalecido por el dolor?

La República no es el caos, sino el resplandor sobre el abismo. ¿Qué oponer a las miserias del reciente pasado político? Un puñado de nobles y altas enseñanzas. Por cien desastres, diez victorias; y no hablemos de empresas guerreras, sangrientas y fugaces, sino de aquel otro modo de victoria, cuando el hombre lucha consigo mismo al vencerse a sí, acaba por imprimir su propio decoro a la comunidad que lo contiene. Junto a la patria sombría del caudillaje y del desorden, se alza la patria pura de los varones rectos, si menor en estatura, mayor en fortaleza espiritual, que al cabo el tiempo disuelve los horrores de los déspotas y magnifica la tarea de los justos. ¿Fueron las revoluciones pasto de ambiciosos? También el arma de los pueblos para defender su libertad. Por cada diez revoltosos asalariados, hay siempre un ciudadano consciente que lucha con desprendimiento en la montonera republicana; y el sacrificio de ese hombre consciente nos redime del tumulto colectivo. No todo fue abyección e indiferencia. Baste recordar que cuando sable y espuela señorean el escenario patrio, cuando las gentes acobardadas enmudecen y la vida de los bolivianos pende del que manda, un tribuno salva la dignidad de su pueblo denunciando los errores del despotismo analfabeto. Evaristo Valle no es el único "thunupa" en la hoguera republicana; otros como él desafiaron virilmente al despotismo. No hay que detenerse mucho en las luces de Iruya, de Socabaya, de Ingavi, ni en las sombras del Pacífico, del Acre, del Chaco. Reflexionemos más bien en este milagro de resistencia; cómo un pueblo siempre impreparado, escaso en conductores, pobre de recursos, lucha valerosamente por sus fronteras afrontando las dos hidras del aniquilamiento nacional; un adversario más potente que golpea desde afuera y un enemigo interno que debilita desde adentro. El sacrificio de millares de bolivianos caídos en seis guerras, nos gana el derecho a la supervivencia. Bolivia debe tomar su fuerza de su propia debilidad: aprender de sus yerros, levantarse en las caídas, unificarse en el ideal y en el esfuerzo. La constante desmembración territorial sólo admite un corolario: conocerse, comprenderse, luchar por una estructura nacional firme y coherente. Compactarse.

¿Por qué se magnifica la patología histórica y no las enseñanzas éticas? Porque se confunde historia con anécdota y tradición con melodrama; pero se producirá un cambio de eje fundamental en el modo de concebir la historia y en la manera de enseñarla, en la formación misma de nuestro carácter nacional, cuando se conceda escasa atención a los bandidos y mucha a los honestos. El cambio de concepto, el cambio de enseñanza, deben ser totales: subestimar la destrucción, destacar los conductores. Todo ese período rojo, esa época sangrienta y de pesadilla, cuyos capítulos se nombran "belcismo", "melgarejismo", "dacismo", debe ser reducido a su mínima expresión. Basta de motines, revoluciones y traiciones. Todas las fechorías de los demagogos y los déspotas que entenebrecen nuestra historia, nada son frente a una sola vida de virtud y de trabajo. Es injusto, es pernicioso que concedamos tanto campo al recuerdo de figuras como Belzu, Melgarejo, Yañez, Daza y tan escaso a la memoria de Taborga, Indaburo, Santistevan, Bosque, verdaderos guías de la grey cristiana. Los historiadores nacionales se acercan con morbosa preferencia a los tiempos de tumulto y de vesanía, volteando las espaldas al trabajo paciente y abnegado de los justos. ¿No es una aberración que hasta los niños sepan cómo fueron las Matanzas de Loreto, mientras pocos son los adultos informados del genio científico de Aspiazú? Si nuestro medio es rico en perfidias y desórdenes, es porque la escuela enseña perfidias y desórdenes; la finalidad pedagógica de enseñar con el mal ejemplo, se destruye frente a un morbo psicológico de imitación: la audacia, la traición, la irresponsabilidad, nos son inculcados con ese concepto policiaco de la historia, que hace de luctuosos sucesos memorables hazañas. ¿Cómo se debe enseñar la historia? En vez del motín y del botín, la servidumbre de las causas nobles. El superior espíritu de aventura, capaz de rendir la vida por un móvil altruista. La fe, la constancia, la abnegación de los caracteres intrépidos. La virtud paciente, la mansedumbre fuerte de los rectos. Y sobre todo la lección del idealismo consciente, de la energía contenida que sabe de dónde parte y a dónde llegará, contra la farolería caciquista y la violencia desatada, que con una mano levantan torres de grandeza y con otra las derrumban. Contra el genio levantisco de la raza, oponer la dura escuela ascética de los hombres de acción: hay que mirar largo y tendido sobre las rutas de Campos, de Palacios, de Vaca Díez, de Armentia, de Pando, de Suárez; geógrafos, exploradores,

colonizadores, que abrieron con su celo y su desvelo las puertas de la gran nación futura. Estos son los auténticos creadores de patria, las vidas ejemplares que Bolivia debe honrar, infundiendo a las nuevas generaciones ese “genio caminante” que hace de pequeñas colectividades grandes pueblos.

Una ley biológica determina: luchando, transformándose, violentando al azar se hacen las naciones. Si a cuchillada lenta la naturaleza, a puñal tajante la historia. En los cuerpos orgánicos como en las comunidades saludables, sobreviven sólo aquellos que resisten y superan el desastre. Bolivia, imán de adversidades ¿no es también la aguja magnética de un renacer futuro? La República ¿no ha sido un prodigio de supervivencia en el torbellino? Y este aferrarse inaudito a la vida; esta conciencia social en lucha desesperada con la barbarie; esta voluntad de resistencia obstinada ¿no valen por una ética de superación? Batalla sin tregua, gesta apocalíptica contra la naturaleza, contra el destino, y entre los hombres, acaso dará estabilidad a la nación cuando cada cual se haya templado en el dolor.

La historia — dice un moderno investigador — es como la vida humana: imprevisible, espontánea, como ella hija del momento, de la situación y del carácter diverso de los personajes de su drama. Se verifica en la lucha, por saltos y sorpresas, pasando de la hybris al equilibrio, por una ley bienaventurada de transformación. Los grandes pueblos no tienen “un” origen, “un” apogeo, “una” decadencia; están naciendo, creciendo, decreciendo, y renaciendo siempre. El saber histórico es pues un saber en movimiento, que fluctúa entre miseria y excelencias. ¿Qué la República ha sido entre nosotros un fracaso? Error de visión: sólo un contraste pasajero. Y aquí está, para demostrarlo, el friso heroico de los adalides, que Bolivia también los tiene como probanza de su decoro nacional.

¡Friso pindárico de los creadores y sostenedores de Bolivia!

Lo abre la pareja sagrada: Simón de América, José Antonio de Ayacucho, guerreros de leyenda, padres de pueblos, manes tutelares de la patria andina. Viene luego Santa Cruz, el Protector, cuyo genio político se anticipa en un siglo a su tiempo. Creador de las bases jurídicas y económicas del Estado naciente, el Mariscal de Zepita dió a Bolivia peso propio en el juego continental. Sin la espada de Ingavi, la obra del crucismo habría perecido. José Ballivián defiende y consolida la nacionalidad, combatiente afortunado, gobernante constructivo, Ballivián completa la tarea ordenadora de Santa Cruz. De mirar más largo el Hombre de Zepita, de zarpa más precisa el de Ingavi, ambos se integran y unimisman en la misión de afirmar una patria dispersa. Linares, la gran figura trágica de nuestra historia, aparece nimbado por el esplendor de un sueño excesivo y el halo tenebroso de una voluntad inexorable. Es el Reformador, el gran “Thunupa” republicano, que atiende a la enmienda de la conducta y arroja del santuario de la patria a los fariseos de bota, de levita, de poncho y de sotana. Queriendo hacer una nación, Linares se destruyó a sí mismo; y si un alma se mide por la estatura de su sueño, el Dictador era en verdad muy grande para un pueblo muy pequeño. ¿Qué decir de Frías, el incorruptible, que se mantiene sin mengua y sin reproche en la vorágine de las pasiones? Frías simboliza la tradición civil en su grado más excelso. Adolfo Ballivián, perfil romántico y sereno en el turbión del caudillaje, encarna el noble señorío de los patricios antiguos: buscad en él la pureza, el idealismo, la acción infortunada de los grandes soñadores. Campero o el deber. ¿No es así como debemos honrar al único caudillo militar que respetó la ley desde el poder? Narciso Campero es el despertar de la conciencia nacional, el Moisés paciente y esforzado que conduce a su pueblo entre riesgos y penurias, en pos de la tierra prometida de un destino mejor. A Campero hay que recordarlo en esa escena esquiliana del Campo de la Alianza, cuando envuelto en los pliegues de la tricolor sale al encuentro de un segundo ejército después de haber perdido otro, enseñándonos con su fe y con su constancia a ser hombres en la derrota. Arce minero y visionario de las ferrovías, también es grande a su manera; la Nación le debe empresas industriales, caminos, su vinculación por el riel a la costa del Pacífico; y un espíritu tenaz y laborioso digno de imitar. Baptista, tribuno insigne, católico militante, consumado político, no es menos admirable que Pando, geógrafo, explorador, y hombre de Estado, cuyo gobierno se asienta en el orden y en la responsabilidad. Montes, creador de la nación moderna, luciría sin desmedro junto a los mejores estadistas europeos. Aún dentro de las limitaciones de su época, jamás Bolivia fué más Estado, en el sentido político y realista del término, que durante los veinte años que la condujo — directa o indirectamente — la mano ordenadora de Ismael Montes. Montes o el carácter: he aquí lo que debemos aprender. Saavedra, caudillo intolerante y combativo, es el político que construye sin dejar de combatir. La nación le debe progreso y sentido previsor; y el ejemplo de ese estilo kolla de gran empuje que avanza a través del acierto o del error, de la cordura o la violencia, pero avanza siempre, porque avanzar es construir. Tejada Sorzano, el gobernante responsable, aunque su paso por el poder es breve, pasa en trance decisivo con eficacia y dignidad; hay que retener la enseñanza moral de ese trance. Y aún tenemos para cerrar el friso, dos figuras singulares. La imagen de la senectud extraviada:

Salamanca, que aún dentro del error es siempre grande. Y el perfil de una malograda juventud: Busch, capitán del Chaco, símbolo de la osadía, del espíritu resurrector de nuestro pueblo, que fue a encontrar en el caño de un revolver, la patria que no pudo forjar con sus manos presurosas y angustiadas.

Si la revisión del pasado entraña un nuevo sentido de patria, la dinámica de aventura será el instrumento para realizarla.

"Guerra es la vida del hombre sobre la tierra", enseña el Libro de Job. Y el mejor combatiente será siempre el inconforme, el rebelde contra sí y contra el mundo, el eterno insatisfecho en la aventura humana. El que se mueve, el que busca, el que combate. Mas no hay que confundir dinamismo con actividad desenfrenada, ni aventura con mero amor a lo desconocido, fuerzas ciegas que desembocan al vacío. Sólo cuando el pensar concierta con el obrar, cuando detrás de la acción hay un móvil responsable, aparece la dinámica de aventura, que es una explosión de energías físicas al tiempo que una disciplina espiritual. Movilizar el ser - cuerpo y alma al par - en una empresa de constancia y de conciencia. ¡Partir! Es hoy la voz de acicate. ¡Llegar y organizar! La meta que cierra la aventura. Basta de motines y oratorias, fuera la energía sin freno. El mundo necesita varones más fuertes y más ágiles, adecuados a una sociedad que será cada día más sabia, más sutil, más complicada y también más exigente.



QUIMSA CRUZ

Roca. Nieve. Cielos y montañas. Por el talud inverosímil descuelga el nevado su túnica armoniosa. Ásperos filos, crestas desafiantes, nubes que anuncian la tormenta. Y del vértigo del paisaje brota una revelación: los Dioses telúricos nacen de la tempestad.

(Cortesía del Excmo. Sr. T. I. Rees, Ministro de S. M. Británica en Bolivia).

Confiemos en un renacimiento nacional como confiamos en el poder resurrector de la naturaleza humana. Amar a estos indios, a estos cholos, a estos criollos bolivianos tales como son, con sus virtudes y defectos. Sentirse partícipes en sus ascensos y caídas, responsables por sus aciertos y sus yerros. Rechazar a los que perdiendo la confianza en sí mismos concluyen por perder el amor a su pueblo. Disentir de los que triunfando en la montaña, buscan patria grande para sus hijos en suelo ajeno. A los inertes rechazar, a los que soslayan el espíritu de disciplina por el espíritu de comodidad; a los censores implacables que adormecieron la fe de las multitudes con la exhibición de su miseria. Repudiar el desorden que paraliza, la politiquería que estrangula, el regionalismo que socava. Combatir el resentimiento, el impulso de pendencia, la explotación de los más. Pero aún reconociendo los males que nos afligen, presuponer la honradez intrínseca de cada cual, la capacidad regenerativa de los que erraron, el poder rector de los que fueron fieles a su ideal. Pensar que no hay mejora donde no hay enmienda; que si anhelamos el resurgimiento colectivo, debemos empezar por una mística individual de disciplina y rendimiento. Es la hora del impulso consciente ley de la acción inteligente. Un partir que es un celar. Un andar que es un arder. Un llegar que es un partir. La tarea recomenzada del buen aventurero, sólo acaba con la vida; ¡siempre en ansia de mudanza y ordenanza, en busca del riesgo y del esfuerzo siempre!

¿Qué es lo que Bolivia necesita? ¡Hombres, solamente hombres! Voluntades de razón, no de violencia. La arrogancia del atleta, la elocuencia del político, la voracidad del negociante, no son los tipos de energía que requieren las naciones jóvenes; es la fuerza disciplinada la que mejor vive a la comunidad. Los pueblos tienen hambre de virtud, sed de eficiencia: aquí y en todas partes. Varones íntegros, generosos y resueltos, como aquel Guachalla que deseando sustituir el caciquismo por un sentimiento democrático, decía: "El pueblo mandará y yo obedeceré". No hacer

patria con criterio de mercaderes y deportistas, sino con la norma del padre de familia bíblico: asentando la prosperidad de la casa en la virtud del hogar. Nada que se asemeje al varón rudo de la civilización utilitaria, simple energía, músculo puro, instinto sin freno; mas el hombre fuerte dotado de alma y de razón; el que reconoce en la ley moral la ley de elevación de rango del universo; el que hace de la aventura humana una servidumbre voluntaria, un infinito aprendizaje en pos de una verdad y un bienestar que debe compartir con los demás.

Bolivia es un país nocturno: duerme. También los bolivianos son hijos de la noche: esperan. ¿Qué esperan? Acaso olvidaron que el hombre es criatura de sus obras y la nación hechura de sus hombres. Un inmenso territorio inexplorado, una pequeña población dormida, exigen la tensión salvadora del esfuerzo ininterrumpido: por la inquietud de los espíritus, al dominio del mundo y de sus cosas. Fuertes almas, viriles voluntades, para emplearlas en una dinámica de aventura, que sacuda el organismo nacional. Vikingos — diría Europa. Pioneros — la América del Norte. El Ande responde: "Mallkus", señores de sí y de su suelo. Mallku, sapiente nombre indio, cargado de sentido para el desorden actual. El que sabe mandar, pero también el que sabe obedecer. El que toma la carga más pesada porque se le dió la más alta jerarquía. El que anuncia, el que ordena, el que dirige la batalla del mundo y el combate de las almas. El primero en el peligro, el último en el goce. Mallku: la mitad lleno de brío, la mitad rica experiencia. El que conduce no por ambición, sino por un sentimiento de responsabilidad social. Mallku, identificado en la leyenda aimára con el pájaro totémico, que como el cóndor es el de más largo mirar y el de vuelo más osado.

¿Aparecerá algún día entre nosotros el juvenil e intrépido impulso de conocer y de actuar, que hizo la grandeza de los griegos? ¿El mozo veinteañero que diga a su padre: "me voy, la ciudad me hastía; quiero saber qué hay más allá, formarme en tierra virgen, luchando contra la naturaleza y el destino?" Esa juventud existe, aguarda su oportunidad; tal vez comenzó ya su tarea, en forma tan reducida y silenciosa, que no la percibimos todavía. Es la fuerza surgente que se anuncia en el muchacho conductor de camiones, aquel que fortalece su carácter por los pésimos caminos de la patria. Un camión se enfanga en el altiplano. Baján sus ocupantes, trabajan dos, tres horas, fracasan en rehabilitarlo. Alzan luego los ojos al horizonte y se ven perdidos en un páramo infinito: ¿dónde pedir auxilio? Por la desierta inmensidad de la meseta sólo hay silencio y soledad. Caminan largamente, hasta dar con una casucha indígena. ¿Qué puede darles el indio? Apenas tiene para su propio sustento; vive en la miseria y el abandono. Regresan los viajeros al camión y pernoctan en su plataforma arropándose como pueden. Al amanecer, recuperando energías, lucharán con el fango y saldrán adelante. Pero esa noche, el cielo estrellado, meditan acosados por el viento de las punas: nuestra patria es esta inmensidad, este silencio, esta miseria, este abandono. Necesitamos poblar esta inmensidad, ahuyentar ese silencio, combatir esa miseria, colmar y animar ese abandono. En ellos, los viajeros, en los que se movilizan por sus propios medios, en los que afrontan la inmensidad y la dificultad del territorio, en los que reflexionan, aprenden y vencen del medio circundante, ahí alienta el espíritu de lucha, la dinámica de empresa que la nación requiere para un desarrollo orgánico.

Hay que movilizar al boliviano dentro de Bolivia. Lanzarlo a la aventura geográfica, a la peripecia viajera, a la comunicación territorial. No en son de turismo fiscal o privado, que es el peor modo de viajar, sino en empresa de riesgo, en aprendizaje directo con los hombres y las cosas, en contacto entrañable con lo que se quiere conocer. Porque viajar, entre nosotros, es todavía una escuela de formación moral. ¡Guay del que carezca de espíritu de iniciativa! Una abrupta naturaleza, la escasez de lugares poblados, el mal camino, la incomunicabilidad étnica y regional, miseria, soledad, silencio, son las espuelas ascéticas que requiere un carácter fuerte. ¡Si la energía estéril consumida en las luchas civiles se hubiese empleado en la exploración del suelo! Entonces conoceríamos Bolivia en su entrañable realidad—suelo, raza, cultura — y conociéndola seríamos los dueños efectivos de nuestra inmensa heredad y los señores de su destino. ¡Viajar, viajar! Necesitamos criaturas de voluntad, viajeros incansables. El día que el valluno sepa cómo vive el llanero, el día que el llanero conozca cómo reacciona el hombre de las punas, el día que el montañés se entere de la psicología en los llanos y en los valles, ese día estaremos en los umbrales de un conocimiento nacional. Dinámica de aventura será pues un moverse dentro del propio y extensísimo solar; una marcha hacia adentro. Bolivia debe conocer Bolivia. Con riesgo, con tesón, con sacrificio; porque avanzar y aprender y hacer en un país nocturno, es tarea más dificultosa que prosperar dentro de las naciones diurnas, donde la acción humana se simplifica por la máquina y la técnica. Viajar, aprender, enseñar y aplicar lo que se aprende; como viajaba, aprendía, enseñaba y aplicaba lo aprendido Alcides D'Orbigny, el sabio francés que conoció Bolivia mejor que los bolivianos, porque supo recorrerla y padecerla en largos años de aventura científica, cuando viajar por ella era todavía una brava hazaña.

¿Cuál será el arquitecto juvenil? El hombre integral que pide la vorágine contemporánea: osado, aventurero, consciente de su fuerza, responsable por sus actos, infatigable en su adecuación al cosmos dinámico que habita. No precisamente el triunfador, sino el emprendedor de su proeza, si por proeza entendemos la transformación del ideal en realidad. Aventura ha de entenderse como llamado a la acción. Aventura es esa vibración secreta que impulsa a desconfiar del nombre, que aleja del alero paterno, del empleo burocrático, del respaldo económico y social, para buscar el fortalecimiento del carácter en solitario aprendizaje. Aventura es uno que sale del montón para decir su verdad; el que busca el peligro porque se avergüenza de lo cómodo y lo fácil. La aventura que nuestra juventud requiere no es una marcha de audacia hacia el poder, sino un lento y duro aprendizaje de saber. Saber práctico, saber directo, elaborado en el gran libro de la naturaleza: aprender a conocerse, para saberse organizar. Avizorar, explotar, removerlo todo, cada cual dentro de su pequeña órbita individual, insatisfecho siempre con lo hecho, porque no hay superación sin descontento. Bien mirado, lo que necesitamos en una muchedumbre de inconformes — no de resentidos — capaz de poner en marcha esta nación dormida con su fe, con su intrepidez, con su tesón. Aventureros del ideal, aventureros de la acción, no por recurso desesperado del fracasado social, que es la forma más baja de aventura, sino por dinámica de empresa, por voluntad de riesgo y creación, por sentimientos de responsabilidad moral en un país que exige mayor rendimiento a los mejores. Y no se piense que la aventura es patrimonio de caminantes y pioneros; también el sedentario hará su parte, porque el pensamiento es un modo de la acción.

Un extraño, un extraño inteligente que viniese de fuera, preguntaría asombrado del sopor nacional: "¿Pero qué esperan ustedes? ¿Por qué no se movilizan sobre esta inmensidad geográfica? ¡Muévase, hagan algo, concierten sus esfuerzos!" Esta es, en el fondo, buena parte del drama nacional: estancamiento fisiológico, incomunicación interna, molicie espiritual. Apenas se comprende que nación intrínsecamente tan rica, sea potencialmente tan pobre; y es que el retraso colectivo proviene de la indiferencia y el desorden de las vidas individuales. ¿Debe la comprobación de este hecho sumirnos en el desaliento? ¡No! De pueblos más retrasados, surgieron mayores naciones. De orografías más adversas, comunidades más armónicas. De sueños más pesados, acciones más ligeras. ¿Qué aguardamos? La voz de mando ha de venir de adentro. Bolivia será una nación en marcha, el día que cada uno de sus hijos salga al encuentro de su propia aventura personal: despertar, despertándose; hacer, haciéndose; mejorar, mejorándose. ¡Todos inconformes! Porque nadie puede estar satisfecho de sí mismo en esta trágica agonía de montañas, donde la piedra parece atraer y detener la voluntad. ¡Todos inconformes, activos y resueltos todos! Cada cual piloto de su ruta. Acaso así alcancemos la estabilidad nacional, por el camino humilde y austero de una realización individual. No importa lo que se haga; hacerlo bien. Y cuando cada cual se haya movilizado hacia su propia perfección, una muchedumbre en marcha saldrá al encuentro de la patria que conquistaron nuestros abuelos, que usufructuaron nuestros padres. Y que a nosotros tocó padecer y rescatar en un presente adverso.

El mundo actual pertenece al entusiasta-dinámico: el que quiere hacer cosas. Al ideal del joven-águila que se desprende de la leyenda lawrenciana: voluntad de independencia, ansiedad de horizonte, pasión de altas empresas a costa de los mayores sacrificios. Y el alma siempre insatisfecha, porque el verdadero hombre de acción se temple en la discordia con el mundo, pero jamás termina la guerra civil de la conciencia.

Bolivia necesita almas ardientes, voluntades intrépidas, para subsistir como nación. ¡Alzaos de la conformidad y de la holganza! El mundo quiere ser conquistado; todos los días hay que descubrir el mundo. Que el espíritu de aventura despierte las almas y encorajine las voluntades, Una cruzada territorial toca a nuestras puertas; nuestra heredad inmensa pide acción. Necesitamos almas jóvenes y energías, que organicen su morada nacional con la misma pasión que la conozcan y recorran en sus modalidades regionales. ¡A conocer y padecer la patria, para rescatarla en el deber de cada día! Y cuando la juventud boliviana sea una muchedumbre en empresa de aventura, la nación estará saliendo de sí misma.

Pero aún falta lo más arduo: la moral de sacrificio.

A la pregunta del adolescente que interroga: "¿qué es la patria?", sólo cabe una respuesta: "¡mira en ti: ésa es tu patria!" No son los hombres espejo de las patrias sino las patrias reflejo de sus hombres. Somos pequeños porque somos flojos. Practicamos el principio táctico del civilizado: buscar la línea de menor resistencia, para obtener las mayores ventajas a costa del menor esfuerzo. El dinero no es un medio para elevar al hombre, sino un fin en sí, un instrumento de poderío y de holganza, encargado de aminorar sus fatigas y de aumentar sus placeres. Nuestra

debilidad nacional arranca de una moral colectiva de utilidad y de confort. Aburguesamiento, burocracia, pereza, son las tres plagas del carácter nacional; es la moral de la comodidad, que enerva y corrompe juventudes. Nos falta el idealismo del poeta, la intrepidez del pionero, voluntad de movimiento y de combate. Debemos alzarnos más que contra un estado general de molicie y chatura espiritual, contra ese espíritu de comodidad que roe lentamente al boliviano. Necesitamos una empresa de fe, una dinámica de aventura, un impulso de renovación. Abrirse paso no por el punto más débil, como lo practica una moral utilitaria, sino por la línea de mayor resistencia, la que buscan las almas abnegadas, porque saben que la verdadera victoria es hija de la dificultad y del esfuerzo. Necesitamos una moral de sacrificio.

Bolivia es un punto ardiente y lejanísimo, hacia el cual avanzamos todos partiendo de infinitos puntos geográficos, como convergen los radios al centro de círculo. Toda una vida es corta para marcha tan extensa. Cada camino como cada caminante: distinto y solitario. No importa lo que hagan los demás, si uno cumple honradamente lo suyo. Avanzar, avanzar sin tregua, venciendo obstáculos, devorando leguas, rechazando dudas, soportando castigo y sufrimiento. Como la muchedumbre de las aves en el "Mantic-Uttair", muchos sucumbirán por el camino, en pos de Simourgh, el ave maravillosa que conoce el secreto de la unidad divina y de los seres. Pero habrá una aurora de gloria, una de esas auroras que el Upanishad reserva para nosotros, para nuestros hijos, o para los hijos de nuestros hijos, en que millares de caminantes fatigados llegarán al punto que perecía ardiente y lejanísimo, y asomándose a su borde como al brocal de un pozo inusitado, se reconocerán en el espejo de sus quietas linfas: porque patria es la marcha de todos en la búsqueda incesante de uno mismo. Y quien quiera patria digna, se ha de aniquilar primero en el misterio de la servidumbre voluntaria y de la salvación por el dolor.

En un país donde todos quieren mandar y usufructuar, se necesita arquitectos de almas que rehuyan la insensata pedagogía de acrecentar al hombre físico en desmedro del hombre espiritual. Desconfiar del orgulloso y del violento, del cacique y de la espada, porque nunca de pequeñas pasiones salieron grandes causas. Volver los ojos al varón de entereza y de virtud. Exaltar en los que llegan, el genio de la verdadera juventud: pasión de ser y hacer comenzando por la pureza de conducta. Aspirar — como aspiraba Hölderlin — a una humanidad más alta por la elevación de cada cual.



ILLAMPU

La cumbre más excelsa de Bolivia: 7.000 metros. Su nombre significa "el centelleante", pero los indios le llaman también Ancumani, "el viejo encanecido por los años". Entre las dos moles insignes —Illampu, Illimani— discurre todo el misterio de la gesta andina.

(Cortesía del Excmo. Sr. T. I. Rees, Ministro de S. M. Británica en Bolivia).

Hay una desviación moral en la vida moderna. Se nos enseña ciencia mnemónica, conocimientos técnicos, prácticos administrativa; pero nada que permita pensar y proceder con rectitud. La eficiencia ha sustituido a la virtud, la moral utilitaria a la moral de formación espiritual. En el hemisferio sud, con raras excepciones, capataces y mandones hacen las veces del estadista. ¿Cuántos distinguen entre mandar y responder por ese mando? Muy pocos. Y el alma, en esta inmensa pugna de apetitos ¿cómo encontrará su propia jerarquía? La sociedad moderna no se cura por casos de conciencia. ¿Qué puede importar un alma a millones de seres empeñados en la lucha mortal de cada día? Y este es, no obstante, el nudo del problema: la sociedad se desintegra por falta de una estructura moral, de un principio de orden y de amor que dé sentido a sus manifestaciones exteriores. El derrocamiento de los valores espirituales, ha traído consigo la confusión social. Si aspiramos a restablecer el equilibrio entre hombre y mundo, aquí y en todas partes, debemos comenzar por enseñar virtud antes que administración; porque no hay saber positivo, saber práctico y estable, como recuerda Max Scheler, donde no hay previamente un saber de salvación.

Busquemos, formemos al "hombre de hombres" de que habló el poeta: fiel a su deber, a la amistad, a la pureza victoriosa de un ideal o de un amor lejano. El conquistador de su propia grandeza, aquel que considera la vida como una cruzada contra el mal, que hace de la debilidad una aspiración a la fuerza, y de la fuerza una responsabilidad indeclinable. El juez implacable de sí mismo, el protector de los demás. El insurgente, el resurgente, el que toma sobre sí la propia carga y comparte las ajenas. El héroe, en fin, en el sentido más noble y duradero: el que sirve, con olvido de la gloria y del dinero. Se dirá que este tipo de hombres casi no existe en Bolivia. Es verdad; por eso Bolivia subsiste apenas en el concierto de las naciones. Mas la salvación comienza por el reconocimiento de la verdad; y por uno que se salve, se rescatarán millares.

¿Cómo fortalecer a las conciencias mozas? Por la probanza de la virtud en la historia. Por un Linares, por un Frías, por un Campero, hay siempre diez mil bellacos. Bolivia es ese Linares, ese Frías, ese Campero; quedan su ejemplo, su obra y su zozobra. De los bellacos ¡nada! Y no importa que los más vivan en la holganza y el desorden si algunos son capaces de heroísmo y de humildad.

Hubo un tiempo en que el pionero norteamericano fue arquetipo de juventudes; representaba la energía dinámica, la astucia sabia, la voluntad incontrastable de ser y de poder. Contra ese varón osado, utilizado, alzó Rodó la imagen diáfana de Ariel, el genio de la razón serena, del idealismo delicado. Ambos corresponden a etapas superadas de evolución social. Del pionero surgió una gran democracia industrial. Del arielismo su antípoda; la pasión de soñar y de pensar con belleza, el sentimiento estético que ha hecho de pequeñas naciones centros de inquietud espiritual. Más no habitamos hoy el mundo primitivo y desbordante del pionero, ni la morada armónica del soñador. La era atómica, la civilización que ha hecho de la mecánica y de la biología los instrumentos más poderosos para el sondeo del hombre y la expansión del orbe que lo contiene, piden hoy algo más que el coraje del pionero, algo más que la pasión del soñador. Crecieron tanto las fuerzas, se han complicado en tal forma las actividades del civilizado, que espíritu y voluntad naufragarían si no buscaran el contrapeso de su mutua oposición. Los pueblos piden hoy varones justos y resueltos, activos y conscientes; ese tipo combinado de padre de familia y de estadista, a la manera roosveltiana, que vela por las muchedumbres como velarían por sus hijos. El idealista-práctico, aunque suene a paradoja, que hace de sus sueños una edificación exterior, y de sus empresas materiales un riesgo espiritual. El hacedor de patria, activo y responsable por todo cuanto emprende. Ni energía pura, ni descabalado sueño; la visión lúcida de una severa realidad, que exige a los mejores el mayor rendimiento en el esfuerzo y el celo más extremo en el propósito. El nuevo precepto délfico reza así: "¡como tú seas, será ella; como ella sea serás tú!" Una moral de sacrificio debe reemplazar a la moral de utilidad que nos enardece y desgasta estérilmente. Una siembra de amor al instinto de odio que nos consume. Un principio de disciplina y de sometimiento mutuo, al caos convulsivo en que nos debatimos.

"No somos moradores, sino caminantes"— dijo Pablo —. Y toda vida es un camino de perfección. Pero el triunfo no es del que espera, sino del que avanza y desespera, porque en la búsqueda angustiosa está la salvación. Contra la vida opaca, la vida intensa. Contra la quietud que refleja, la inquietud que espolea y exalta. Contra la modernización, el fervor. ¿Cuál será nuestro camino? Cada uno persiguiendo la verdad de sus sueños: regresando con el sueño de su verdad cada uno. Las nueve furias que desgarran el cuerpo nacional no vienen allende las fronteras: son plantas autóctonas que brotan del suelo que las genera y reproduce. Debemos luchar contra el recelo, pasión de ensimismados. Contra la clausura de las almas, que decreta la aversión de las regiones. Contra el espíritu de encono y de venganza. Contra el afán divisionista. Contra la crítica injusta que deprime y extenua. Contra el desorden colectivo, factor de dispersión. Contra la irresponsabilidad individual. Contra el resentimiento -flor de pueblos enclaustrados - que no pudiendo llegar a la fricción abierta con el mundo, se hiere y se desgarran en el combate crudelísimo de sus propias criaturas. Necio el que diga: "Bolivia es el pueblo elegido de Dios". Infeliz el que afirme: "Es la nación condenada a desaparecer". Entre la excesiva afirmación y la negación desesperada, sólo cabe la ponderación nacional: "Bolivia es el espejo de los bolivianos". Levantémoslo, levantándonos. Si la primera centuria republicana fue un fracaso, la segunda puede ser un ascenso. El secreto de un resurgimiento nacional no reside en los programas políticos, cuanto en la revolución de los espíritus, cuando cada uno consciente de su deber actual y de su responsabilidad futura, erija con su conducta esa norma moral que hace la fortaleza del conjunto. Hombres: he aquí lo que Bolivia necesita. Pero hombres de verdad, que hagan el aprendizaje de la varonía por el dolor consciente, por la acción metódica y constante, por el sacrificio deliberado del sensualismo reinante al cumplimiento del deber.

Desde el tiempo lejano de los abuelos y los bisabuelos, nos fue donada una imagen de la patria en el raptó tres veces poderoso de la sangre, del fuego y de la selva. Diosa augusta de la constancia inquebrantable, nuestra enseña tricolor toma de la vida la fuerza de la sangre; del alma un impulso ascensional de llamarada; de la naturaleza un ondular de selva oceánica. Y esa triple majestad del rubí, del topacio y la esmeralda flamea al viento libre del Ande envuelta en el milagro de un cielo tan puro y tan profundo, que se diría a un tiempo mismo el mar azul de una quimérica esperanza, y el sueño intacto en que se transparentan los cristales. ¿Qué nos pide tan serenísima hermosura? Un poco de fe, otro poco de valor. Una norma de austeridad en el pensar. Una moral de sacrificio en el hacer. Ser hombre es, precisamente, ser responsable. Y que cada cual sea digno de servidumbre a tamaña majestad. El oficiante de su enseña, será el forjador de su nación.

Un heroísmo humilde, que sirve sin aguardar recompensa. Un amor que no flaquea. Un hacer que no pregona. Son la triple coraza del guerrero. Pero el caballero haciente de la época moderna, apenas difiere del andante caballero medieval. Por mi Dios, por mi Rey, por mi Dama — dijo el antiguo paladín—. Por mi Fe, por mi Patria, por la Dama-Conciencia — responde el adalid contemporáneo—. No es tanto un querer mandar, cuanto un saber servir. Y en verdad sólo se salva el buen caballero, el siervo fiel, aquel que lo entrega todo a su conciencia y a su patria, para aniquilarse finalmente en la grandeza y en el júbilo de Dios Nuestro Señor.

* * *

"Samiri"... dulce y fuerte hechizo aimára. ¿Qué nos dice en su soplo auroral la palabra "Thunupa"?

Thunupa es hoy el espíritu evocador del pasado, superador del presente, augur del porvenir. Despierta, ordena, impulsa. La "khoragua" del profeta despide un dardo de traquita que rebota de corazón en corazón. Todo aquel que siente el roce o adivina el paso del divino proyectil, se pone en marcha hacia una verdad mayor. Porque Thunupa es el deseo de ser mejor, el anhelo de una dicha responsable. Es el fervor con que enterramos nuestros muertos, la solidaridad que nos ata a los actos de los vivos. Thunupa es el espíritu de sacrificio, la virtud de generosidad, el olvido de las injurias y los yerros. Es aquel sentimiento responsable que un día cogerá al indio desde la cuna para levantarlo al nivel del ser civilizado. La fe en el mestizo desordenado de hoy, que será la fuerza disciplinada de mañana. El severo rigor que exige a las clases cultas el más alto rendimiento y la responsabilidad mayor. Thunupa es la tesis unificante del gran mestizo, sobre todas las pretensiones disolventes de raza, de clase, y de facción. Thunupa invoca el espíritu de lucha y disciplina, contra un pasado de molicie y de anarquía. Thunupa es el "samiri" de los varones que hacen patria partiendo del hondón de la conciencia. Thunupa es la pasión de crear entre montañas. Thunupa es el deber.

No todos le comprenden. No todos escuchan su mensaje. Pero las almas jóvenes y osadas, las almas inconformes, las intrépidas almas que buscan la verdad entrañable del suelo y de la raza, recogen en sus horas de vigilia una voz ternísima que sube como la flecha del árbol siempre en tensión de altura:

— Yo soy Thunupa, el profeta abolido que combatió a los "thaliris" del antiguo poder sacerdotal. Yo soy Thunupa, el "mallku" resurrecto del tiempo nuevo. Y a vosotros digo, hombres de fe: haced vuestra tarea, yo haré también la mía. Amad esta patria dispersa, luchad por merecerla unida. Primero el gobierno de las almas, después la arquitectura del Estado. Por cien que desfallezcan, uno llegará. Si falta un adalid ¡hay que formarlo! Acaso la pasión de todo un pueblo, fabrique la grandeza de su guía. ¿Soñáis la patria grande? Grande será vuestra tarea, duro el camino. Cada cual tolerante con los demás, será inflexible para consigo mismo. Alzaos de la inercia y de la envidia. Mas no emprendáis la batalla contra el mundo, sin antes librar el combate solitario del espíritu, porque hacia dentro va el camino misterioso. Tan pura como la fe, la disciplina. Tan fuerte como el deseo, la obra. No hay patria perdurable sin ánimo esforzado; y puesto que las patrias son acciones y pasiones de las almas, dejad que el alma envíe al mundo la luz de su celeste disciplina. ¡Mirad en vosotros mismos: ésa es la Patria! Yo soy Thunupa, el Inconforme. El que salvó la fe de los desastres, el que templó vuestras victorias, el que cargó con las miserias y los yerros, la estrella de los resurgimientos nacionales. Padre de Bolivia en su remoto origen, soy a un tiempo el Hijo de su infortunio y su estoicismo. Y la Paloma Mística que santifica en el tiempo la duranza de esta joven nación extraordinaria: tan pequeña, que todos se llevaron jirones de su túnica; tan grande, que nada pudo destruirla, ¡porque un designio altísimo buscó la pesadumbre de la cumbre, para esconder el corazón de un continente!

PERFIL DE LA LITERATURA BOLIVIANA

¿Existe, en rigor crítico, una "literatura boliviana"?

Han pasado treinta años del severo enjuiciamiento de Riva Agüero sobre las letras sudamericanas, y las condiciones generales se mantienen: son literaturas incipientes, en formación, imitativas. Abundan la copia ingeniosa, el lirismo barato, la fraseología huera. Escasean las obras de vuelo, con valor intrínseco ajeno al medio y a la época. Salvadas las naturales excepciones, el continente Sur sigue produciendo baja literatura, de reflejo, prestándose los temas y las formas expresivas. Casi siempre el esfuerzo apresurado flaquea en técnica y estilo; y el libro se resiente por falta de tensión intelectual. El escritor sudamericano, pobre en ideas y en cultura escaso, cubre su desnudez con la vegetación verbal. Habla, pinta, gesticula, grita. No ha dicho nada. Cierto que *La Vorágine*, *Don Segundo Sombra*, *Doña Bárbara*, *El Mundo es Ancho y Ajeno*, llevan su mensaje propio, pero esas plantas exóticas ralean en la América Meridional, donde todo está todavía por descubrirse.

Si no existe un gran ideal colectivo que informe y dé sentido a las letras del continente ¿cómo hablar de "literaturas nacionales"? Una literatura es el producto de largas luchas donde se miden con desigual fortuna naturaleza, hombre e historia. Acierta pues el crítico que la nombra "flor de la historia de un pueblo, espuma de su dolor y su alegría". Mas en estos pueblos-fetales de la América Sureña ¿de qué literatura nacional hablar, si la nación misma no ha concluido de conocerse y estructurarse en forma orgánica? Para un juicio objetivo, desapasionado, con sentido de las jerarquías literarias, no existe una "literatura chilena", como no hay una "literatura colombiana", ni una "literatura argentina", aunque existan algunas buenas obras compuestas por autores chilenos, colombianos y argentinos. Estos pueblos jóvenes de trasplante y de aluvión, viven todavía el tiempo épico de la pugna con el medio. Falta mucho para que sobrevenga una lírica genuinamente sudamericana. Y más, aun, para el ajuste dramático del hombre con las cosas, cuando medido el mundo exterior, sondeado el orbe interno, el poblador encuentra su equilibrio en la expresión de su medio y en el modo cómo reacciona frente a él.

Despojados de la suficiencia criolla, reconozcamos que no se puede hablar seriamente de "literaturas nacionales" en el Hemisferio Sur. Y justamente de esta negación, brotará una profesión de fe: el sudamericano, para llegar a ser algo, debe comenzar por reconocer que no es nada todavía.

Vamos ahora al caso particular. Si nos resistimos a dar el nombre de "literatura boliviana" al conjunto de engendros, medianías y escasas obras buenas escritas por autores nacionales, es porque deseamos, ardentemente, que abandonando la imitación y la impaciencia, nuestros jóvenes busquen en sí mismos y en la indagación de lo vernáculo, los gérmenes de una literatura auténticamente boliviana. Para nosotros y para quienes nos sucedan, valgan estas frases generosas de Alcides D'Orbigny: "Si la tradición ha olvidado la memoria del lugar donde estuvo el Paraíso, el viajero que visita ciertas regiones de Bolivia puede exclamar con entusiasmo: ¡Éste es el perdido Edén!" O estas otras, nobles y certeras, de Santiago Vaca Guzmán, proferidas con emoción indianista: "Nuestro porvenir literario está en la riqueza y variedad del suelo boliviano, portentoso escenario natural donde el espectáculo, a pesar de ser el mismo, parece por su majestad siempre nuevo. Aquí donde la luz vibra como las chispas del diamante, el corazón no puede permanecer insensible ni la imaginación estéril." Tenemos, pues, tema y sujeto: Bolivia y el boliviano. Nos falta, en cambio, aceptar el consumo de fe, de energía, de esfuerzo disciplinado y consciente para convertir la realidad natural en creación artística. No basta explorar el territorio geográfico. Ni sondear el territorio humano. Flaqueamos en la fusión, en la interpretación, en la estilización del hombre y del suceso. De tan desmedido suelo, de tan complicado poblador, el intérprete sale naturalmente aminorado. Y si no es lícito, en rigor crítico, hablar de una genuina "literatura boliviana" la falta es nuestra: somos los contempladores, no los reconstructores de un cosmos nacional.



NINA COLLO

Un británico ha redescubierto para el arte fotográfico la mole majestuosa del Nina Collo; 5.600 metros sobre el nivel del mar. Es una cima soberbia en la imponente cordillera de Quimsa Cruz, y aunque reina entre reinas, pocas le aventajan en poderío y hermosura.

(Cortesía del Excmo. Sr. T. I. Rees, Ministro de S. M. Británica en Bolivia).

La primera dificultad para el investigador, es la ausencia de una historia de nuestro proceso literario. Existen ensayos fragmentarios, antologías deficientes, panoramas ligeros e incompletos. Ninguna visión de conjunto que obedezca a un planteamiento científico, que revele análisis metódico de épocas y escuelas, que calibre jerárquicamente obras y autores. Si no hay una estructura central, un desarrollo conforme a plan, menos se puede pedir en acabado y decoración. Nuestros críticos carecen, casi siempre, de sentido de proporción, de capacidad para la discriminación de los valores, de finura psicológica para entrever las zonas del color y del matiz. No idean; no discriminan; enumeran y relatan. Por lo general la escasa cultura corre pareja con la ausencia de buen gusto. Quien se asome, pues, a nuestras letras, deberá ser hurón de biblioteca, papelista y benedictino a un tiempo mismo. Todo, o casi todo, lo aprenderá por sí mismo, remontándose a las fuentes para no extraviarse por rutas escabrosas. Carecemos de una clave intelectual para seguir el ascenso del espíritu boliviano.

Hay tres maneras —entre otras— de plantear el proceso de una literatura nacional: la histórica, la geográfica, la estética. Para el juicio histórico, tan atento a la evolución política y a los cambios en el tiempo, nuestras letras se acomodarían en seis ciclos: el Tiempo Mítico, el Imperio Aimára, el Imperio Quechua, la Colonia, la República, Renacimiento. Para el criterio geográfico, que consulta suelo y raza, se adoptaría la división clásica: montaña, valle, selvas y llanuras, que enmarcan las tres razas fundamentales; aimáras, quechuas, orientales. El problema a dilucidar, entonces, sería cuáles son las influencias andinas, vallunas v selváticas en nuestra literatura; cómo reaccionan, se expresan, enlazan y divergen el alma ruda y beligerante del andino, el alma tierna y sensual del valluno, el alma exuberante y enervante del hombre de los llanos y las selvas. O sea la expresión vital de punas, zonas templadas y llanuras, reflejada en el triple espejo dramático del aimára, bucólico del quechua, pánico del oriental. Para una valoración estética, la literatura se impone por sus cimas y sus quiebras, aun prescindiendo de las relaciones de tiempo y de lugar. Obras y autores se calibran por sí, atendiendo a la riqueza conceptual y a la belleza del estilo. El libro como obra de arte, como esfuerzo creador y ejemplificador.

Al planteamiento del entusiasta estético, que con ligeras referencias históricas y geográficas es el adecuado a mí propósito, quiero agregar algo más. Las literaturas no se hacen por acumulación, sino por simple eliminación. Contra la prolijidad del catálogo, debe primar un principio selectivo. Aunque en títulos y nombres los libros bolivianos pasen de varios millares, lo digno de leerse no llega a la centena tratándose de autores. Es el criterio que aplica el maestro Henríquez Ureña: "Hace falta poner en circulación tablas de valores: nombres centrales y libros de lectura indispensables. Hay que dejar en la sombra a los mediocres. La historia de la literatura americana debe escribirse alrededor de unos cuantos nombres centrales." Escojo, pues, lo que me parece descollante, con entera libertad de juicio y de gusto, sin que la obligada prescindencia de algunos suponga necesaria subestimación, sino urgencia de reducir el enfoque para captar lo esencial. Quiero abrir un sendero personalísimo por el escarpado monte de nuestra literatura

nacional. Y a quien me siga, le recordaré con Unamuno: no quiero más método que el de la pasión. Ni cátedra ni veredicto. Sólo una visión subjetiva de libros y de autores.

Nuestra literatura no se agrupa por tendencias generales ni se manifiesta en escuelas definidas. Las que adopto, acaso parezcan arbitrarias, reñidas con la estricta cronología, pero no dejan de ser divisiones necesarias para facilitar una comprensión ordenada del proceso literario. Cada escritor nacional tomó rumbo solitario. Y todos vuelven al observador atento por la misma vorágine: todos autodidactos, eclécticos, anárquicos, caudalosos, poli formes, desconcertados, desconcertantes. La excepción no desmiente la regla. Ordenar, sistematizar ese caos de ideas y de estilos, en un país donde faltan bibliotecas, críticos y ciencia bibliográfica, será tarea de gigante. Voy, entretanto, al enfoque panorámico y sintético.

He aquí una ruta posible:

Las Fuentes Andinas.

La Colonia.

Los Precusores.

Los Románticos.

Los Realistas.

Los Indagadores.

Los Eclécticos.

Los Vernaculares.

La triple esfinge de la autoctonía permanece muda. Nada serio, nada bello ni elevado dijeron los bolivianos acerca de los mitos andinos, del imperio aimára, del imperio quéchua, las tres rutas áureas de un pasado fabuloso.

El genio intuitivo de Villamil de Rada en medio de atisbos y de asombros, presiente la majestad del tiempo cosmogónico. Quien lea *La Lengua de Adán*, sentirá un estremecimiento admirativo por esa invocación fervorosa al ancestro. Franz Tamayo, en versos como chispas, sugiere sutiles adivinaciones del pasado y de la raza; ciertos septetos de los *Scherzos* trascienden magia india, huraña y remotísima. José María Camacho —más historiador, más hombre de ciencia que literato— estudió con pupila atenta la génesis de los tiempos primitivos; pero a excepción del *Mito de Iticaca*, interesante y sugeridor folleto de cien páginas, ha dejado de lado el tema estético-imaginativo para profundizar los estudios históricos y sociológicos. En cuanto a los cronistas coloniales, poco o nada entendieron de la religión y la mitología andinas, aunque la mejor información episódica provenga de ellos, testigos presenciales de la extinción del Incario, remate final y decadente de culturas más lejanas y más altas.

Los bolivianos poseen el mayor tesoro temático del continente: fábulas, tradiciones, leyendas, dioses y voces que se pierden por el laberinto de los siglos. Cierta que esa literatura oral, dispersa, no ha sido recogida todavía ni elevada a expresión artística, pero ahí está, en el aire finísimo de los altiplanos, en la boca sellada y rara vez expansiva del indio, en la montaña tutelar de cuyos flancos brotarán un día los dormidos dioses y los héroes legendarios. El Ande espera al Hesiodo andino...

¿Quién rastreó las huellas de Wirakocha, deidad primera del tiempo mítico, menos humanizada que el Zeus griego o el Júpiter romano, más que a los dos supera en antigüedad y poderío, porque brota de la entraña cosmogónica? Los misterios andinos de la Pachamama, arrancan de mayor hondura que los ritos eleusianos a Deméter: los eumólpidas helénicos, cantores diurnos del culto a la tierra, la Gran Madre suprema de los hombres, son hermanos menores en el tiempo del hierofante andino, iniciador en los ritos nocturnos a la materna tierra que nos contiene. Y de Thunupa, el Cristo kolla, ¿quién sospecha el alto simbolismo, cuando un genio de amor y de piedad osó afrontar la dureza impía del culto lítico? Se recuerda, vagamente, una gesta de Mares y Volcanes, anterior a la contienda helena de Dioses y Titanes. La leyenda del Mururata —el Descabezado— y del Sajama —el Alejado— podría dar la clave de los mitos telúricos del Ande. Cada montaña, cada cumbre nevada es un adoratorio, un símbolo, una fábula. Sorata, Illimani, Huayna-Potosí, Chachacomani, son otras tantas sugerencias de verdad y de belleza. Pero estos Dioses Mayores del Ande inmemorial duermen en su panteón de nieve, demasiado grandes y distantes para la comprensión moderna.

Titikaka, el Lago Sagrado de los Incas, fué la cuna del Imperio Quéchua. Pocos saben que fué también matriz y sepultura del más remoto Imperio Aimára. Y Tiwanacu ¿no es en sí, por la grandeza de sus bloques y de sus glifos indescifrables, el testimonio vivo del esplendor pasado, suficiente para generar, él sólo, dos, tres y más literaturas? Mejor suerte corrieron los peruanos: el Inca Garcilaso cantó al menos la gesta crepuscular del Incario. Nosotros ignoramos, o presentimos

confusamente, que una mitología virgen y una epopeya apenas entrevista palpitan detrás del mito andino y la proeza kolla, mundos sumergidos todavía en la penumbra, porque faltó la zarpa del visionario para traerlos a la luz. Y en cuanto a la gesta aimára, Mallcu-Kaphaj, el cóndor o jefe poderoso ¿no habla de un fundador de dinastía? Akoncagua, el límite blanco, ¿no descubre esa expansión geográfica que dilató el imperio kolla desde las cordilleras hasta las costas del Pacífico? Por este camino inviolado, paso a paso, nombre por nombre, palabra por palabra, a través de la grande lengua aimára, puede hallarse, puede reencontrarse la génesis de la primitividad americana; y entre ella y los quéchuas ¡siempre el surco profundo y fiero del kolla, con un pie en el mito y otro en la historia!

Del tiempo mítico, de la prehistoria andina, de la herencia aimáro-quéchua, deberá surgir la grande y verdadera literatura boliviana. No está lejano el tiempo en que las montañas venerables, las piedras inmemoriales, los usos y vestigios del ancestro, dirán la verdad antigua estilizada a la medida del hombre de hoy. El tesoro está ahí, al alcance de las manos; pero los ojos sin codicia se contentan con mirarlo.

Si la temática autóctona se presenta aun como posibilidad, la Colonia es ya manifestación concreta y duradera.

El humanismo colonial está en la raíz de las infusas culturas sudamericanas. Lengua, espíritu, sustancia y formas expresivas nos vienen del hispano. Tan estudiado y escoliado está el proceso, que no parece necesario extenderse sobre esta doble corriente plasmadora: si de las fuentes andinas nos viene la intuición de la tierra y de la raza, a la Colonia debemos la formación de una conciencia ética, jurídica y política que hizo posible la República. Y como toda cultura crece de la pugna de dos fuerzas contrarias, la americanidad naciente, de la cual apenas comenzamos a enterarnos, arranca justamente del choque de la mentalidad colonial con la mentalidad indianista. La herencia colonial viene toda transida de pasión y acción realizadora; por ella habemos religión sublime, formas civiles, artes y baluartes en vigencia. Bien mirado, la democracia republicana es hija legítima del absolutismo colonial. La Guerra Emancipadora, una guerra civil. Y quien no advierta la continuidad histórica, entre el criollo todavía sometido del siglo XVIII y el boliviano libre y turbulento del siglo XIX, en verdad ignora el proceso cultural que gestó la nacionalidad. Del humanismo colonial arranca la cultura boliviana.

Entre los cronistas y humanistas de la Colonia, cuyo número es elevado y su valía desigual, escojo seis que me parecen adecuados para una introducción a nuestras letras. Todos seis abundan en aciertos y en hallazgos al referirse a la naturaleza física, a los usos y costumbres del nativo, y aun en parte a su historia y sus leyendas, que nos transmiten cribadas por el celo evangelizador de la época. Todos seis se expresan por juicios llenos de novedad, agudamente objetivos, ricamente sensibles en la captación del hecho indígena. Ellos son: Cieza de León, Polo de Ondegardo, el P. Acosta, Montesinos, el Inca Garcilaso, Sarmiento de Gamboa. Los dos primeros son los cronistas más escrupulosos, los de más largo mirar y captar más extenso de la vida india. El P. Acosta, el célebre "Plinio Americano", no requiere presentación: su *Historia Natural y Moral de las Indias* le consagra el primer humanista de la Colonia. Montesinos, audaz en el vuelo de la imaginación, temerario en cuanto afirma, está preñado de revelaciones: es el primero que habla de "culturas anteriores a los Incas", presintiendo la grandeza secular de los kollas. Sus leyendas, aceptadas unas, negadas otras, sugieren más, a veces, que las investigaciones cuidadosas de Cieza y de Ondegardo. Garcilaso de la Vega y Sarmiento de Gamboa, tan trajinados en los últimos tiempos, tampoco necesitan ser presentados; baste recordar que si uno es el rapsoda elegiaco del Incario, el otro es su denostador. Y ambos deben ser frecuentados por quien estudie el pasado boliviano.

En nuestra literatura colonial, rica en obras jurídicas, históricas y científicas, aun en trance de descubrimiento, sobresalen con perfil clásico estos escritores: Calancha, Martínez Vela, Villarroel, San Alberto, Moxó.

Fray Antonio de la Calancha, natural de Chuquisaca, es el primero de nuestros hombres de letras en quien se concentran y subliman los vicios y virtudes del barroco colonial. Su *Crónica Moralizada*, libro singularísimo donde se narra la tarea de los agustinos en el Gran Perú, al par que se describe sus paisajes, razas y costumbres, anuncia la aparición del humanista americano. Calancha, cuya formación intelectual es definitivamente renacentista, gongórica y españolizante, desemboca casi siempre por el sentimiento en la posición indianista. Satiriza al peninsular y defiende al nativo. No obstante los reparos que la crítica dogmática le opone, censurando sus excesos milagrosos y moralizantes, así como lo retorcido y enfático del estilo, Calancha es el primer explorador-artífice del orbe indio. Analiza agudamente, narra con destreza, está henchido por la ternura del motivo autóctono. Su *Crónica* no es sólo un compendio de conocimientos e

impresiones acerca del Gran Perú, sino la obra de un artista, fuertemente herido por la hermosura del paisaje y la novedad de su poblador. Y aquí rechaza el juicio excesivamente severo de Menéndez Pelayo, que no conoció toda la obra del agustino o la conoció de segunda mano: Calancha no es un "decadente, barroco e intemperante, que sólo en ocasiones tiene frases felices". Es un señor prosista, que si no se libra de los defectos de su época, cayendo en el período largo, acompasado, grandilocuente —defectos a los que no pudieron sustraerse ingenios mayores como Quevedo y Gracián— se rescata del pecado de afectación por la frescura de sentimiento y la delicadeza de las imágenes. Poeta, pensador, viajero y moralista, el gran agustino empuña con mano firme el cetro de nuestra literatura colonial.

Martínez Vela, el potosino, autor de la *Historia de la Villa Imperial de Potosí*, es otra figura descollante del período colonial. Menor en el vuelo humanista y en elegancia del decir que Calancha, cronista más que artífice, Martínez Vela retrata con vivos colores la pasada grandeza de la vida potosina, entremezclando la historia con el atisbo sociológico, el dato económico y la anécdota festiva. Se le atribuye la creación de la escuela tradicionalista, aunque otros arguyen que bebió sin reparo en fuentes ajenas. Su estilo denso, monótono, se esmalta con metáforas adecuadas. Pero aquí cabe el paralelo: si Martínez Vela descuella como pintor exacto y animado de la vida colonial, Calancha le supera en donosura de expresión. Leyendo al potosino goza la curiosidad del lector; el agustino, en cambio, enseña deleitando, y eleva el espíritu con pasajes que revelan el señorío de un artista.

Gaspar de Villarreal, arzobispo de Chuquisaca, gran orador, mantiene con altura la tradición humanista del clero colonial. Ingenio agudo en la intención, culterano de forma, es autor del célebre *Gobierno de los dos cuchillos*, crítica a fondo contra el sistema español, ataque doble a la monarquía y al clericalismo actuante.



TITIKAKA

El Lago Sagrado de los Incas, cuna de imperios y religiones. ¿Mayor hermosura en el paisaje, mayor hondura en el mito, mayor ternura en el ojo que mira? Sólo quien vió desde un peñón la extática belleza del Titikaka, puede imaginar el sortilegio de este mar interior.

(Cortesía del Excmo. Sr. T. I. Rees, Ministro de S. M. Británica en Bolivia).

El arzobispo San Alberto, es otro autor digno de mención, que compuso estimables obras eclesiásticas y jurídicas.

En el arzobispo Moxó se subliman la ética y la estética de la Colonia. No fué, como pudiera creerse, un representante de la cultura peninsular, sino un adelantado de las nuevas ideas políticas y filosóficas de fines del XVIII. Este doctor en letras divinas y humanas, laureado en bella literatura, jugó papel principalísimo en la etapa pre-emancipatoria. Sus *Cartas Mexicanas* le habían consagrado ya un poeta del buen decir. Trajo a Sucre una biblioteca y un museo, que ya llevara antes de Europa a México. Vivió con gran boato, como correspondía a su personalidad renacentista, al modo italiano, ansiosa de ejercitar todas las facultades del pensar y del sentir. Erasmiano, muy liberal en su pensamiento, Moxó es el precursor de la revolución americana. Sus discursos y escritos en la Universidad de Chuquisaca, le consagran como uno de los más completos talentos de su época. Y un estilista impar, que conoce todos los vericuetos del idioma para emboscar la intención de las ideas. Leyendo a Moxó se comprende que la escolástica y el enciclopedismo, fueron las armas de los doctores de Chuquisaca para desparramar por el continente la semilla libertaria. Moxó influyó poderosamente la sociedad post-colonial y la famosa Academia Carolina, matriz del movimiento emancipador. Es el Doctor Sutil que, adelantándose a su época, proclama con lengua y artificio hispanos, la aurora de un acontecer americano.

Pasar de la Colonia de Los Precursores no es sencillo; parece existir un vacío que sólo puede colmar el estudio histórico-político. En el Alto Perú —aplicando la bella frase de Sanín Cano— la república nació en el corazón de escritores y oradores, que prepararon al pueblo interpretando los anhelos generales de una sociedad mejor. Con todo, se diría que la emancipación política aplastó los espíritus. ¿Qué figura descollante da la epopeya de los Quince Años? ¿Qué libro señero? Abundan héroes, patriotas, retóricos, políticos y hombres de acción, pero no literatos. Hay mediocres narradores y malos poetas. Ciertamente que la Academia Carolina produce sapientes doctores y ágiles dialécticos, mas ellos pertenecen a la historia americana. Sólo Monteagudo, gran escritor político, se alza a la altura de un señor de las letras. Olañeta y sus epígonos, los primeros historiadores de la república, son políticos re-vestidos con la pompa y el énfasis de la época. De esos tiempos de desangre y de turbión, tres figuras sobresalen: Vicente Cañete, Juan Ramón Muñoz Cabrera, Vicente Pazos Khanki.

Acusado de haber sido el genio maléfico de Goyeneche, cuyas crueles represiones habría instigado con el maligno poder de su ciencia jurídica, Pedro Vicente Cañete es un escritor de mérito, autor de una extensa *Historia de Potosí*, de la cual sólo conocemos un extracto no muy bien presentado. El político intrigante y astutísimo, no impidió, antes cooperó al desarrollo del historiador y del polemista. Cañete es autor de diversos trabajos históricos y políticos, en los cuales evidencia su temperamento combativo y lo castizo de su pluma. ¿Vale más en Cañete la complejidad psicológica de su personalidad humana, o la riqueza literaria de su obra? Habría que conocer esta última en toda su extensión para decidirlo.

Juan Ramón Muñoz Cabrera, periodista brillante polemista, historiador y diplomático, es otra figura de relieve entre los precursores. Gabriel René Moreno le ha fustigado duramente por el proteísmo con que cambiaba de nacionalidad cuando convenía a sus intereses. ¿Pero cómo podríamos juzgar con mentalidad actual, a esos primeros republicanos, que nacidos del combate vivieron en la confusión y el ostracismo? Moralmente no puede agradar un Muñoz Cabrera, como no despierta simpatía un Olañeta a pesar de su talento para la acción, la intriga y la oratoria. La valía intelectual de Muñoz Cabrera puede medirse en su biografía de Monteagudo y en su *Historia de la Guerra de los Quince Años en el Alto Perú*, saqueada y consultada por historiadores posteriores.

Si Moxó resume la cultura colonial en sus postrimerías, Vicente Pazos Khanki, el mestizo hispano- aimara de Sorata, es el arquetipo de los precursores de patria, que la forjaban primero con la pluma para honrarla y defenderla después con la vida.

Es probable que con los años se ensanche y acreciente el panorama de Los Precursores, estos seres de excepción, con un pie en la Colonia y otra en la República; pero difícilmente se hallará quien supere a Pazos Khanki, el "indio talentoso y extravagante" al decir de un escritor teñido por el complejo autóctono. Revolucionario de alma y de acción, fundador de diarios políticos, osado impugnador de Rivadavia, fogoso polemista, rebate con éxito a Belgrano en su proyecto de restablecer la monarquía incaica. Sorprende, en el alma rebelde de este aimara letrado, un sentimiento de equidad que refrena su vehemencia insurgente. Es lamentable que se hayan extraviado sus *Memorias Histórico-Políticas* (debieron ser cuatro o cinco tomos), de las cuales sólo conocemos una parte reducida. En ellas revela Pazos Khanki una sólida cultura, una inteligencia perspicaz, abierta a la erudición y ejercitada en el juicio filosófico. Historiador, sociólogo intuitivo, periodista de visión aguda y sobria, el sorateño se remonta muchas veces al esplendor del auténtico hombre de letras: en una descripción fulgurante de Bolivia, en sólo una ceñida página de sintéticas y sugerentes imágenes, habla de la grandiosidad natural del Ande "donde sólo el hombre era pequeño". Brochazo magistral, que pinta por vez primera la antinomia dramática de nuestra realidad republicana; excesivo escenario para tan diminuto poblador. Este Pazos Khanki que publicaba en Londres una versión en aimára del Evangelio Cristiano, que dirigía cartas políticas al Conde de Aberdeen, que luchó por América contra España para defender después a España contra América cuando la rectitud del historiador se sobreponga a los tumultos del patriota, que compuso escritos con hondura de pensador y primores de artista, es en verdad un singular espíritu. El gran mestizo hace su aparición triunfal en las letras sudamericanas. Y de muy hondo, de muy hondo, un color aimára da sus tintes natales a esta prosa enérgica, sintética, sugestiva.

La escuela romántica en Bolivia es borrosa, trivial, imitativa. Es fácil reconocer, en nuestros líricos, la influencia de Lamartine, Hugo, Musset, Byron, Espronceda, Bécquer. Casi todos son "españolizantes de sustancia y afrancesados de corteza". Carecen de originalidad en los temas, de elegancia en la expresión, limitándose al calco de los románticos franceses y españoles que a su

vez seguían el romanticismo nórdico: reflejo de reflejos, eco de ecos, como apunta un crítico sagaz. ¿Habrá quien pueda leer todos los versos de alguno de nuestros líricos románticos? Lo dudo. No corren mejor suerte los novelistas, que son ligeros en el trabajo intelectual y descuidados en la forma. El juicio de Henríquez Ureña es decisivo y aplicable a todas las naciones americanas; nunca se lamentará bastante el daño que hizo en América nuestra pueril interpretación de las doctrinas románticas. ¿Qué saldo dejan en Bolivia? Versos rípidos, novelones truculentos.

Pero aquí se presenta un problema de valoración: situados nuestros románticos en la época romántica, son mediocres; colocados en relación a su medio, su empuje individual los redime de la flaqueza del conjunto. Poseen un valor ético y social que desborda literalmente la estrechez de su herencia artística. Fueron los primeros que leyeron, compusieron y publicaron libros en un centro hostil, inculto, donde leer era un privilegio y escribir una misión sin recompensa. Exaltaron el culto a la patria, cantaron a la vida y a la muerte, y más de una vez se inmolaron por la libertad, por el amor, por la angustia metafísica del más allá. Tuvieron un ideal de superación por las ideas y la educación del carácter. Su valía hay que buscarla en función directa del medio social: en dignos varones, artistas frustrados. Debemos honrar y respetar su memoria. Tenemos muy poco que aprender de sus obras, como no sea rehuir el melodramatismo, la sensiblería, la falta de buen gusto. Salvando escasas excepciones, la musa romántica es gemebunda, ramplona, a veces festiva. La prosa ampulosa y cargada de hojarasca. Nada notable podemos ofrecer al continente de nuestra época romántica.

De lo poco que se salva del naufragio en esta escuela, es justo destacar los versos de Ricardo Bustamante, de Manuel José Tovar, de María Josefa Mujía, la poetisa ciega, sometidos a una previa selección. Félix Reyes Ortiz, poeta elegíaco, demuestra una inteligencia versátil para el teatro; podrá parecernos ingenua la técnica empleada en el drama *Odio y amor*, en la comedia *Chismografía* o en el drama histórico *Los Lanza*, pero con ellos nace la dramaturgia boliviana. Santiago Vaca Guzmán, con *Su Excelencia y su Ilustrísima* y Mariano Ricardo Terrazas en *Misterios del Corazón*, delatan el gusto novelístico de la época influido por la escuela romántica francesa. No son obras de subida jerarquía, pero sus autores demuestran imaginación, facilidad descriptiva en el diálogo, y un estilo correcto. Hubo, en ambos, vocación de hombres de letras. Les faltó una técnica, una artesanía madura para ser buenos novelistas.

Podrá parecer extraño que cierre este rápido esbozo de la escuela romántica, con el nombre de Villamil de Rada. El gran sorateño no es un romántico por sistema; en verdad, nada tiene que ver con los gimoteos y preciosismos de sus contemporáneos. Pero es el romántico de alma, el indagador de lo que fué, el inventor, el re-creador de mundos históricos e ideales. Su imaginación potentísima estuvo al servicio de un anhelo: demostrar que América es la cuna de la humanidad y el americano el hombre primero. Como hombre y como artista, Villamil de Rada es la gran figura romántica en la cultura boliviana. Sus viajes y aventuras darían materia para una biografía extraordinaria. Ideoclasta, al modo unamunesco, un rompedor de ideas que no busca la paz que consume sino el combate que redime y purifica, el intrépido sorateño se pasó la vida lidiando con libros, teorías, políticos, lingüistas y antropólogos. Nadie quiso entender sus ideas. Nadie se atrevió a publicar sus manuscritos, fusión maravillosa de ciencia y fantasía, cuya magnitud puede entreverse a través del testimonio de sus contemporáneos, de rarísimos artículos, y principalmente de esas notas fragmentarias y dispersas, que él mismo consideraba "simples apuntes" y que agrupadas hoy bajo el título de *La Lengua de Adán*, constituyen preciosos restos de un tesoro perdido. ¿Quemó Villamil de Rada sus manuscritos, o se extraviaron en el remolino de su vida? La historia sólo sabe que el gran infortunado, cansado de llamar puertas estrechas para el paso de su genio, se arrojó al mar en una edad en que el hombre rehuye decisiones tan extremas: tenía setenta y seis años. Fausto irredento, se sumergió con su secreto en la bahía de Río de Janeiro.

Seguir al visionario de Sorata en sus eruditas y asombrosas disquisiciones científico-imaginativas, es una aventura emocionante. Aquí hay por igual elaboración intelectual y destreza técnica, la primera evidencia de que los bolivianos pueden elevarse a la gran literatura. ¿Qué fué Sorata? ¡El Paraíso Terrenal! ¿Qué América? ¡El continente más antiguo! ¿Qué la lengua aimara? ¡La antecesora incógnita del sánscrito, la lengua primordial, verboferente, única, que explica todas las etimologías bíblicas y helénicas! ¿Tiwanaqu? Fué, en realidad, Babel, el centro de dispersión de las razas. Y de la Corte Ilámpica —los dioses y mitos andinos para Villamil de Rada nacen del Illampu, la gran montaña nevada boliviana— se origina la Corte Olímpica de la mitología griega. ¡Estupenda imaginación, apoyada en una erudición pasmosa y en una dialéctica acerada! ¿Qué valen, frente a ellas, los reparos inconsistentes de investigadores secos? Villamil de Rada es el sol frío, el astro helado en el sistema sideral de nuestras letras. Pero quien sabe leer, quien sabe comprender, qué fulguraciones mágicas, qué lumbres de pasión intelectual, qué gozos estéticos descubrirá siguiendo el curso del astro sorateño. He aquí, por vez primera, el genio andino en todo

su esplendor: hecho carne, nervio, soplo de escritor. Un alto y poderoso pensamiento, a través de un estilo que se vierte brusco, vehemente, torrencial. Villamil de Rada, el poeta de la prehistoria andina, es el primer boliviano que se planta audazmente frente al mundo, para oponerle su verdad de artista americano. Y a quien desconozca por indemostrables algunas de sus afirmaciones, le recordaremos que en la obra humana hay un valor simbólico superior a la autenticidad de los hechos; aquel que hacía decir al severo Aristóteles: "La poesía es cosa más grave y filosófica que la historia."

Es curioso —en cierto sentido angustiante y en otro alentador— que tres guerras internacionales marquen tres hitos en las letras bolivianas. Se diría que las mutilaciones territoriales retoñan en brotes del espíritu. Bien mirado, la guerra del Pacífico, la guerra del Acre, la guerra del Chaco, son gérmenes fecundos en la evolución del pensamiento nacional. Que lo verifiquen historiadores y sociólogos; yo me limito a señalar el hecho.

La guerra del Pacífico hizo a los bolivianos positivistas en política y realistas en literatura. ¿Qué otra cosa sino realismo puro es voltear espaldas a Europa para mirar y reflejar con amor lo propio? La mentalidad colonialista es sustituida por el movimiento criollista, que se expresa por una literatura descriptiva, costumbrista, populachera. Mas conviene aclarar: realismo de intención, de propósito, no de género. En nuestra escuela realista, por donde vaya la mirada, tropieza con esfuerzos convergentes; exploración de la bolivianidad. Claro que unos comenzaron antes y otros llegaron después, pero el proceso de afloramiento de los realistas culmina de 1880 hasta la guerra del Acre, período dentro del cual se publican los mejores libros. Si en la forma se advierten huellas de Zola, de Maupassant o de Daudet, en el fondo predomina la influencia hispana: la sátira de Larra, la pincelada viva de Clarín, el realismo humano de Galdós, el drama histórico de Zorrilla, aquel españolísimo poeta del pueblo ibero, que poco antes de morir declaraba amar "el vino de Chianti y el café de Bolivia". Verdad que como todas las literaturas sudamericanas, la nuestra sigue siendo una literatura derivada, entroncada con la peninsular por el doble lazo del idioma y la cultura. Pero nuestra escuela realista, si españolizante de presencia, de esencia es boliviana: ama, escoge, describe, interpreta el motivo nacional. Podrá inspirarse en el modelo extranjero, mas su objeto será siempre revelar lo nuestro, anteponer lo americano a lo europeísta.

Por este período, rico en tendencias y autores, hay mucho que espigar. Señalaré, conforme a mi propósito, únicamente las figuras representativas.

¿Cuándo hace su aparición el polígrafo boliviano, este raro ser, múltiple y nervioso, infatigable, lleno de ambición y de energía, aunque no siempre el acierto y la medida le acompañen? En la escuela realista los hay de tres tipos: el polígrafo-científico, el polígrafo-publicista, el polígrafo-humanista.

Agustín Aspiazu representa el primer tipo. Fundador de la Sociedad Geográfica de La Paz, es el precursor de nuestra literatura didáctica. Su preparación científica fué variadísima: geografía, historia, medicina, jurisprudencia, geología, etnología, astronomía, ciencias económicas, etc. Cualquier libro, cualquier folleto de Aspiazu, es ciencia severa, razonada, aplicada frecuentemente al estudio sistemático de la realidad ambiente. Sus escritos numerosos y los boletines de la sociedad científica que fundó, constituyen un material precioso para el estudio de la cultura boliviana en el siglo XIX. Obras meritorias, entre otras muchas utilísimas y ejemplares: *La Meseta de los Andes*, *Teoría de los Terremotos*, *Sondaje de los Cielos*, *Fórmulas para la Resolución de algunos problemas de Geografía*, *La Tierra en su Estado Primitivo*, etc. Y aun citaré su boceto biográfico: *El Mayor Coronel don Clemente Diez de Medina*, trabajo en tono menor, que revela delicadeza de alma en el austero y metódico estudioso de la ciencia universal.

José Rosendo Gutiérrez, fecundo escritor y con encomiables cualidades de investigador, encarna el segundo tipo, acaso el más numeroso en Bolivia, donde muchos se juzgan polígrafos, por el solo hecho de escribir y publicar sobre la mayor variedad de temas, aunque no se domine la materia ni se aporte novedad en el enfoque. Sus ensayos históricos, más aceptables que sus trabajos críticos y polémicos, contienen un arsenal de conocimientos. Se le atribuye el esclarecimiento y la defensa, mejor dicho la exaltación de los sucesos del 16 de julio de 1809 y de Murillo, el adalid epónimo. La obra de Gutiérrez es abundante, variadísima, de valores desiguales.



HUAYANA POTOSI

Esta hermosa montaña es una de las catedrales de nieve de los Andes. Toda ella penetrada de fuera y majestad. "Huayna Potosí" — el joven bramador— recuerda el mito, porque el titán habló con voz de trueno en la edad inmemorial de los volcanes coléricos.

(Cortesía del Excmo. Sr. T. I. Rees, Ministro de S. M. Británica en Bolivia).

El polígrafo-humanista, el menos frecuente en Bolivia, se expresa gallardamente en Santiago Vaca Guzmán, que si por sus novelas pertenece a los románticos, por sus obras de mayor importancia gravita hacia la escuela realista. Vaca Guzmán fué novelista, crítico, economista, hombre de leyes, publicista en cuestiones internacionales, historiador y geógrafo, mas todo sin pedantería; no por afán de exhibir, sino por vocación natural del espíritu ansioso de saber; de hombre de letras que ensaya conscientemente la variedad de los géneros literarios para afirmarse mejor en su especialidad. Sus mismas novelas, que hoy difícilmente satisfacerían el gusto moderno, están bien construídas, demostrando la preparación cuidadosa que revelan sus libros sobre materia internacional. Agudo en sus análisis, fino en su manera de expresarse, Vaca Guzmán culmina en crítico y ensayista; es, en verdad, uno de los primeros críticos formales de nuestras letras. Yo no recomendaría sus novelas *Días Amargos* o *Su Excelencia y su Ilustrísima*, pero sí quiero hacerlo, en manera entusiasta y sin reparos, respecto a su espléndido libro *La Literatura Boliviana*, donde están condensadas la cultura, la sabiduría y el vuelo poético del autor. Aquí la hondura de las ideas y la plasticidad del estilo, responden a un intelecto cultivado. Vaca Guzmán tiene geniales intuiciones del paisaje, de la raza, de libros y de autores. Si no es un indianista en lo etnológico, lo es en el sentido geográfico y estético. Abre nuevos rumbos a la juventud boliviana, fustigando la influencia gala, proclamando la urgencia de explorar lo folklórico. Señala las raíces y las modalidades encontradas merced a las cuales se forjó nuestra incipiente literatura republicana. Actúa con escalpelo de sociólogo y con pincel de artista a un mismo tiempo: grandes verdades en bellas frases. Un noble idealismo se cierne por su prosa vigorosa y elegante. He aquí —una entre muchas— la síntesis de la cordillera vista con ojos amorosos y reverentes: "¡Qué mundos de ideas derraman sobre la imaginación esos colosos inmóviles y mudos!" ¿No es toda la estética andina? Vaca Guzmán es un escritor de sentimiento y con escuela. Uno de nuestros clásicos.

Mariano Baptista, aunque imposible de leerse en los ocho tomos de sus obras completas, es el gran defensor de la religión y del civilismo. Puede enseñar moral, sociología, elocuencia a los jóvenes. Su estilo declamatorio, florido, metafórico, donde fruto y hojarasca se dan la mano, traduce una de las mentes más cultas de su época. Baptista supera a los Serrano, los Urcullu, los Olañeta, los Valle —primeros oradores y escritores políticos de la república— por la precisión de sus ideas y la elegancia del lenguaje. Es el pensador que pone su pluma al servicio de sus principios. Prototipo del estadista-literato, muchas de sus páginas respiran actualidad y le conceden sitial entre estos realistas forjadores de patria.

Monseñor Taborga, renovando el prestigio de los preladados coloniales, fué uno de los más profundos investigadores del pasado nacional; sus estudios eruditos superan la mera narrativa de los historiadores de la escuela precursora, y en cuanto se refiere a sucesos de la Colonia y a los orígenes de la emancipación del Alto Perú, el ilustre dignatario de la Iglesia no cede la palma ni a los competidores más versados. Modesto Omiste, historiador, compilador de tradiciones y biógrafo, no es menos laborioso y esforzado que Luís Paz, si bien en los escritos del primero y en la extensa *Historia del Alto Perú* del segundo, el oro se alea con el cobre. Pero el príncipe de los historiadores en esta escuela —a quien me referiré con mayor detención más adelante— es el polígrafo Gabriel René Moreno, autor de *Matanza de Yánez*, *Últimos Días Coloniales en el Alto Perú*, *Bolivia y Perú*,

Bolivia y Argentina, y otros estudios críticos, literarios y biográficos que lo consagran como el primer historiador boliviano. Moreno es el escritor de raza y el estudioso de vocación. Funda el método científico en Bolivia para investigar el pasado: análisis descarnado, riguroso, siempre con el documento y el dato preciso que respalden la verdad de lo afirmado. Podemos divergir de su excesiva dureza, de su rígido enjuiciamiento, de la mentalidad colonialista con que disecciona el proceso de la nacionalidad; admiraremos siempre la objetividad, la penetración, el fuego de esta prosa esmaltada por la pasión humana y el donaire del ingenio. *Matanzas de Yáñez* es el mejor libro de historia compuesto en Bolivia: *Últimos Días Coloniales* un ensayo magistral de reconstrucción histórica y artística.

Viene luego el terceto de los costumbristas: Julio L. Jaimes, Lindaura Anzoátegui de Campero, Julio César Valdés.

Jaimes hizo famoso el seudónimo de *Brocha Gorda*, bajo el cual publicó sus memorables tradiciones. Aun reconociendo que el maestro en el género es el peruano Ricardo Palma, nuestro Brocha Gorda no le va en zaga: tiene relatos muy sabrosos y delicadamente contruídos, y un estilo castizo y flexible, que le permite incursionar con soltura pareja por la historia y el relato de ficción. Su mejor obra —y lo es excelente, en continente y contenido— *La Villa Imperial de Potosí*. Fué Jaimes un espléndido escritor.

Lindaura Anzoátegui de Campero inicia el costumbrismo boliviano. Sus novelas cortas denotan perspicacia para la sátira social, fino dibujo en la psicología de los personajes, sentimiento estético del paisaje. ¿No dice Joubert que la literatura es delicadeza? Pues bien: la señora Campero es un alma delicada, cuyas obras "sentidas y armoniosamente logradas, contrastan con el general barroquismo de su tiempo. Maneja el diálogo con desenfado, y a juzgar por la habilidad con que plantea y resuelve los conflictos de pasiones, se advierte en sus relatos un temperamento dramático que no llegó a florecer en plenitud. "Huallparrimachi", y otras novelas cortas, son obras en tono menor, que no desdeñaría firmar un escritor ambicioso. Fué también la señora Campero una tierna poetisa.

Julio César Valdés, espíritu afín a Larra y a Pereda, cáustico como el uno, penetrante y zumbón como el otro, es quien lleva más hondo el juicio satírico de costumbres. Sus crónicas, sus "croquis", *Chavelita* y *Picadillo*, deliciosas expresiones del medio social, impregnadas de humorismo combativo, emboscan en el fondo la grave melancolía que se desprende del espectáculo humano. Un prosista correctísimo. Un penetrante observador. Un ingenio ágil y vibrante.

¿Se concibe una Pardo Bazán sin fortuna, sin los blasones del apellido y de la posición social, sin su enorme fecundidad creadora, más como ella rebelde, varonil en la actitud, tierna de sentimiento, ansiosa de rescatar para la mujer una jerarquía superior dentro de la humana sociedad? Eso fué Adela Zamudio, la gallarda *Soledad* que pasmó a nuestros abuelos. No fué el suyo un realismo descriptivo, sino un realismo activo y combativo. Verso, cuento, crítica le sirven de cauce para manifestar un temperamento altivo. Si la reciura del ánimo se encrespa en una prosa nerviosa, la comprensión filosófica de la vida se resuelve por versos rebeldes, donde pesimismo y ternura tejen sus mallas contrapuestas. Fué doña Adela una inteligencia superior movida por una sensibilidad de artista.

En literatura —sostiene un ensayista— no debemos empecinarnos en extranjerismos ni en vernaculismos; sólo el ansia de perfección, porque cuando se ha alcanzado la expresión firme de una intuición artística, va en ella no sólo el sentido universal, sino la esencia del espíritu que la poseyó y el sabor de la tierra de que se ha nutrido. Este juicio se aplica con justeza en el caso de Nataniel Aguirre, figura clásica de nuestras letras, que se impone por la clara inteligencia y el gusto depurado que preside sus trabajos literarios. Nuestros críticos mecanicistas —diré mejor criticastros— que se empeñan en desmontar prolijamente los elementos estructurales de un poema, de un relato, de un ensayo, desconociendo la unidad orgánica, subjetiva, de la obra de arte, probablemente encontrarán en Nataniel Aguirre los defectos que con tal criterio se hallará aun en los grandes maestros; pero aquel que sepa distinguir entre fiscalía literaria y valoración poética, verá en el cautivador novelista cochabambino las condiciones primordiales del creador artístico: verdad, unidad, proporción, belleza, sentido del color y del matiz. Frente a la pequeñez del analista, la visión integradora, vivaz del componedor de mundos espirituales. Saber sentir, saber expresar; es toda la estética del genuino escritor. Y por ella se guía Nataniel Aguirre.

Romántico en sus poesías y en sus dramas históricos sobre la independencia del Perú y de México, colorista al modo de Gauthier en *La Bellísima Floriana*, hermosa tradición potosina,

Aguirre condensa su fuerza creadora en *Juan de la Rosa*, novela impar en las letras sudamericanas.

Esta novela —que el autor subtuló *Memorias del Último Soldado de la independencia*— es en verdad la mejor pintura de época de la epopeya emancipadora. Es en el valle de Cochabamba, cuando los criollos insurgen contra el dominador hispano. El paisaje tiene la tranquila arquitectura de las zonas templadas. Los tipos humanos, como el medio geográfico, son claros y sencillos. El ingenuo lirismo valluno baña en luz estos seres y estas almas y estas costumbres, que el novelista refleja con arte límpido y directo. El drama deviene poesía. Nataniel Aguirre, hijo del valle, es el padre de la novela boliviana. Nos legó un modelo vivo, palpitante, lleno de hermosura y de verdad, que no supimos o no pudimos imitar: la narración de tema boliviano, de aliento universal, que conjuga la sinceridad de los efectos dramáticos con la noble sencillez del estilo. *Juan de la Rosa* aproxima mejor que diez textos de historia la gesta emancipatoria, y lo que es más: la ilumina, la enciende, la transfigura en la comprensión de sus lectores, que viven bajo el símbolo literario la patética pugna de antaño. Aquí la delicadeza quechua se injertó en fiereza y donosura hispanas. Trama, descripción, pasiones, desenvoltura de la acción, colorido, lenguaje, todo se ajusta a la tierna confesión de un alma apasionada. Aguirre siente a Bolivia latir en sus venas generosas; ama sus tipos populares, sus costumbres añejas, sus giros arcaicos, su historia convulsiva; recoge todo lo que vieron sus ojos de niño impresionable, todo cuanto escucharon sus oídos de adolescente ávido de ciencia; absorbe el mundo exterior para quimificarlo y reconstruirlo en la verdad intemporal del orbe estético. Y así se explica que desde las dos primeras líneas de su relato —"Rosita, la Linda Encajera, cuya memoria conservan todavía algunos ancianos de la villa de Oropesa. .." —nos atraiga y nos fascine con el conmovedor encanto de su prosa, el más puro manantial en los riscos del pasado boliviano. La sociedad colonial, el sombrío Goyeneche, los patriotas de Aroma y de Amiraya, la proeza de San Sebastián, las peripecias de los ejércitos auxiliares argentinos, los tumultos callejeros, los combates a campo descubierto, la sorda lucha entre una sociedad que declina y otra que nace, todo está pintado con viveza y gracia incomparables. Los personajes históricos y los de ficción están tratados con maestría psicológica; y el cerrajero Alejo, por sí sólo, es la encarnación de un pueblo. ¡Hermoso libro, penetrado de dignidad, de fuerza y de belleza! *Juan de la Rosa* es todavía la mejor novela boliviana. Obra humanísima y patética, difícil será superarla en la nobleza del tema y en los primores del estilo.

La escuela realista gira en torno a un nombre-eje: Gabriel René Moreno, uno de los Tres Grandes de la literatura nacional.

¿Es la floresta virgen, la vegetación lujuriosa, en medio de emanaciones húmedas y ardientes? No, porque aun proviniendo de la zona de los llanos y los bosques, este mago no se insume en el océano tropical; más bien demuele, corta, ordena, clarifica y pule su morada. Henchido de savia y de colores, como el trópico que lo genera y lo sustenta, Moreno es un domeñador del idioma; su prosa castiza, nerviosa, ondulante, sirve de expresión a un intelecto robusto y firme. Todo sale caudaloso, fácil, preciso y atrayente de su pluma; caudal sin exceso, torrente contenido y encauzado. Polemista bilioso, crítico agudísimo, dialéctico certero, sus reconstrucciones históricas se cargan de electricidad, pecan tal vez de pasión vehemente, jamás por falta de interés. Es el boa que lanza sus anillos sobre la presa inerme. O el surazo que avienta al horizonte cárdeno las nubes que lo estorban. ¡Guay del que cayó entre esos anillos o esos vientos! Moreno avanza con paso seguro y altanero por la historia, los archivos, las tradiciones, los periódicos, los estudios científicos, la poesía, las artes y las bellas letras. Es el humanista moderno, cargado de ciencia y de impaciencia por saber más. Cuanto sale de su pluma es literatura viva, tema y estilo deslumbrantes de color, porque el maestro cruceño maneja los pinceles crudamente, a la manera de Sorolla, trayéndolo todo a la luz, envolviendo todo en una atmósfera perturbadora y cegadora, que rechaza las penumbras. Algo recuerda, en este historiador-crítico-esteta, al gran don Marcelino Menéndez y Pelayo; y si no alcanza al maestro peninsular en el saber docto y universalista, le supera en picardía, en malicia criolla, en sentido del matiz, en ese don poético para reconstruir gentes y ambientes que, por ejemplo en la introducción a los *Archivos de Moxos*, es un asombroso fresco del Imperio Jesuítico en el siglo XVII.

Moreno es el trópico hecho historia, crítica, polémica. Sus recios libros y sus escritos numerosos, constituyen una fuente nutricia para el estudio del pensamiento nacional; acaso la más ancha y abundante. Pero no todas sus ideas son aceptables. En él la sangre y el sentir hispanos, menosprecian o mal comprenden lo indígena, detestando el mestizaje, que es, en verdad, la fuerza viva de Bolivia. Si el historiador acierta en el retrato punzante de Rivadavia, yerra en la severidad extrema con que juzga a Bolívar y a Sucre. Si el sociólogo acierta al analizar las diversas fases de evolución en la sociedad boliviana, se equivoca lamentablemente al desdeñar la raza kolla, raíz y tronco en la floresta nativa. Temible en sus odios, parco en sus afectos, el "insigne papelista" es una especie de Guizot sudamericano, que concibe la historia en forma austera y viril,

considerándola como una totalidad orgánica. Pero es también, en otro sentido, discípulo de aquel Saint-Beuve que hizo un imperio de la crítica biográfica y psicológica. Aceptable muchas veces, otras discutible y refutable —admirable siempre— Gabriel René Moreno es el escritor de garra, el ingenio creador que con pupila más sagaz exploró el pasado, el suelo y el poblador bolivianos. Su mejor libro —columna jónica en nuestro templo literario— *Los Últimos Días Coloniales en el Alto Perú*.

La pérdida del Acre sacude el alma boliviana. Al realismo casi siempre ingenuo, descriptivo, lírico del período anterior, sucede un nuevo realismo dramático, desgarrador, en cierto modo angustiante, que inquiere el porqué de las cosas y se pregunta cómo podría detenerse el desquiciamiento territorial. Bolivia comienza a indagar: ¿qué soy, por dónde voy? Y al espoleo introspectivo surge la escuela de los indagadores, que domina todavía en número y en calidad a los restantes períodos literarios.

Pasemos revista primero a sociólogos, historiadores y ensayistas, autodidactos unos, otros flor de universidad, todos penetrados de energía y de ambición, como lo demuestra la lectura de sus obras: en buena prosa, un pensamiento original, henchido de novedad, de atisbos, intuiciones y sorpresas. Es útil, es deleitoso conocer a Daniel Sánchez Bustamante, lúcido autor de *Bolivia, su estructura y sus derechos en el Pacífico*, cuya vida fue un apostolado para organizar el país por la educación pública; sus escritos cultos y elegantes denuncian un pensador de fuste, a quien la política impidió desarrollarse en plenitud. Es apasionante seguir a Belisario Díaz Romero en sus investigaciones científicas sobre el origen de "Tiwanacu". Es desolador escuchar la prédica morbosa de Alcides Arguedas en su *Pueblo Enfermo* sobre la realidad nacional. ¿Somos verdaderamente ese conjunto de razas híbridas roídas por todos los vicios? Franz Tamayo hace escuchar la tesis contraria: nuestra raza —para él la india, no la mestiza ni la blanca— es sana, fuerte, y concentra las energías nacionales; educándola, disciplinándola, se salvará la nacionalidad. Su *Creación de la Pedagogía Nacional*, aunque errado en el planteamiento histórico y sociológico, es un libro preñado de aciertos, de errores y adivinaciones. Bautista Saavedra planta dos fieros hitos en la indagación vernácula, con *El Ayllu* y *La Democracia en Nuestra Historia*, libros señeros que deben consultarse junto con otros ensayos sociológicos y literarios del autor. Menos temerario, pero tal vez más corrosivo, Juan Francisco Bedregal, buen poeta y agradable cuentista, publica *La Máscara de Estuco*, obra singular, extraña mezcla de sociología y sátira ambiental. Rigoberto Paredes incursiona diestramente por la arqueología y el folklore: *Mitos, supersticiones populares de Bolivia es una libro rico de información nativa y sugerencias temáticas*. José María Camacho estudia la prehistoria andina y las sociedades autóctonas, con espíritu afinado en las disciplinas científicas, pero sus valiosísimos trabajos —dispersos y no reunidos hasta hoy en volúmenes— tendrán menor influencia que los panfletos históricos de Arguedas, el historiador-periodista, celoso defensor y propagandista de sus obras. Mala o buena,



AZERUNI

El Ande es fuerte, rudo; su belleza áspera, esquiliana. No hay que buscar en él primores. Mas entre sus riscos desolados, entre la pesadumbre de las cumbres, suelen acechar remansos de paz, como esta poética visión del lago de Azeruni, situado en ala cordillera de Quimsa Cruz.

fuerza es reconocer que la *Historia de Bolivia* de Arguedas es un hecho monumental, que no se puede ignorar en nuestras letras. Más laborioso que acertado, este historiador aporta el primer esfuerzo en gran escala para sistematizar el estudio del pasado nacional, y aun rechazando sus principios y sus métodos, justo será reconocer la magnitud de su obra. Con todo, yo cambiaría los densos, desiguales y pesados volúmenes de Arguedas, por sólo algunos de esos severos, razonados, y lúcidos trabajos de investigación e interpretación histórica que José María Camacho tiene compuestos sobre *El Hombre de la Meseta Andina*, *Los Aimaras*, o *La Lengua Aimara*. La grande obra histórica de Camacho, —hoy inédita— algún día pesará decisivamente en la cultura boliviana. Pedro Kramer es autor de la mejor introducción a nuestra historia; su obra debía constar de diez nutridas partes, pero fallecido prematuramente, sólo alcanzó a publicar la primera, que comprende desde los orígenes a la disolución del Incario. Esta obra no ha sido superada entre nosotros, ni en la exposición metódica y lógica de los hechos, ni en la sagacidad crítica, ni en el estilo noble y elevado, a pesar del desmesurado acrecentamiento de la ciencia histórica, que brinda mayores auxilios al historiador moderno.

Jaime Mendoza —evangélico maestro de bolivianidad— es una de las figuras representativas de esta escuela. Sus numerosos libros y escritos —de los cuales elijo *El Macizo Boliviano*— están cargados de penetrantes planteamientos y bellas ideas. Mendoza es un alma superior. No le pidamos primores de artífice —era poeta pero carecía de técnica avanzada para expresar sus ideas— porque el moralista, el pedagogo, el apasionado amador y expresador de su tierra, superan en su obra al literato. Es un hombre de hechos, no de letras. Su vida ejemplar, su obra tenaz, obsesiva casi en la especulación por un ideal de patria, refiere el raro caso de un soñador y un realista reunidos en un mismo espíritu, que explora el territorio geográfico con la misma ternura indómita que indaga por la heredad espiritual. Podrán otros aventajarle en construcción y en belleza de la forma; difícilmente habrá quien le supere en expresión vernácula, en ese sentimiento generoso, optimista, delicado y no obstante finamente melancólico, con que sugiere, transido de emoción, su conocimiento de las cosas bolivianas. Este médico, geógrafo, explorador, literato improvisado y brusco, es en verdad el arquetipo del creador de patria. No es posible asomarse a las páginas desiguales de sus fervorosos libros, sin sentir el estremecimiento entrañable de la autoctonía.

Sigamos, ahora, un camino escarpado. Todo, aquí, delata fatiga de cumbre, sensación de inmensidad: el Ande. El dibujo fino, preciso; la color exacta. El altiplano, yermo, se tiende bajo una pesadumbre de montañas. Este don Ricardo Jaimes Freyre, alma medieval o voluntad renacentista al decir de sus críticos —parnasiano, simbolista y modernista, que todos tres se conjuncionan por su egregia poesía— milita en las filas andinas por la concisión del verbo, la precisión sintética de las imágenes, el vuelo dramático del pensamiento. Inventor de leyes métricas, historiador del Tucumán colonial, poeta de levantada inspiración y sutil dominio idiomático, este hijo espiritual de nuestras punas trae a la literatura nacional un soplo renovador. Es la osadía serrana, acumulando planos sobre planos. ¿Por qué el verso tan ceñido y depurado, la metáfora tan justa, el cuño de la rima tan cabal? ¿Y esa genial aprehensión del paisaje? ¿Y esa imaginación torturada, siempre en tensión de altura y de caída? El genio kolla explica muchas cosas. Sus figuras poseen fuerza plástica, sus imágenes fingen raptos de escultor. Jaimes Freyre tiene la pasión de la forma. Y en el fondo de este espíritu místico y sibarita a un tiempo, que amó todos los goces del vivir y padeció todos los tormentos del pensar, la magia india se transflora en orgullo castellano: un poeta “potente y recogido”; un espléndido prosista; uno de los adalides del modernismo sudamericano. Aquí la montaña andina cobra relieve continental. Ricardo Jaimes Freyre honraría cualquiera literatura de habla hispana, pues su pensamiento aflora jerarquizado ya por el anhelo universalista del pensador y del poeta ecuménicos. Su obra cimera: *Castalia Bárbara*, versos como corceles que alcanzaron el carro fulgurante de Rubén Darío. Si Gabriel René Moreno es el primer prosista nacional de calibre americano (pues Villamil de Rada no trascendió nuestras fronteras) Jaimes Freyre es el primer poeta boliviano dueño de un orbe poético propio, intransferible, donde se contemplarán compatriotas y extraños, sin arrancar su enigma a la superficie especular de su hermética y armoniosa poesía.

Pudo ser el crítico de esta generación Emilio Finot, talento malogrado como Kramer prematuramente. Nos ha legado interesantes trabajos bibliográficos y entre ellos su *Antología Boliviana* y *Poetas Bolivianos*, útiles obras de consulta para el investigador; no conozco sus piezas dramáticas, sus comedias, ni otros libros sobre temas críticos y literarios, vasto material, inédito, que aun no ha llegado al lector. Historiador y ensayista, Alberto Gutiérrez fué un escritor de relieve. Prefiero el estilista de los últimos libros, al historiador de los primeros: *Hombres Representativos*. *Las Capitales de la Gran Colombia*, *Hombres* y *Cosas de Ayer*. Objetivo, sarcástico en la discriminación psicológica, pero casi siempre acertado en la apreciación general de los hechos, Gutiérrez descuella como prototipo del escritor culto, equilibrado en el juicio y atrayente en el decir. Fué Ignacio Prudencio Bustillo una mentalidad despierta y vigorosa: un intelecto de filósofo, en un

temperamento de poeta. Espíritu inductor en disciplinas científicas, aporta penetrante observación para el tema de costumbres. Sus cuentos, ensayos y cuadros locales, denotan fina sensibilidad de artista. Este escritor chuquisaqueño habría alcanzado mayor sitial en nuestras letras, de no haber fallecido en plena juventud. Su biografía de *Aniceto Arce* es un modelo de buena literatura; certera pupila psicológica, estilo elegante, sagaz discriminación de los fenómenos sociales. Aquí está Bolivia, en toda su hondura humana, y su dramatismo histórico. Pensador, crítico y prosista de levantada inspiración, fué Prudencio Bustillo un perfecto ejemplar de hombre de letras.

La Escuela Indagadora descuella en la novelística. Es aquí donde mejor se evidencian ese anhelo introspectivo y ese afán de interpretación que asedian a sus componentes. El novelista del indio es Alcides Arguedas. Sus primeras tentativas en el género no son dignas de mención, pero *Raza de Bronce*, novela precursora del movimiento nativista americano, es cosa seria. Quien quiera conocer la vida aimara, la vida del autóctono, en medio de su estupendo escenario de breñas y gargantas milenarias, tiene aquí un excelente intérprete que lo guiará con hábil mano al encuentro de la raza primitiva. *Raza de Bronce* es novela de tesis, realista y nativista a un mismo tiempo, con fuerte contenido social. Tiene defectos de construcción y de forma; no obstante debemos considerarla un punto cimero en nuestra escasa novelística. Arguedas, que como historiador es pesado, vulgar, ramplón en el estilo, en este libro tiene brotes insospechados de poeta y narrador. Podemos discrepar del planteamiento, disentir del desenlace melodramático, pero en sus páginas viven con vida cálida y convincente el paisaje, el poblador, la arcaica cultura agrícola y pastoril del Ande. Jaime Mendoza descubre en *Páginas Bárbaras* el drama del siringuero beniano, novela que anticipa, en cierto modo, *La Vorágine* de José Eustasio Rivera, aunque le ceda en méritos artísticos. Naturaleza y hombre están captados con viveza, mas la obra no quedará por su forma descuidada. En *Tierras del Potosí*, Mendoza evidencia nuevamente su garra: retrata con vigor, a grandes brochazos, la trágica existencia del minero. Mendoza sabe ver, sabe describir, puede comunicar emoción a sus lectores, hasta tiene páginas verdaderamente inspiradas, pero le falta un imponderable de elaboración técnica, de sensibilidad estética para elevarse a la obra de arte. Demetrio Canelas en *Aguas Estancadas* pinta crudamente la sociedad boliviana a principios de siglo, de acuerdo a los cánones del auténtico realismo francés. Es ésta una novela desagradable, aunque bien lograda. Ciertamente que nuestras clases altas no rayan tan bajo como el autor las describe; es la suya más bien una crítica lacerante a la sociedad provinciana adormilada en su sopor semicolonial, pero aun en medio a sus defectos y toques de mal gusto, contiene aciertos indudables y pasajes felices, que denotan un narrador bien dotado.

En Abel Alarcón, que es hoy un patriarca de nuestras letras, se cumple una ley casi inexorable de la literatura nacional: la desigualdad. Este espíritu amable y generoso, dedicado por entero al cultivo de las letras, no corrió fortuna pareja con sus libros. En *la Corte de Yahuar-Huácac* es una novela frustrada, de irritante puerilidad. *California la Bella* y *Cuento del Alto Perú* están mejor compuestos, como trabajo intelectual y como trabajo técnico. Pero su obra mayores *Era una vez...* feliz expresión de reconstrucción histórica y ambiental del Potosí colonial. Los cuentos de Juan Francisco Bedregal, a través de los cuales psicólogo y humorista marchan lado a lado, revelan un ingenio filosófico y delicado, que pudo rayar más alto de haber persistido en el género. De Osvaldo Molina conozco algunos relatos, cautivadores por la ternura humana y la sátira regocijante que exhalan. De él ha expresado un crítico que es "un hermano menor de Daudet, y que la ironía y la piedad son sus musas propicias".

Pero el novelista de médula, el que mejor resume la época y el género, es Armando Chirveches, que por la extensión y calidad de sus obras constituye un caso de excepción en nuestras letras. Prescindo del poeta, y aun del narrador cosmopolita de *Flor del Trópico* y *A la Vera del Mar*, como también del tímido dibujo de *Celeste*, boceto de novela a juicio de su autor. Chirveches nos ha dejado tres interesantes libros: *La Candidatura de Rojas*, *Casa Solariega*, *La Virgen del Lago*. Interesantes por constituir tres frescos vívidos de nuestra realidad, mas a los cuales se ha de oponer reparo por el débil dibujo de los caracteres, ciertas exageraciones sospechosas de naturalismo, y un aflojamiento del estilo en más de un pasaje teñido de mal gusto. Omito el valor episódico o circunstancial de estas novelas; es secundario que su trama gire en torno al politiquerismo, al clericalismo, o al chismorreo provinciano. Su valor está en la observación ambiental, en la pintura de paisajes y costumbres, en la captura de ciertos rasgos esenciales del carácter nacional; algunos, no todos, porque Chirveches no profundiza en la materia, limitándose a captar los rasgos generales sin aventurarse en la complejidad de los personajes. Para un criterio severo, en las novelas de Chirveches no se advierte una columna vertebral; los episodios secundarios no se subordinan armoniosamente en torno a un eje central; su técnica no es muy segura para encadenar al lector exigente; pero en un país donde pocos escriben y muy pocos lo hacen bien, en un medio desprovisto de buenos narradores, Chirveches es, sin duda alguna, uno de nuestros mejores novelistas. Quiso analizar la vida de nuestras clases altas, por lo general mal comprendidas. No lo alcanzó del todo, pues *La Candidatura de Rojas*, *Casa Solariega* y *La Virgen*

del Lago son imágenes conventuales, arcaicas, un algo reales y un algo caricaturescas, cada día más distantes del verdadero drama que vive el boliviano, pero Chirveches será siempre leído por su estilo suelto y ameno, por su don de observación, por el sentido realista y dramático que posee al enfocar el conjunto social. Si no llega a la perfección de *Juan de la Rosa*, ofrece en cambio un mayor aporte descriptivo y enjuiciatorio del medio. ¿El artista? Inferior al observador. Detrás del artificio literario suele asomar, a veces, la ingenuidad del poeta que no profundizó en psicología. Sus frescos algo convencionales de la sociedad boliviana, no admiten un verdadero carácter humano, capaz de elevarse al símbolo literario. Con todo, es el novelista más perseverante en el género.

Gregorio Reynolds, uno de los tres jefes de la poesía nacional, es un caso extraño en literatura: el astro menguante. Autor de una docena de libros en verso, el crítico menos avisado puede seguir fácilmente la línea decreciente de su lírica. De *El Cofre de Psiquis* —su primera obra— a *Illimani* —la última— su vena poética declina lentamente, en una pendiente tendida. *La Llama* es un soneto maravilloso, bastante, por sí sólo, para inmortalizar un poeta. Los poemas de *El Cofre de Psiquis*: impecable buril maestro. *Horas Turbias*: metafísico y estremecedor. *Redención*: un vuelo épico no exento de vacíos artísticos. *Prismas*, *Beni*: mixión de aciertos y yerros. *Illimani*: poco bueno, abundante hojarasca. Poeta cerebral, cuyo asombroso dominio idiomático se traduce en un inusitado cromatismo lírico, Reynolds es una inteligencia versátil que probó escuelas y tendencias con distinta fortuna. Parca cuando quiere, otras veces torrencial, multifono, desbordante, repite —en menor escala— el fenómeno victorhuguiano; un gran poeta injerto en un retórico irremediable. Bardo de rica inspiración y ceñida forma clásica en algunos poemas, que son verdaderamente magníficos, en otros se extravía por el laberinto del pensador y del orfebre que, atormentados por la duda y los primores del estilo, pierden el hilo de la idea y su expresión. Con todo, Gregorio Reynolds, aun en medio de sus debilidades formales, es un altísimo poeta. El problema consiste en saber elegir su poesía. Su traducción en verso del *Edipo Rey* de Sófocles es solemne y sugestiva, sin rayar en lo mejor de su obra.

No quiero referirme a los publicistas, internacionalistas, historiadores y sociólogos, que en Bolivia son legión. Pero no sería justo omitir al tipo del diplomático-hombre de letras, aquel que ha proyectado nuestra literatura más allá de las fronteras nativas, no sólo a título de mero divulgador, sino con su propia labor de creación. El diplomático-literato, que aparece en la escuela indagadora y persiste hasta nuestros días, es una de las más felices expresiones de la cultura nacional. Escojo dos nombres que me parecen representativos para el caso: Eduardo Diez de Medina y Enrique Finot.

Estadista y diplomático, Eduardo Diez de Medina es un literato de relieve. Espíritu inquieto y brillante, incursión con facilidad por el periodismo, la poesía, la crítica, las obras didácticas; más de veinte libros reflejan su múltiple labor. *Bagatelas* y *Variando Prismas*, son crónicas aladas escritas en París. *Mallcu- Kaphaj* una joya de poesía descriptiva. *Tríptico Sentimental* y *Estrofas Nómadas*, finos manojos de versos. En *Paisajes Criollos* predomina el sentimiento lírico de la tierra y de la raza. *Lulú* y *Puck* es un cuento digno de la más exigente antología. Fundó *Literatura* y *Arte* y *Atlántida*, revistas literarias que, en su época, no desmerecían de las mejores del continente. Omito citar todas sus obras, pero destaco *El Problema Continental*, *La Cuestión del Pacífico*, *Apuntes sobre Tópicos Internacionales*, libros de aliento en los cuales el internacionalista defiende con levantado numen los derechos territoriales de Bolivia, y que son modelo en la abundante literatura de límites de nuestro país. Espléndido traductor en verso, su versión del *If* de Kipling no ha sido superada en lengua hispana; tiene primorosas traducciones de poetas franceses, ingleses, brasileños. "Bolivia" breve resumen físico, histórico y político, es una excelente obra didáctica. Aunque su clara inteligencia y su firme voluntad, le dan sitio más destacado en la historia política y diplomática de Bolivia, Eduardo Diez de Medina es uno de los espíritus más cultos en la Escuela Indagadora. Sus retratos de *Colón*, de *Bolívar*, de *Sucre*, tienen la fuerza plástica de un bajorrelieve. Prosista atildado, poeta sentimental, publicista y expositor de fibra, Diez de Medina es el artista que navega en el divino esquife por los mares procelosos de la diplomacia y la política. Un romántico en el siglo XX. Pero un romántico a lo Metternich, mundano y eficiente a un tiempo mismo, que si consagra inteligencia y voluntad a su patria, aun sabrá darse modos para hacer de su vida una obra de arte.

Enrique Finot, pedagogo y diplomático, es autor de una mala novela, diversas obras didácticas y dos libros que merecen mención separada. *Historia de la Conquista del Oriente Boliviano* es una obra bien documentada, bien escrita, bien desarrollada, que consagra al estudioso. En cambio su *Historia de la Literatura Boliviana* no alcanza la estatura del crítico formal. Este libro, único en su género porque no se ha escrito otro sobre el tema, tiene que ser necesariamente consultado por los investigadores, y por lo mismo es útil analizar sus valores y



LA CUMBRE

Antes de iniciar un descenso de 2.000 metros para cambiar el clima frígido de La Paz por ardiente y húmedo de Yungas, los viajeros paran en La Cumbre, punto de transición entre la montaña y el bosque tropical. Un templo natural de salvaje arquitectura.

(Cortesía del Excmo. Sr. T. I. Rees, Ministro de S.M Británica en Bolivia).

defectos. El esfuerzo ponderable, el acopio de estudios y referencias verdaderamente impresionante. Si el valor de una obra literaria se midiera por los sacrificios que demanda a su autor, los bolivianos debemos gratitud a Finot. Pienso en los largos años de trabajo, en las pacientes investigaciones, en la tenacidad puesta al servicio de una noble empresa... y estoy con Finot. Leo el libro, mido sus vacíos, soporto el impacto de sus errores e incongruencias... y estoy contra Finot. *Historia de la Literatura Boliviana* es un libro muy bueno y muy malo. Muy bueno en su primera mitad, en todo cuanto se refiere a nuestra literatura colonial y al siglo XIX. Muy malo en lo que atañe a nuestras letras contemporáneas y novísimas. ¡Curioso libro, hijo de Jano, con dos caras distintas! Reconozco que una de ellas enseña y satisface; la otra desagrada y obliga a la censura. A juzgar por la segunda mitad, Enrique Finot es un aficionado a las letras, un corriente escritor; y nada más. No tiene ni la vocación ni la percepción del crítico, de cuyas dotes fundamentales está desprovisto; por eso en su obra es evidente la ausencia de estructura, de un plan sistemático donde las partes se apoyen y ordenen recíprocamente, de ese espíritu de asimilación y de eliminación inherente al buen juez literario. Es éste un catálogo, no una historia de nuestra literatura, contrastando el juicio casi siempre acertado de la primera parte, con el batiburrillo de libros y autores de la segunda. Finot carece en absoluto del sentido de los valores, de las proporciones y de las categorías literarias. Y aquel pánico suyo por el escritor vivo no puede ser más peregrino; ¿cómo existirían la historia y la crítica literaria, si historiadores y críticos siguieran su ejemplo, absteniéndose de emitir juicio sobre los contemporáneos? Quiero resumir mi opinión sobre esta monumental y desventurada obra: acepto las enseñanzas del estudioso que compuso la primera mitad del libro; rechazo y ni siquiera juzgo dignas de rectificación las "perlas" del compilador de la segunda. Por lo demás, en este libro y en este caso, se cumple un vicio muy boliviano; comenzar con gran empuje, con brillo inusitado, desmayar gradualmente... y terminar de cualquier modo.

Esta época se condensa y se retrata en Franz Tamayo, pináculo intelectual de Bolivia, síntesis de las virtudes y los defectos de la raza. He compuesto un libro sobre el hombre; hablaré pues ahora sólo del escritor. Político, tribuno, polemista, pedagogo, ensayista, crítico, poeta y libelista, esta naturaleza pánica escapa a una medida normal. Conjuga al pensador, al creador, al destructor; mayor madurez mental en América, no la conozco. Nadie le supera en penetración del juicio, en disciplinas culturales, en el vuelo tempestuoso de la imaginación, en el señorío espantable del idioma. Es la montaña hecha hombre. Abruma y ciega. El drama escapa al ojo. Pero truena el verso apocalíptico y estupeface. Tamayo no se ahogó en la cantidad, no abusó de lo titánico y ciclópeo, no incurrió en el retoricismo del gran Hugo, cuya sombra se ciernen por muchos de sus versos. Antes bien: fué el maestro de sí mismo, el reductor inexorable de toda demasía. Su empuje romántico choca y se atempera en altos muros clásicos; Apolo somete a Dionisos. A una inspiración gigante, a un saber inaudito, una forma ceñida y armoniosa, aunque a veces su genio demonial escape fugazmente por la disonancia y la extravagancia inaceptables. ¿Qué ha de quedar de Tamayo? Su poesía, su grande y trágica poesía, que le consagra el más genial creador de belleza de América. Con él, y sólo por él, nuestra literatura cobra, bruscamente, jerarquía universal. Es el vate, en el sentido profundo del término, el reanimador del misterio cósmico, el mistagogo del espíritu. *La Prometheida*, *Nuevos Rubayats*, *Scherzos* y *Scopas* son orbes de luz y de belleza que no entregaron todavía su secreto; con estas cuatro columnas primordiales se erigiría un Partenón andino, por dentro todo cólera y pasión, por fuera impecable y

reposado como un mar en calma. Aquí no es lícita la pequeña crítica anecdótica y detallista, sino la visión de conjunto integrada ora y trascendente. La poesía tamayana es una fuerza de la naturaleza, el gran espectáculo de la vida transmutado en imágenes, por ese don taumatúrgico que concede al poeta la intuición inefable del mundo y de sus seres. Técnicamente, fué más lejos que todos los modernistas sudamericanos, pero su genio lírico desborda la clasificación genérica: es un poeta de los tiempos. Herrera y Reissig, Lugones, Chocano son voces menores al lado de la suya. Tal vez Darío le supera en musicalidad, pero nadie en la hondura abismal de las ideas, ni en la sensualidad pagana de las imágenes. ¿Quién caló con mayor profundidad en la raza, en el paisaje, en la intuición relampagueante del ancestro? Tamayo, vate cósmico, es el Hechicero del Ande Expresión suprema del genio andino, amurallada en la fiereza aimára, embosca también la ternura quechua y el deslumbramiento oriental. ¿Cómo conciliar la música aterradora de *La Prometheida* con la belleza plástica y serena del *Scherzo del Ruiseñor*? Gran prosista, gran poeta ignorado por América, Tamayo es el Ande, la montaña hecha de fuerza y de pasión, con sus integraciones estupendas y sus desgarramientos dolorosos. Es la cumbre del tiempo cosmogónico, envuelta en llamas y despedazadas rocas. Los flancos marmóreos, evocan la majestad del tiempo clásico; pero el cono trepidante y colérico hierve de tensión mestiza, integradora y desintegradora a un tiempo mismo. ¿Un griego en el altiplano? Dionisos y Apolo bajo el sombrío manto del Wirakocha andino. Tamayo es el enigma. El Fausto aimara. El grande artista resurrecto del tiempo antiguo, que se empina sobre el nuevo con su órfico mensaje de belleza. ¡Leed a Franz Tamayo: un océano aéreo en torno a la montaña impenetrable! Ya veces la montaña nívea, llameante, se viste de sombras como la raza que la puebla, como el suelo que la contiene. Y el diamante negro de la poesía boliviana, perdido en la confusión del medio, es en verdad la más alta expresión de misterio y de belleza, para este pueblo nocturno, que yace en el tiempo de la espera.

A los indagadores siguen los eclécticos, dentro de los cuales comprendo a la llamada Generación del Centenario. La primera Guerra Mundial trae un soplo renovador al altiplano; tensión ecuménica, anhelo universalista, exotismo y cosmopolitismo. Florece también, como planta aislada, el nativismo, pero en líneas generales los "ismos" cruzan la sensibilidad de nuestros escritores. En cierto modo repítese el fenómeno romántico: hay copia, imitación, tendencias afines, si bien con menos dependencia y mayor seguridad en el esfuerzo. No se trata, en rigor, de una escuela literaria orgánicamente actuante —dije ya que estas clasificaciones arbitrarias importan sólo para facilitar la visión de conjunto— sino de voluntades individuales que pugnan por un ideal de universalidad. El boliviano lee, asimila las literaturas extrañas, y aspira a escribir para ser leído también fuera de sus fronteras.

Es complicado, es laborioso hurgar en la génesis del movimiento ecléctico. Estos hombres entusiastas, iconoclastas, osados, irrumpen por escuelas y modelos desordenadamente, al punto que las huellas de Renán y de Guyau se entremezclan con los rastros de Spengler y de Freud; no agotaron la influencia de Ibsen o D'Annunzio, y ya corren alucinados en pos de Pirandello y Giraudoux; epígonos del modernismo en poesía, inician el versolibrismo expresionista; filosofan con Ortega, viajan con Morand, novelizan con Farrère, con Lorrain y Valle-Inclán. Y no se trata de hitos esenciales, sino de hilos tomados al azar. Los eclécticos lo huronean todo: clásicos, modernos, buena y mala literatura. El ensayo alterna junto a la nota humorística, el drama y la novela con la crítica y la poesía, y la tendencia vernacular quiere erguir cabeza en pleno exotismo de importación literaria. Los eclécticos valen por su búsqueda inquieta, por el idealismo estético, por la intensidad y variedad del esfuerzo. Si ninguno de ellos cuaja en gran escritor, descollarán en la política, en la diplomacia, en el periodismo, en la docencia, en la cátedra.

Cabe, aquí, una digresión: el escritor nacional, por tendencia, es polifacético y versátil. Sea por flojedad del ánimo —se requiere fuerte voluntad para triunfar de la aridez y la fatiga de un solo género, de una especialización literaria— sea por refracción del mundo exterior que exige al escritor ensayarlo todo para subsistir dentro de un ambiente adverso, los literatos bolivianos se inclinan hacia el laberinto intelectual; hacen historia, filosofía, novela, cuento, teatro, versos, crítica, ensayo, periodismo, y lo que fuere. La cuestión es escribir. Claro que cuando se trata de un humanista, esta sapiencia universal ensancha y enriquece la capacidad creadora; pero en Sudamérica, donde salvo la excepción rarísima, el genio científico o artístico es todavía planta exótica, la dispersión de los géneros — y la dispersión sin disciplina suficiente para irrumpir en cada cual— atenta al fin contra la solidez estructural de una obra literaria. Se me puede objetar, en parte con razón, que Juan Francisco Bedregal, de la escuela indagadora, no es sólo el sociólogo-humorista de *La Máscara de Estuco*. Efectivamente: compuso cuentos agradables, bellas poesías, críticas ingeniosas, pero era preciso destacar lo más representativo de su obra, y lo más representativo es *La Máscara de Estuco*. Con los eclécticos el conflicto se agudiza; éstos abusan del proteísmo literario. Todos o casi todos, incursionan veleidosamente por escuelas y tendencias, arraigando difícilmente en alguna. Las excepciones no desmienten la regla. Si se me pregunta, por ejemplo, qué representa Humberto Palza en la escuela ecléctica, no es sencilla la respuesta. Palza

es autor de versos sentimentales, de bocetos humorísticos, de ensayos críticos, de comedias amables, de trabajos sociológicos e internacionales. Es un expositor, un divulgador de ideas. Pero a mi parecer sólo se libra de la dispersión cuando ancla en el campo filosófico: *El Hombre como Método* es una tentativa meritoria, para dilucidar el problema de una cultura propiamente americana. Es posible que más tarde —Humberto Palza es hombre relativamente joven— su inteligencia y su técnica maduren en cosas de mayor calibre.

Hecha esta aclaración, insisto en hacer notar que tomaré a cada escritor de la escuela ecléctica, no en la totalidad periférica de su actividad, sino sólo en aquella que mejor le caracterice. Hago la excepción con Gustavo Adolfo Otero, el nombre-eje de este período, que por resumir su época merece mención particularísima.

Gustavo Adolfo Otero es el paladín de las generaciones eclécticas. Bibliógrafo, bibliófilo, bibliómano, hurón de bibliotecas y de archivos, periodista, polemista, fundador de revistas literarias, exhumador de documentos y hechos de antaño, Otero es una de las figuras más simpáticas de la literatura nacional. Cargado de inquietud, de ambición, de energía, en un país donde el escritor hace carrera a corto plazo" —dos, tres libros, bastan para concluir con un autor—, es uno de los literatos más fecundos del hemisferio sud. Y acaso por la extensión desmesurada de su obra, la calidad se resiente de premura y negligencia. Gustavo Adolfo Otero, pontífice de la escuela ecléctica, es un escritor singular: brillante, oscuro, atrayente, pesado. Su pluma desigual, refleja la curva arrítmica de una inteligencia no siempre inspirada. Otero ha escrito sobre muchas cosas que no vió ni sintió con amor, como ha escrito muchas otras cosas que, asimiladas en profundidad, le valieron sus mejores páginas. Yo no recomendaría todo lo que salió de su pluma; tiene trabajos visiblemente malogrados, y otros positivamente buenos. En sus mocedades, por ejemplo, es un agradable humorista y un novelista chabacano. Sus tres novelas no merecen ni siquiera recuerdo. En cambio sus tres obras humorísticas —*Cabezas, El Chile que yo he visto y El Perú que yo he visto*—, revelan un ingenio pronto para la sátira burlesca. Pudo ser ésta su verdadera vocación literaria —con mayor experiencia, con más afinamiento, Otero habría emulado con los maestros del género— pero no quiso quedar en Julio Camba. Después vienen sus obras históricas y didácticas, de diverso valor: *El Hombre del Tiempo Heroico, Crestomatía Boliviana, Abaroa, Literatura de Bolivia*. (Esta última es un rápido bosquejo de nuestras letras sin textura crítica. Labor de compilador. Y está incluida en el tomo XII de la Historia Universal de la Literatura de Santiago Prampolini.) Lo que vale en Otero es la tensión espiritual, la inquietud nunca satisfecha, el ahínco que lo lleva por extensas correrías bibliográficas. Él es, por muchos conceptos, el redescubridor de nuestros clásicos. Sus agudos ensayos biográfico-críticos, encabezando los diez tomos de la *Biblioteca Boliviana* creada por su esfuerzo hace pocos años, constituyen puntos de partida invalorable para el investigador. Hay que buscar sus trabajos sobre la Colonia, sobre los valores olvidados de nuestra literatura, sobre temas históricos y sociológicos. Lo mejor de Otero está en *Estampas Bolivianas*, lírica interpretación del paisaje nativo. En *Tiahuanacu*, fina antología. En *La Vida Social en la Colonia*, obra erudita y de aliento. En *Figura y Carácter del Indio*, libro mayúsculo donde sociólogo y esteta andan del brazo. Y estará, seguramente, en la biografía que prepara sobre *Pedro Domingo Murillo*, precursor de la Emancipación Americana, tema que Otero ama y domina por igual. Su dilatada y variadísima producción, yace dispersa en numerosos libros, ensayos y artículos de prensa, que lo caracterizan como prototipo del polígrafo, abierto a todas las sollicitaciones del intelecto. Escritor andino, al modo de Mendoza, Gustavo Adolfo Otero es un enérgico afirmador del espíritu nacional. Trabajó tan fuerte y tan recio, removió tantísimas ideas, abrió tales caminos al estudio del pasado y a la indagación del presente, que merece ser tenido por el reanimador de nuestra cultura en las últimas décadas.

Uno de los pequeños dramas de la literatura nacional: los mejor dotados suelen retraerse o renuncian a proseguir en el empeño, cediendo campo a los mediocres que proliferan y se prodigan sin medida. Algo de esto ha ocurrido con José Eduardo Guerra y Rafael Ballivián, espíritus de selección, que pudiendo haber ido más lejos, se quedaron a mitad de la jornada. José Eduardo Guerra, fino hombre de letras, cultivó con igual acierto ensayo y poesía. Bardo subjetivo, teñido en pesimismo —no en el trascendental de Schopenhauer o Leopardi, sino en el angustiado y disolvente de Kierkegaard o Antero de Quental— tuvo sorprendente visión crítica. Su mejor obra: *Itinerario Espiritual de Bolivia*, que aun siendo de estructura menor, constituye una encendida exégesis del paisaje y la cultura nacionales. Pocos libros como éste vieron con mayor verdad y belleza lo boliviano. "El Alto de las Ánimas" es una novela de rica subjetividad, que se destaca por su excelente construcción. Lástima que una inteligencia privilegiada como Guerra, sólo llegue a nosotros a través de un puñado de poemas y otro de ensayos literarios. Igualmente culto, igualmente sagaz en la apreciación analítica y valorativa, Rafael Ballivián es autor de *Comentarios Marginales*, donde trae a primer plano figuras del pasado. He aquí —entre otros muchos— dos casos desalentadores: ¿por qué ese "tempo lento y desmayado" en el uno, y esa brusca mudez en

el otro? Ambos tienen sustancia, dominan la técnica literaria, pero les falta la voluntad del escritor, la pasión del artista. Y es éste un fenómeno que producido antes y repetido siempre entre nosotros, merece detenido análisis; ¿por qué se frustran los obreros del intelecto? ¿Hasta qué punto ese desaliento precoz proviene de la hostilidad del medio, y hasta qué otro se ha de estimar como dolencia interna? Leyendo a Guerra y a Ballivián, concluimos penosamente: pudieron dar más de lo que dieron.

La poesía alcanza en la escuela ecléctica un sello de perfección. Abundan los poetas inspirados, mas citaré sólo a siete, que pueden figurar sin desmedro en cualquiera antología americana: el romántico Claudio Peñaranda, el parnasiano José Antonio de Sainz, el satírico Nicolás Ortiz Pacheco, el filosófico Enrique Baldivieso, el vernacular Guillermo Viscarra Fabre, el erótico Víctor Ruiz, el místico Raúl Jaimes Freyre. Pero los capitanes de la lírica ecléctica son éstos: Juan Capriles, el mago del soneto, y Luis Felipe Lira, el más alado y musical de nuestros bardos. Con estos vates de noble inspiración y depurada forma expresiva, rivalizan dos poetas en prosa: Man Céspedes y Alberto de Villegas, que nos legaron dos joyas de literatura lírica —*Símbolos Profanos* y *La Campana de Plata*— emparentadas una con Tagore y otra con Valle Inclán, sin perder su rica identidad emocional.



SORATA

La ciudad edénica, al pie del "Illampu", donde estuvo el paraíso bíblico según Villamil de Rada. Arriba la cordillera enarca sus titanes de nieve, pero en el valle discurren huertos, jardines, frutos y delirios florales. Sorata es un hechizo de lo pintoresco en lo titánico.

(Cortesía del Excmo. Sr. T. I. Rees, Ministro de S. M. Británica en Bolivia).

Los prosistas, despojados ya de la herencia naturalista, caen en la trampa de vanguardia. Omito mencionar a los imitadores de los "ismos" europeos, prefiriendo detenerme en los pocos buenos narradores que se sustrajeron al remolino exótico. Adolfo Costa du Rels, escritor bilingüe, que domina con soltura el francés y el español, es, en lo técnico, un típico narrador de corte galo. Más cuentista que novelista —los relatos de *El Traje de Arlequín*, *El Embrujo*, *del Oro* y *Laguna H.3*, son superiores a la novela melodramática *Tierras Hechizadas*— Costa du Rels es un ágil descriptor del tema nacional, si bien a veces su enfoque se resiente de artificio. Aunque no salió todavía la que parece será su obra maestra —*Huanchaca*, la novela del minero—, tiene algunos cuentos fascinadores y novelas cortas que lo acreditan como el más sobresaliente narrador en su generación. *El Faro* y *La Misqui-Simi*—por ejemplo—, son dos cuentos dignos de Kipling o de Maupassant. Costa es el prosista de estirpe clásica, con todas las condiciones para creador de mundos ideales. Y uno de los pocos que podría componer la gran novela boliviana del siglo XX que todavía esperamos. Menos depurado, aunque más objetivo y directo, Alberto Ostría Gutiérrez pinta con fidelidad la vida de los quéchuas. Ostría Gutiérrez ha publicado varios libros, sobresaliendo por sus cuentos y leyendas. Neorealista, que concede idéntica importancia a la verdad del tema y a la sencillez del ropaje expresivo, este escritor chuquisaqueño describe vívidamente los tipos y costumbres del valle. Ostría Gutiérrez es autor de *Rosario de Leyendas*, *La casa de la Abuela*, *Cuentos Quéchuas*, libros de noble sencillez. Su última obra *La Política Internacional de Bolivia* es un medular ensayo de interpretación histórica y geográfica, utilísimo para el estudio de estos temas. Si es emocionante seguir a Costa du Rels en sus relatos dramáticos, si es agradable acompañar a Ostría Gutiérrez en el periplo del quéchua, es cautivador conocer por Alfredo Flores, fino costumbrista oriental, el mundo inédito de las llanuras cruceñas. En *Quiétude de Pueblo* y *Desierto Verde* —libros de linaje azoriniano— Flores plantea el drama contenido, el profundo lirismo, ese algo extático y patético que fluye del Oriente adormecido, cien años atrás del vértigo mecánico. *La Virgen de las Siete Calles*, excelente novela regional, donde tipos y costumbres están captados de mano maestra, revela en Alfredo Flores a un narrador bien calibrado, capaz de superarse en el futuro con libros aun más sazonados.

¿Cuál es el tono dominante en este período? El impulso renovador que se dió a la dramaturgia nacional.

Los eclécticos, que irrumpieron briosamente en el *Ateneo de la Juventud*, pugnando por dar un contenido social a su obra, llevan a la representación escénica su sentimiento estético de la vida. Infelizmente, de tan noble y sostenido esfuerzo, no salió un dramaturgo de talla; sólo obras menores, las más ligeras e incompletas, que si revelan habilidad inicial de construcción carecen de fuerza para desarrollar el tema y llevarlo a feliz término. Por ese tiempo, todo escritor, todo plumífero se juzgan obligados a irrumpir en la escena. Pasan holgadamente del centenar las obras teatrales aparecidas por esta época ¡y cómo retozaría un crítico avisado! Aquí hay teatro de tesis, histórico, de ficción; drama social y de costumbres; comedia fina, grotesca, psicológica; melodrama; teatro arrabalero, sainetería; drama y comedia de tendencia folklórica. Declaro mi escaso conocimiento de esta eclosión teatral, que viene muy cargada de hojarasca, porque dichas obras circularon en ediciones reducidas y algunas ni siquiera fueron publicadas. No obstante, de lo poco que vi representado, de lo poco que leí, apunto lo que va a continuación.

No busquemos en la escuela ecléctica al gran autor dramático ni la gran obra teatral. No los hay. Pero en relación a su tiempo y a su medio, destaquemos: el teatro histórico y costumbrista de Antonio Díaz Villamil; el drama de tesis de Enrique Baldivieso; el teatro folklórico de Ángel Salas y de Zacarías Monje Ortiz; la producción satírica de Nicolás Ortiz Pacheco; las comedias de Humberto Palza. En cuanto a Valentín Meriles, al cual un crítico "descubridor de valores" pretende imponer como dramaturgo de alta jerarquía, sólo conozco una de sus tres obras: *La Mala Senda*. Y es muy mala. En verdad, el talento escénico de este período, es Mario Flores, poeta delicado y comediógrafo de chispeante vena cómica, que de persistir en la comedia dramática y no en el sainete de costumbres rioplatense —como lo ha hecho con extraordinario éxito de taquilla en Buenos Aires— habría sido uno de los renovadores del teatro boliviano.

Antonio Díaz Villamil es uno de los autores más fecundos en nuestra literatura. Anduvo por todos los géneros: drama, comedia, leyenda, historia, literatura didáctica, cuento, etc. Acaso su prosa se resienta de excesiva sencillez formal, pero su obra, en conjunto, es uno de los más generosos esfuerzos para enriquecer la bibliografía patria. Es autor, entre otros muchos libros, de *La Hoguera*, *La Rosita*, *Leyendas de mi tierra*, *Khantutas*, *Tres Relatos Paceños* y una monumental *Geografía de Bolivia*.

El movimiento Gesta Bárbara, iniciado hace más de 20 años en Potosí, infundió un soplo renovador a nuestras letras. De allí surgieron Carlos Medinacelli, crítico y novelista; Walter Dalence, autor teatral, poeta y cronista literario; el poeta José Enrique Viaña; Valentín Meriles, dramaturgo; el ensayista Armando Alba. Y otros. *Gesta Bárbara* fué un hito. Cumplió un mensaje de fe, de generosidad, de acción constructiva. Pero estos brotes esporádicos de ingenio —excepción hecha de Medinacelli, Viaña y Cuarta—, no cuajaron en vocación literaria. No salió un libro fuerte, señero, aleccionador, capaz de representar simbólicamente el idealismo y la capacidad creadora del grupo, muchos de cuyos componentes abandonaron las letras por la política, el parlamento y el periodismo. ¿Quién es Gamaliel Churata, y por qué debemos considerarlo como un escritor boliviano? Gamaliel Churata, peruano de origen, boliviano de arraigo y sentimiento, es un talento extraviado en el laberinto periodístico. El destino adverso que no le permitió descollar en la política sudperuana, tampoco le ha dejado publicar un libro. Pero Churata es uno de los genios inductores de nuestra literatura nacional —no por silencioso y modesto menos eficiente— y su garra de pensador y de estilista se reconoce en numerosísimos escritos, en el fiero autoctonismo que enciende su pluma, y en el generoso estímulo que presta con su crítica a viejos y a jóvenes. Entre sus muchos y muy valiosos trabajos, señalo estos dos, que bastan para hacer un renombre de escritor: *Preludio de Konkachi* y *Manco Capac, el Demiurgo del Pueblo Indio*. Gamaliel Churata es una de las mentalidades más vigorosas de la nueva América. Día llegará que los bolivianos celebremos el haberle acogido en nuestras montañas.

Cierro este fugaz vistazo a los eclécticos con la figura de Carlos Medinacelli, crítico erudito y avizor, aunque no siempre acertado, en quien se cruzan y condensan factores positivos y negativos de la cultura nacional.

Carlos Medinacelli, crítico y ensayista, es autor de valiosos estudios sobre literatura boliviana. Su obra rica de sustancia, yace dispersa en diarios y revistas. Es el primero que ejerce con pupila científica la crítica literaria: su vasta erudición, su agudeza analítica, le permiten desmontar pieza por pieza el mecanismo intelectual de una obra. Su labor fiscalizadora y depuradora en la república de las letras es meritoria, aunque no siempre justa; tiene comentarios

bibliográficos excelentes, y otros que revelan, debajo del conocimiento libresco, falta de una cultura general, de finura psicológica y hasta de equilibrio ético para juzgar la obra ajena. A veces el hombre pasional no alcanza a emboscarse detrás del discriminador de valores. Busca un sentido de universalidad en nuestras letras, mediante el estudio comparado y razonado con otras literaturas. Aunque desordenada y desigualmente, Medinacelli ha trabajado con ahínco por la cultura boliviana; estudió sus problemas, actualizó figuras pretéritas, ayudó a calibrar las nuevas. Que al penetrante crítico potosino debemos admirables piezas de investigación bibliográfica, es un hecho. Pero también lo es que él nos adeuda dudosas abstenciones, sospechosas preferencias y equívocos inaceptables. Reduciendo las proporciones, se diría una clara inteligencia ensombrecida por una malignidad saint-beuviana, aunque —naturalmente— sin la sutileza del crítico francés. Se aproxima receloso, prevenido, a las personalidades definidas; generoso y protector a quienes solicitan su espaldarazo crítico. Su vena humorística fluye de una fuente amarga: el pesimismo inveterado. No es el agonista destructor y re-creador del mundo, al modo de Unamuno, sino el pesimista empedernido, el negador sistemático, a la manera de Arguedas, que todo lo halla mal porque no anda de acuerdo ni consigo mismo. Su visión del paisaje, de la raza, de la cultura, es esoladora; no hay resquicio para la más leve esperanza. Si el crítico enseña a conocer y a razonar, el pensador contamina y ensombrece. ¿Cómo ve Medinacelli a Bolivia y al boliviano? "País de montañas tan grandes para hombres tan pequeños." ¿Qué piensa de nuestra realidad provinciana? "Pueblos terrosos, vidas derrotadas." ¿Cómo se plantea el problema indígena? Con una paradoja: "No es el indio un problema para el blanco, sino los blancos un problema para el indio." Y cuando debe pronunciarse sobre Franz Tamayo, el primer hecho intelectual de Bolivia, se acoge a la ironía: "Es el Pilcomayo de nuestra cultura." Yo admiro en sus escritos, unas veces al divulgador de ideas; otras al intelecto frío, lógico, preciso, dotado del don de exposición para imponer sus descubrimientos. Me duelo por la ausencia de fe, por la negación disolvente, por la acidez humana que mueve ese mecanismo intelectual. Desigual, contradictorio, ingenio polémico y analítico, rara vez inclinado a la síntesis unificante y creadora, Carlos Medinacelli es un crítico de singulares aptitudes y lamentables pequeñeces.

La escuela vernacular, surgida de la Guerra del Chaco, se aparta diametralmente del período anterior: busca la exaltación de lo propio, la temática social, el nacionalismo literario. Su actitud de insurrección es hondamente sincera. Estos jóvenes quieren que una literatura intrínsecamente boliviana, sea el primer paso para ir a la Nación surgente, orgánica y consciente de sí misma. Pero aquí es preciso distinguir dos fases del nuevo movimiento espiritual: unos hacen política con la literatura, envileciendo el espíritu por la consigna y el furor partidistas; otros, con sanidad de intención, hacen literatura con la política, acentuando el tópico vernáculo, el relato regional, la poesía folklórica, todo cuanto expresa lo característicamente boliviano. Me ocuparé sólo de los segundos.

La Guerra del Chaco, que la perdimos por ineptos, deja un ancho surco en el alma nacional. Con ella despertamos a la trágica realidad: Bolivia no es una nación orgánica. El mito de la "raza de bronce" se esfumó. Carecemos de unidad política, étnica, económica. No podemos, siquiera, abastecernos a nosotros mismos. Faltan conductores, esos equipos de comando humano que abundan en otros países. No tenemos capitales, población suficiente, ni técnicos para desarrollar nuestras riquezas potenciales. Con menores recursos, pero más homogéneo en su núcleo nacional, el Paraguay nos ha despojado por las armas del desierto chaqueño, taponando el último acceso de Bolivia al mar por el sistema del Plata. Es, en buena cuenta, el desastre. Pero esta patria indómita, que como su Padre Ilustre, aprendió a vencer en las derrotas, sacando fuerzas de su propia flaqueza, se yergue contra el Hado y profiere: "Caída estoy, pero no vencida. A levantarse y proseguir." Entonces viene la insurgencia contra el tradicionalismo político, la prédica social, el movimiento indigenista, ese vasto envión renovador dentro del cual vivimos todavía, que ha costado sangre, lágrimas, desorden y a veces retroceso en nuestra vida civil, mas que en el fondo no es sino la crisis biológica para ascender de una adolescencia impetuosa a la equilibrada madurez. No nos engañemos: podrían sobrevenir mayores desdichas, confusión mayor, más del torbellino se engendra la armonía; y de este clima de combate y alteración vendrá un futuro estable. Necesitábamos la mutilación chaqueña para tomar conciencia de nacionalidad. Y esta fermentación oscura de fuerzas contrarias no es sino la manifestación vital, enérgica, angustiante, de un pueblo que se está buscando a sí mismo. No ha de extrañar, entonces, que consumida por el espíritu de lucha, donde invierte sus mejores energías, la Generación del Chaco no haya contribuido a una gran literatura nacional. Lo que hay que ver es cuánto hay de entrañable, de anhelante, en estas nobles tentativas de insurgencia creadora.

No quiero hablar de "Nacionalismo Literario", porque el término es capcioso. Diré más bien que los vernaculares han removido las fuentes de la autoctonía, pugnando por forjar un alma nacional. Letras y artes vienen reflejando ese ideal colectivo de coherencia y solidaridad. El futuro

dirá hasta qué grado la Escuela Vernacular cumplió su objetivo —hoy está, todavía, en formación— por lo que me limitaré a señalar sus valores representativos, hasta la fecha en que compongo estas páginas.

Roberto Prudencio es el adalid de la insurrección juvenil. Filósofo, ensayista, crítico de arte, posee una vasta cultura y un estilo sobrio y nervioso, que insufla poderoso atractivo a sus ideas. Frecuenta clásicos y modernos, con visible preferencia por los pensadores germanos. Ha escrito mucho y profundo, pero infelizmente su obra, que daría materia para varios volúmenes, no se agrupó aun en el libro. Prudencio es el ensayista de mayor vuelo y el más avisado espíritu crítico de su generación, en la cual viene influyendo con noble eficacia por la originalidad de su pensamiento. Ha hecho, entre nosotros, algo de lo que Ortega hizo con los españoles, acercándolos al conocimiento de los grandes pensadores de Occidente. Los mejores estudios interpretativos de Goethe, de Simmel, de Keyserling, de Spengler, de Heidegger se deben a su pluma. Paladín del moderno movimiento indianista, ha compuesto admirables trabajos acerca de la Colonia, de la influencia del espíritu Kolla en la nacionalidad, de la pintura indohispana, de las excelencias del mestizaje, de la urgencia de crear un sistema de valores autóctonos que ahuyente y sustituya los viejos patrones europeos. El movimiento indianista, iniciado por Tamayo en 1910, con un planteamiento falso, irrealizable, puesto que supone la lucha clasista y la consiguiente eliminación de blancos y mestizos, halla en Prudencio un intérprete más juicioso, que no hace política ni practica resentimiento, que elude más bien el sentimiento de clase, buscando la exaltación de lo indio, de lo vernáculo, como una actitud filosófica, como una reacción ética y estética frente al desorden boliviano. Prudencio cultiva con raro acierto la investigación histórica, la crítica de arte, el ensayo filosófico y literario, distinguiéndose por la vastedad de sus conocimientos, la sagacidad del análisis, la concisión del estilo, y su fuerza sintética de expresión, atributos del buen escritor. Talento dúctil e inspirado, domina el orbe occidental y el mundo americano; a ello se debe que nos hable con igual maestría de la pintura de Goya o de la estilística del arzobispo Moxó, de la irreligiosidad del pensamiento contemporáneo o del sentido y proyección del Kollasuyo, que es uno de sus más profundos y hermosos estudios indianistas. El hecho más importante en la cultura nacional, en los últimos diez años, es la creación de la revista *Kollasuyo*. Roberto Prudencio la fundó y la dirige con perseverante esfuerzo. En ese nombre que simboliza un renacimiento del alma boliviana bajo el signo del ancestro, está resumida la obra de Prudencio; no sólo por sus medulares investigaciones, donde con esa "segunda vista histórica" de que hablara el maestro reconstruye épocas y ambientes; no sólo por su laboriosa exégesis y revaloración de nuestros clásicos; no sólo por sus magníficos ensayos de estética y literatura; sino por ese ímpetu generoso, fervoroso, casi exaltado, con que acoge, relleva y proyecta todo lo que atañe a nuestra cultura nacional. Prudencio se ha prodigado en modo tal en la cátedra, en la polémica, en la crítica, en el ensayo, que lo mejor y en cierto sentido la casi totalidad de su obra, se dispersa en publicaciones de prensa, en revistas, o en la memoria de sus contemporáneos. El inquietador, el removedor de ideas, ha inmolado al escritor. Roberto Prudencio es la primera mentalidad de la Escuela Vernacular. El pensador joven, alerta, cargado de energía y de sapiencia, cuya fuerza elástica se dispara todavía hacia el ensayo, llamado a damos más tarde, en la recia estructura del libro, tal vez la más fuerte expresión de estas generaciones anárquicas y osadas, que lo desconocieron todo, para volver a crear con su fe, con su combate y su amargura, un nuevo sentido de patria.



ALTO DE LAS ÁNIMAS

En los alrededores de La Paz surge intempestivo este capricho gótico, esta erosión lunar, esta tempestad petrificada de la tierra. Y es este escenario fantasmagórico el indio labra su heredad con una técnica rudimentaria, que evoca el Egipto milenario.

(Cortesía del Excmo. Sr. T. I. Ministro de S. M. Británica en Bolivia)

Más afortunado o más perseverante, Guillermo Francovich, otro de los adalides de la generación actual, contribuye con cuatro libros al movimiento insurgente. Pensador severo y armonioso, más cerca de la tradición clásica que de la aventura revolucionaria, Francovich dió buena muestra de su capacidad con *Supay* y *Los ídolos de Bacon*. Antípoda de Prudencio como esteta y moralista, el escritor chuquisaqueño sostiene la universalidad de la cultura, la primacía del arte sobre la ciencia. Inteligencia diáfana, sensibilidad en pugna con el materialismo imperante, Francovich es un joven maestro de idealismo, que al plantear, en *Pachamama* el porvenir de la cultura en Bolivia, previene: "No hay que embriagarse con lo folklórico, reconociendo más bien los valores eternos de la personalidad y de la razón, que son los únicos por los cuales se elevan los pueblos." Su cuarta obra, *La Filosofía en Bolivia*, es una visión panorámica de los estudios filosóficos en nuestro país. La exposición metódica y el lenguaje atrayente, sobresalen sobre todo en los capítulos primero y último, agudas interpretaciones de los estadios aurales de nuestra cultura pasada y presente. Formado en la pura moral cristiana y en la clara estética helena, Francovich encarna la sabiduría antigua en moldes modernos. Sus diálogos tersos y profundos revelan un espíritu socrático, un estilista, un defensor de la pedagogía colectiva por la superación individual. Introdutor del pensamiento de Paul Valéry, exégeta de los filósofos brasileños, ha dedicado también valiosos ensayos al tema nacional, como su *Introducción a la Historia de Bolivia* y su hermoso trabajo crítico sobre la estética de Tito Yupanqui, el artífice indio que modeló la imagen de la Virgen de Copacabana. Francovich no ha compuesto aun su obra maestra; me parece presentirla en sus libros, en sus ensayos, en sus diálogos henchidos de idealismo y de belleza. Si no se tuerce esta vocación de hombre de letras, por las rutas escabrosas de la política y la diplomacia, Francovich será uno de los valores más altos de esa que yo llamo la "Generación de la Fe". No es, propiamente, un escritor vernacular, ¿pero qué título más alto para un escritor boliviano que la exploración del ser, qué autoctonía superior que la de buscar un sentido moral y estético a la vida? El pensador de *Supay* es un hito. Y más que un hito, un germen cargado de significación en el joven pensamiento nacional.

Esta época es pródiga en poetas. Los hay de todo linaje: buenos, mediocres, malos. Espigaré sólo entre los primeros, advirtiendo que escojo a los de mi preferencia, ya que mencionar a todos sería caer en el catálogo. Octavio Campero Echazú y Guido Villagómez, poetas delicados y flúidos, con algo de la primera época nerudiana y otro poco de la gracia garcilorquesca, nos dan un soplo cálido y cordial del alma valluna. Otero Reiche, el poeta surgido de las trincheras, atiende menos al celo versificador y estalla en imágenes intrépidas, bruscas, desconcertantes como su selva tropical. Es desigual, pero la vena lírica le fluye fácilmente y algunos de sus versos son realmente bellos. Jesús Lara es un delicado intérprete del sentimiento quéchua. Bajo los estandartes de vanguardia alinean tres valores: Cerruto, Luksic, Yolanda Bedregal. Oscar Cerruto es uno de los más originales exponentes de la lírica boliviana y el más alto de nuestra poesía vanguardista. En sus versos la rica inspiración, la audacia de las metáforas, la delicia de las imágenes, vienen revestidas por un dominio interno de la forma. Tiene poemas impecables que acusan un levantado vuelo lírico. Dice cosas muy hondas, muy hermosas, y las esmalta sabiamente con giros alados y tintas finísimas. Luís Luksic cultiva con acierto la poesía expresionista y una prosa poemática sutilmente calibrada; es original en sus ideas y elegante de forma. Ha producido poco, pero ese poco promete más de lo que dice. Yolanda Bedregal, vanguardista no de género, sino de intención, es una pura fluencia lírica y musical. Sus versos son de limpidez virginal, aunque no todos igualmente logrados; la ternura doliente, comunicativa, de sus poemas sentimentales, está varios grados encima de las composiciones que pretenden expresar ideas filosóficas. Fernando Ortiz Sanz es un poeta inspirado que maneja diestramente los recursos técnicos del verso. Tiene talento y buen gusto, llaves que abren muchas puertas. Prosista culto y elegante, Ortiz Sanz es una de las más bellas promesas de la joven literatura nacional.

Para mí, el poeta genuino, el más puro y armonioso de nuestra generación, es Jorge Canedo Reyes, ese extraño lapidario que como el cantor de Nishapur arrojó sus joyas al viento de la vida, sin preguntar jamás por su destino. Sus sonetos andinos, sus versos de amor, sus poemas líricos, dispersos todos, truncos algunos, tienen la suprema belleza de un torso mutilado. Discípulo sin quererlo o sin saberlo de Tamayo, tiene como él un sentimiento entrañable de la tierra y de la raza, y un don melódico que envuelve y arrebató todo lo que canta. Allá en sus mocedades, Canedo Reyes soñó componer un *Cancionero Aimára*; conozco algunos fragmentos de frescura y vivacidad maravillosas. Pero el Destino quiso truncar este hado de poeta por la dura disciplina del conductor de opinión. Canedo Reyes es hoy el primer periodista boliviano, el alma mejor templada al servicio de la verdad y la justicia; y en la lucha cotidiana se consume lentamente la fibra alada del artista. Quien lea su *Trilogía Andina* —tres sonetos: "Quena", "Puna", "Un Guanaco"—, reconocerá al "daimón" nocturno de la sacra embriaguez poética. Canedo es una lira.

Verdaderamente: en Franz Tamayo y en Jorge Canedo Reyes —enorme, mayestática, la una; trunca, fulgurante, la otra— nacen las fuentes más puras de nuestra poesía nacional.

La Escuela Vernacular, que se manifiesta activa en la polémica de combate, en la temática social, en el movimiento indigenista, irrumpe con mayor vigor por la novela, el cuento y la literatura costumbrista. Hay que buscar sus raíces en los dialécticos marxistas, en el naturalismo zolesco, en la literatura regional americana, en los alegatos antibélicos de Barbusse y de Remarque, en la escuela insurreccional ecuatoriana y peruana. Tiene de unos y otras el crudo realismo, idéntico afán de introspección, un pesimismo trágico, la tendencia a la sátira social a costa del testimonio estético. Y en el fondo —lo que acaso es su mayor virtud—, un anhelo vehemente por descubrir, precisar, profundizar lo propio: tierra, razas, costumbres, conflicto de clases, regiones y almas.

La literatura surgida de la hoguera chaquense es abundante. Hay obras bien logradas, en lo documental y en lo artístico, pero en conjunto pecan de monotonía y escualidez. Se abusó del relato descarnado, melodramático, cargando las tintas rojas, al extremo que más de una vez el suceso bélico es sólo un telón de fondo para la mordacidad demagógica y el derrame biliar o procalálico. No obstante, se salvan algunos libros del naufragio general. Hablaré solamente de ellos.

Entre la literatura confesional, descriptiva, que expresa el desencanto de una generación, selecciono *El Martirio de un Civilizado* por Eduardo Anze Matienzo, los *Cuentos Chaqueños* de Gastón Pacheco, y *Chaco* de Luís Toro Ramallo. Relato ameno, a veces pintoresco, episodios no desprovistos de interés. Fácil descripción del paisaje. Atisbos de sondeo introspectivo. Más no se ve la garra del creador de tipos ni la pupila hondísima del artista reproductor del drama vivo. Testimonio, sí. Sinceridad narrativa, sí. Confesión emocionada y respetable, sí. Y en ciertas páginas, riqueza de vida y de color. Obra de arte, en el sentido riguroso del término, no.

¿Qué es *Aluvión de Fuego* de Oscar Cerruto? Una novela frustrada. Le falta unidad, verdad, sentido de proporción y del matiz. Aspiró al trazo epopéyico y se disuelve entre brochazos sociológicos y paletadas líricas. El poeta que hay en Cerruto traiciona al novelista. Pero el artista, aun así, fragmentario y contradictorio, cautiva casi siempre. Cerruto ensaya nuevos registros en la prosa boliviana. Posee un estilo macerado, rico en metáforas novedosas, volado de imágenes, que disuena extrañamente con la reciedumbre del tema. Aquí no hay guerra, sino drama social, protesta encendida contra el desorden y la miseria que predominan en Bolivia. Tiene mano firme al describir ciertos ambientes de nuestra vida nacional, pero el pulso desmaya y degenera en caricatura —¿efecto casi general en el escritor boliviano— al retratar las clases dominantes. No hay personajes-tipo, ni siquiera individualidades marcadas. En cambio, el poeta triunfa plenamente: esa Muerte de Berenice, esos bocetos ardientes del medio físico, esas sutiles indagaciones psicológicas, esos épicos frescos de la vida minera, están en franca pugna con el realismo amargo de documento político que señorea otras páginas. *Aluvión de Fuego?* es la revelación de un artista, la visión poemática y diluida de un pueblo en formación. Tiene fuerza — fuerza dispersa—, color, belleza. Le faltó madurez crítica para ajustar el cuño en la masa plástica del relato.

Prisionero de Guerra por Augusto Guzmán, tampoco es una novela lograda. Más que novela, es un diario de guerra, documento valiosísimo, demasiado simple y crudo para inmortalizar simbólicamente la peripecia viva. Menos literario que el anterior, le gana en intensidad humana. Tiene pasajes patéticos, llameantes, que nunca olvidará el lector. Su realismo exasperante linda con el dramatismo eslavo, recuerda a veces lecturas de Dostoiewski y de Andreiev, mas no llega a la trama interior del personaje. Sentidas descripciones del paisaje, relato vigoroso, observación rápida y precisa. Le sobran vitalidad, verdad, percepción del hecho exterior; pero la psique demonial del guerrero, la visión del pueblo en armas, no asoma por estas páginas sarcásticas de un pacifista, de un auténtico hombre de ideas, que ha visto la campaña como un inmenso derrumbe colectivo. Es una faceta de la guerra, bajo una lente muy personal. Para ser novela le falta una estructura.

Sangre de Mestizos, por Augusto Céspedes, es el mejor libro de relatos surgido de la guerra del Chaco. Nada falta a Céspedes: talento novelístico, aguda visión del paisaje, captación intuitiva de las psicologías, prosa robusta y vibrante. He aquí un hermoso libro que arroja luz cálida sobre el alma mestiza. Por su temperamento dramático y por su técnica depurada de narrador, Augusto Céspedes es uno de los prosistas descolantes de la generación vernacular.

Los narradores abundan en la insurrección vernacular. Diomedes de Pereyra, autor de *Caucho* y *El Valle del Sol*, descuella en la novela de aventuras. Juan B. Coimbra describe con vigor en *Siringa*, el Beni fabuloso y pánico. Manuel Frontaura Argandoña, en *El Precursor*, noveliza

la figura señera de Alonso de Ibáñez. Este libro está compuesto con amor, con dolor, con esmero de artífice, y a la vez que una espléndida reconstrucción histórica de época, es una de las mejores novelas bolivianas, por su tema, por su excelente construcción técnica, por el estilo ágil y vibrante. Porfirio Díaz Machicao, cuentista de fibra, es autor de libros desiguales. Sus biografías y trabajos históricos, tienen menos valor que sus relatos realistas o de ficción. Posee el instinto del narrador de raza. En *Cuentos de Dos Climas* algunos son aguafuertes de mano maestra de nuestra vida popular. Menos prolífico, liberándose de la influencia quirogiana, Díaz Machicao, por su visión potente y cálida, por su comprensión de la psique nacional, podría darnos una versión maciza y novelesca del drama mestizo. Gilfredo Cortés Candia, sobresale como fiel intérprete de la vida beniana. Algunas de sus narraciones son de gran movimiento e interés.

Augusto Guzmán, en cambio, es todo un autor; padre e cinco libros. Ya juzgue su *Prisionero de Guerra*, trozo ardiente de vida que no llega a ser una novela. Su *Historia de la Novela Boliviana* es un trabajo esforzado de compilación y crítica somera. Pero *La Sima Fecunda*, su novela primigenia, es encantadora. Aquí todo ajusta en armonioso ritmo: tema, intención, hilo narrativo, estilo. Novela descriptiva, típicamente regional, donde la fuerza tremenda de los "yungas" de Cochabamba, cubre trama y personajes con sus vahos y nieblas sofocantes, equivale a un canto panteísta. Es el drama del vegetal que empequeñece y desintegra al hombre, el heroísmo de la criatura humana frente al pavor de la naturaleza virgen. La Bolivia ignorada y remotísima, que evoca las fuertes y angustiadas páginas de otra vorágine telúrica. Un romance de amor de fragante seducción, ilumina esta bella obra, donde una noble juventud canta a pulmón pleno la exaltación de la vida, la lucha del hombre con su medio, el sentimiento estético del paisaje. Por esta promesa surgente de *La Sima Fecunda* —extraña mezcla de realismo y espíritu romántico— yo creo que Augusto Guzmán puede madurar en gran novelista. Lástima que la crítica y el ensayo parezcan ocultarle su camino. Guzmán tiene, además, dos excelentes biografías: una relativa al Obispo Cárdenas, y otra en torno a la figura trágica de nuestro Tuphuj Katari, libro en el cual evidencia comprensión sintética del alma y del paisaje nativos. He aquí un narrador excepcionalmente dotado, un escritor de categoría, con todos los atributos para construir una sólida obra literaria.

Quiero destacar, aun, entre los vernaculares, a estos otros. Ismael Sotomayor, como tradicionista y bibliógrafo, cuyas *Añejías Paceñas demuestran* perspicacia de historiador y amenidad narrativa. Federico Ávila, publicista fecundísimo, más laborioso que original. Joaquín Gantier, el dramaturgo de nuestra generación. Gunnar Mendoza, un buen ensayista. Ernesto Vaca Guzmán, comediógrafo y humorista, cuya prosa satírica exhala un aire primaveral en la adustez andina. Alfonso Crespo Rodas: puede llegar a ser un excelente historiador. Su ensayo sobre Ballivián y Belzu, sus estudios acerca de Linares, son ya reveladores de un rico mecanismo mental. Pero su biografía *Santa Cruz, el Cóndor Indio*, aun constituyendo esfuerzo meritorio, no es todavía lo que puede esperarse ni del gran personaje ni de su inteligente biógrafo. Crespo Rodas, como varios de nuestros escritores jóvenes, es una pluma en formación. Quiero creer que ella sabrá desarrollarse hasta una madura plenitud de concepto y de forma. Enrique Kempf Mercado, poeta inspirado y vigoroso cultor del cuento folklórico cruceño. Rodolfo Salamanca, autor de ensayos sustanciosos de fuerte inclinación indianista. Walter Montenegro sobresale en el cuento y en la crítica.

La biografía de *Pedro Domingo Murillo* por Manuel Carrasco, es un modelo de buena literatura. Libro sobrio, diáfano, elevado. Estudio enjundioso, revela un veraz discriminador del proceso histórico y un crítico sagaz. Mucha sustancia en digna forma. Construcción sólida, armoniosa, sustentada en un sutil sentido de equilibrio. Carrasco dice poco, pero lo dice claro y bien. El estilo directo, preciso, con netedad periodística, refleja una mente lúcida, habituada a juzgar hechos y personas con agudeza de historiador, pero también con ese don de medida caro al humanista que rara vez se presenta entre nosotros. He aquí un libro excelente, espejo de buenos escritores.

La Fundación de La Paz, por Zacarías Monje Ortiz, es un libro nutrido de ideas, hechos y planteamientos históricos. Mucho estudio, mucho espíritu investigador. Pero el lenguaje enrevesado dificulta el relato. Si buscara la síntesis, si eliminara mejor lo accesorio, Monje Ortiz calibraría su obra.

¿Cómo cerrar esta fugaz e intencionada visión de nuestras letras? Con dos actos de fe: uno de homenaje a una ilustre ancianidad declinante, otro de vaticinio a una juventud surgente.

Pocos bolivianos —tal vez ninguno— hicieron más por la cultura nacional que el Profesor Ingeniero Arturo Posnansky, europeo de origen, boliviano de arraigo y de espíritu. Este singular hombre de ciencia, cuya vida extraordinaria de lucha y de estudio está unida a medio siglo del

acontecer andino; este arqueólogo, antropólogo y etnólogo, negado unas veces, otras discutido en Bolivia, aplaudido casi siempre en los círculos científicos del exterior; este apasionado descubridor y reinventor de la prehistoria boliviana, cuyo libro monumental *Tiwanacu* —la cuna del hombre americano— es sólo el cimientito formidable de una vastísima labor científica; este don Arturo Posnansky, que arrancó su secreto a la tierra, al indio, a las piedras inmemoriales, acercando al mundo civilizado la comprensión histórica y simbólica de la palabra "Tiwanacu", es en verdad un arquetipo de energía, un abuelo tutelar, un forjador de vida y de belleza en la cultura nacional. Ciertamente que no domina el castellano; pero en su caso poco significa el estilo. El primer sistematizador de las culturas pre-andinas, el infatigable removedor de ruinas, el explorador intrépido, nos legó casi un centenar de libros, monografías, ensayos, trabajos críticos, científicos, de simple erudición. ¿Es un literato? Sí, porque también hace literatura —en medio de su ciencia grave y densa— este inaudito pesquisidor de pueblos y civilizaciones, que juega con el basalto y la traquita, con la misma flexibilidad que se pierde en el río de las razas, o se remonta a la medición de las estrellas para caer luego en los vacíos fascinantes del mito y de la hipótesis. Admito que algunas de sus teorías sean rectificables, determinados de sus escritos confusos e inelegantes. Nada son esas fallas de detalle frente a la majestad de la obra en su conjunto: un saber, un meditar, un ordenar y un sugerir que no parecen fruto de una vida, sino de diez vidas. Todo lo que sale de su pluma viene cargado de interés, incita, apasiona, provoca a la adhesión o a la polémica. Él retomó la gran tradición andina, muda desde la muerte de Villamil de Rada, reivindicando para Bolivia la cuna de la primitividad americana. Él nos enseñó a mirar con veneración las ruinas fabulosas. Rindamos pues al gran viejo un homenaje crepuscular, que si no la gratitud de un pueblo al que consagró su dinámica existencia, siquiera llegue al maestro la encendida admiración de sus almas jóvenes. Porque Arturo Posnansky es un creador de patria. Un hombre de ciencia. Y también un poeta, un poeta de la historia. Y quien salga al encuentro de su tiwanaquense mesianismo, nunca será defraudado.



ILLIMANI

Junto a la montaña portentosa, un grupo de llamas. El Illimani trasciende fortaleza, la llama fragilidad. Con estos pequeños camélidos, edificaron aimáras y quéchuas sus imperios seculares. La llama es pues tradición, factor de vida, botón estético en la yerma altiplanicie. (Cortesía del Excmo. Sr. T. I. Ministro de S. M. Británica en Bolivia).

He aquí lo que todos fuimos, o aquello que creíamos ser: un corazón intrépido en una osada juventud. El mozo veinteañero tumba ídolos, satiriza costumbres, elogia parcamente. Iconoclasta y combativo, lo que busca es el combate por el combate, quiere ser tomado en cuenta. Recto el pensar. Tajante el juicio. Generoso en el impulso y en la acción. Beligerante en política, será entusiasta-estético en arte. Abierto a todas las inquietudes del espíritu, pecará de premura y petulancia, jamás de pereza o desafecto. Hará todo lo que se hace a los veinte años; periodismo, crítica, versos, narraciones, estudios biográficos, semiensayos, bocetos de dramones. Y de pronto, noble audacia, dos libros breves, vigiles, osados: *Borrachera Verde* y *Coca* novelas cortas que anuncian al escritor de garra. No insistiré en las virtudes y defectos de estas obras primerizas. Raúl Botelho Gosálvez, vigoroso intérprete del trópico beniano y de los "yungas" paceños, es también el aguafortista de *El Descastado* y otros cuentos de dieciocho quilates. Sueña pintar mañana, en novelas de envergadura, la vida ruda y fiera del altiplano, la vida sensual y lírica de los valles. *Kamakes* —zorros— tiene vigorosas descripciones y en su sentimiento épico del paisaje, se prenden jirones del alma india. Éste no copia ni sigue a nadie. Trae su propia voz. Sabe adónde va. Tiene la fibra intuitiva del auténtico novelista. Cuatro rasgos le bastan para capturar el embrujo cósmico. Sus personajes son veraces, definidos. Maneja el diálogo con soltura. Las metáforas esmaltan su estilo, que aun debe despojarse de cierto resabio naturalista. Su mayor enemigo: la facilidad. Botelho Gosálvez debe cuidarse del triunfo blando, vertiginoso. Escribir menos, pensar más, estudiar más, que el gran novelista no se improvisa; es fruto de un don natural y de una técnica adquirida. Rechazo el final de *Coca*: el suicidio. Para esta patria desgarrada por el infortunio, hay que forjar naturalezas férreas, constructoras, caracteres bronceados que superen el nefasto pesimismo deletéreo que nos circunda. Basta de melodramas y vidas en derrota. Botelho

mismo, en su hermosa y corajuda juventud, es una negación de toda literatura disolvente. Más Kipling, menos Dostoiewski. Para los tiempos duros, difíciles, del vikingo moderno, acorazarse contra el sentimentalismo, endurecer la voluntad por el espíritu de sacrificio, rescatar las almas del naufragio colectivo. Raúl Botelho Gosálvez es el novelista en potencia mejor dotado de su generación. De su fe, de su perseverancia, depende que se convierta en gran escritor. Es el Benjamín de nuestras letras. Y como toda promesa auroral, lleva en sí misma la clave de su realización.

¿Cuál es nuestra posición en el proceso intelectual del continente? ¿Vamos en vanguardia, al medio o a la zaga? ¿Hicimos mucho o sólo estamos al comienzo? Preguntas que sólo podrá responder un estudio comparado de las literaturas sudamericanas. Yo creo que hemos producido algunos de los mejores libros del hemisferio sur, y muchos de los peores. Nuestra producción media es todavía una masa amorfa, incolora, perdida en la garrulería continental. En Bolivia —y en América— no hemos aprendido todavía a diferenciar el escritor de vocación, del publicista o literatoide.

Leemos más que nuestros abuelos. Escribimos con mayor refinamiento que nuestros padres. Pero si el tono general del documento literario ha subido, escasean las individualidades creadoras. Todos quieren publicar libros; pocos aceptan la grave responsabilidad de componerlos. ¿Quién recuerda que “el gusto y la destreza en literatura son recompensa de años de esfuerzos humildes”? La versatilidad y la impaciencia, son los caracteres dominantes del escritor boliviano. Precipitación en el trabajo, autovaloración desmedida en el resultado. Falta una conciencia crítica, un sentido humanista de la cultura, una disciplina técnica de elaboración estructural y toques finales adecuados. En verdad, necesitamos algo del espíritu monástico: fervor, recogimiento, paciencia, humildad. Vociferan, pontifican todos, desde el rábula ignorante hasta el literatoide suficiente; pero el hombre de pensamiento pocas veces madura hasta ese orbe de sacrificio, de dignidad, de maravilla, que llamamos: un libro.

¿Debemos luchar contra la falta de idealidad, contra el torpe materialismo, contra la improvisación, la negligencia y la necedad? ¿Precisamos un ideal colectivo de búsqueda y afirmación, frente al desorden en que se debaten los bolivianos? Seguramente: ¡sí! Pero más noble y más urgente todavía, es la búsqueda interior del escritor. La entrega abnegada del artesano, en vez de la soberbia y la impaciencia de los triunfadores. Porque son artesanos de las letras —señores de su oficio— los que Bolivia necesita para edificar una literatura nacional.

En esta hora de fiero materialismo, cuando nuestra juventud naufraga en los escollos de la política y de los negocios, quiero recordar las palabras del Maestro:

"Para el artista no hay medida de tiempo; un año no cuenta, diez años nada son. El artista no cuenta, no calcula; madura como el árbol, que no apura a sus savias y que espera confiado, entre las tormentas de la primavera, sin la angustia de que no llegue un verano más. Llega, sin embargo. Pero solamente llega para los que tienen fe y viven despreocupados y tranquilos como si ante ellos se extendiera la eternidad."

EL PINTOR DEL ANDE

No es lo mismo indagar la trayectoria de un pintor europeo, que seguir la huella de un maestro americano. Allí el artista se limita a ordenar su orbe espiritual ajeno casi siempre a las delicuescencias exteriores. Aquí, por la América virgen, que recién empieza a tomar conciencia de sí misma, el creador estético debe ser al propio tiempo animador organizador de su clima social. El occidental actúa sobre tierra generosa, fructificada por dos mil años de cultura cristiana. El sudamericano lucha en suelo indómito, donde aun no se alcanzó el equilibrio del medio con el hombre. Y ésa es la diferencia: en tanto el europeo —salvo excepciones— es sólo un creador de belleza, un removedor de ideas, el artista americano, a más de forjador de cosas bellas, debe ser necesariamente un conductor social en su pueblo.

Cecilio Guzmán de Rojas, gran pintor boliviano es el arquetipo de los constructores de la nueva América.

Nace el maestro a principios de siglo, al pie del Potosí, aquel Emperador de los Cerros y Rey de las montañas de que hablara el cronista colonial. Vase en la mocedad a España. Alterna con pintores y hombres de letras. Rafael Domenech le enseña teoría del arte. Arteta, Vásquez Díaz, Solana, influyen en su formación pictórica. Hace bohemia artística al tiempo que se somete a

duras disciplinas formales. Esos años de absorción y aprendizaje, son coronados por un laurel inmarcesible: es el primer pintor sudamericano que se incorpora a la famosa Academia de San Fernando, matriz del gran arte plástico peninsular. De esta época realista, de exaltación cromática, es su "Triunfo de la Naturaleza", aquel lienzo que hace quince años revolucionó la pintura nacional.

Vuelto a Bolivia, en pleno frutecer de su talento, advierte el joven artista que de poco —o de nada— le sirven conocimientos y prestigio. No había, por entonces, un clima artístico en el país andino. Ni críticos, ni gustadores, sólo aficionados mudos. Y se inició el combate, entre el creador henchido de energía y de entusiasmo, y el pueblo indiferente, adormecido en el bostezo de sus montañas de basalto. Guzmán de Rojas es el primer artista boliviano que lucha por su arte. Lo acerca, lo explica, lo defiende, lo impone a amigos y enemigos, despertando la sensibilidad estética de sus compatriotas. Dicta conferencias, atiza polémicas, sacude a viejos y a jóvenes con su ejemplar actividad. Si sus lienzos ponen una nota vibrante de color en la sierra paceña, sus ideas son estímulo a la acción. El realismo crudo, restallante, de sus primeros óleos, la crítica beligerante, son alardes insólitos en tierra virgen. Pero Guzmán de Rojas, pintor y esteta revolucionario, no se detiene a contar sus adversarios: trabaja. Primer Director General de Bellas Artes en Bolivia, su posición es nítida. El arte americano —expresa— no es sólo el tema americano, lo epidérmico, sino el estudio y la búsqueda de un lenguaje plástico propio, es decir lo medular. El pintor realista y decorativo, quizás algo efectivista de la primera época, cede campo luego al dibujante objetivísimo de la segunda. Las versiones del Potosí actual, con "phatos" colonial, revelan a un consumado artífice y a un poeta del pasado. Después viene la fundación del calidadismo; Guzmán de Rojas se hunde en el torbellino de los colores, que a su juicio expresan y condensan la calidez sensorial de las pasiones. Siempre en trance de mudanza, el maestro potosino fija su visión expresionista de la Guerra del Chaco. Más tarde unos paisajes andinos de singular belleza. Y por último sus retratos de indios, verdaderos tipos psicológicos, donde capta agudamente la intimidad racial.

Educado en las dos grandes corrientes de la pintura moderna —expresionismo y pintura abstracta— el primer plástico boliviano ha tomado, de ambas, lo más saliente: el idealismo subjetivo de la primera, que inventa, recrea, descompone con entera libertad; y simultáneamente se ha sometido a la disciplina constructiva de la segunda, que es pura ordenación intelectual, rigidez arquitectónica. Y esto desconcierta a los críticos. ¿Es Guzmán de Rojas un clásico, un realista, un expresionista, un cubista? El maestro boliviano indaga por todas las escuelas; toma de cada una lo adecuado a su objeto. Con fácil soltura evita el amaneramiento. Realista en su primer contacto con el terruño, será barroco en su traducción plástica de Potosí, hará realismo mágico con el tema bélico, y el arte americano —planista, rítmico, decorativo— sintetizado en el más puro concepto analítico, al tratar temas y tipos de la meseta andina. En cada caso, una manera distinta de observar el mundo que se pinta y un diverso lenguaje expresivo. En Macchu-Picchu habrá otro enfoque; Guzmán de Rojas ve en las piedras inmemoriales, en la naturaleza atormentada, la génesis telúrica del arte cubista; y para expresarla hará pintura abstracta aunque sin el rigorismo conceptivo de sus maestros españoles. Es el suyo, como en varios de los pintores modernos, un arte compuesto, un lenguaje plástico en constante evolución, que participa por igual de la objetividad clásica y del fluir emocional contemporáneo. Arte vivo, palpitante, rebelde al encasillamiento, que halaga el ojo con sus ondas de belleza y acicatea la mente por la tensión de sus problemas formales.

Guzmán de Rojas es el redescubridor del arte colonial altooperuano. Inició el estudio y la catalogación de la riqueza artística de Bolivia. Fundó el Museo de Arte Retrospectivo en la Casa de Moneda de Potosí. Actualizó a Melchor Pérez de Holguín, el Greco Americano, cuya obra sorprende por la variedad de sus registros. Luchó infatigablemente hasta obtener que una legislación previsora resguarde el patrimonio artístico del país. Pero su obra de mayor aliento, la lección moral de su vida, trasciende más allá de los hechos: es el ímpetu altruista, el celo, la devota dedicación a todo cuando significa exaltación de la tierra, de la raza, de las tradiciones y costumbres populares. Es el pintor andino por excelencia. Consubstanciado con su pueblo, aunque sin caer en la polémica beligerante de los pintores-políticos mexicanos, Guzmán de Rojas hace arte de contenido social, descubriéndonos la complejidad psicológica, la maravilla telúrica, la rica policromía folklórica que sirve de fondo a esta joven nación indohispánica-occidental. Tan seria, tan vasta ha sido su labor, en esta suerte de pedagogía artística para educación del pueblo boliviano, que un crítico argentino le ha calificado, certeramente, como el "conductor estético del Ande" Y en verdad; el maestro potosino es quien mejor influyó en el surgimiento de nuestro arte nacional.



ALTIPLANO

Tiene profundidad de mar. Se hunde la vista en tamaña inmensidad. Arriba: un cielo de cobalto. Abajo: la meseta yerma, dilatada. Al medio: el festón centelleante de la cordillera. Una soledad que da pavora... Y el paisaje elemental parece arrancado a una página del Génesis.

(Cortesía del Excmo. Sr. T. I. Ministro de S.M. Rees Británica en Bolivia).

La última exposición del artista comprende dos fases: los paisajes altiplánicos que denomina "Poemas de Luz", y su fantástica interpretación de Macchu-Picchu llamada por él "Canto a las Piedras".

Los óleos altiplánicos no son meras copias del natural. Como buen creador plástico, Guzmán de Rojas estiliza el paisaje, a veces sugiere más que construye. Estas montañas, estos pueblitos que naufragan en la estepa montañosa, estos efectos de luz y perspectiva, esta sucesión de planos, estos contrastes cromáticos que todos admiramos al viajar por nuestro altiplano, aparecen dentro de un marco mágico: todo conocido, desconocido todo a un tiempo mismo, los paisajes del potosino se diferencian de todo lo tratado por propios y extraños. Su recia originalidad conceptiva y expresiva, desborda la variedad del tema. Y descontada su hermosura visual, estos lienzos aparejan interesantes problemas de composición; planos yuxtapuestos, remolinos de luz, dinamismos aéreos, perspectivas espaciales, profundidad, espejismos y contraluces, combinado todo ello con alta maestría técnica, de modo que el profano rara vez descubre los móviles del compositor. Una lid sin desenlace entre el ingeniero de las ideas y el asceta del color. Quince años después, el cromatismo peninsular ha sido reemplazado por una "manera americana" si decir "escuela" pareciera exagerado: evolución hacia tintas neutrales, que expresan más puramente lo telúrico. Esos ocreos y grises del altiplano, donde se mimetizan la alpaca y la vicuña.

Las témperas sobre Macchu-Picchu son cosa más grave. Guzmán de Rojas, que detesta el "modo-fotográfico" de los pintores turistas, estuvo, hace tres años, en aquel elevadísimo núcleo prehistórico. Pasó semanas, meses, en el peñón formidable donde el Inca asentó su civilización milenaria. Y el ojo del artista, intuidor de mundos desapercibidos, descubrió lo que acaso no precisó bien aun la arqueología: Macchu-Picchu es anterior, en varios milenios, a la cultura incaica. Ciertamente que el Inca habitó allí, algunos siglos antes de la Conquista Española, pero los grandes bloques monolíticos, la pesadumbre de estos restos pétreos, hablan de una cultura remotísima, esencialmente lítica, que se manifiesta también en comarcas desoladas del Perú y de Bolivia, atestiguando que no se trata de un hecho aislado, sino de una cadena perfectamente eslabonada de ciudades, fortalezas y templos megalíticos. Esa cultura lítica, de origen cosmogónico, telúrico, animista es muy anterior a la incaica, de tipo agrario y militar. El andino primitivo — tal vez progenitores de la raza aimáro-kolla en el apogeo de su fuerza creadora— levantó la Ciudad de Piedra de Macchu-Picchu en el cañón de Urubamba. Y esto es lo que vió el maestro potosino; detrás del telón histórico, el orbe protohistórico, donde sólo alcanzan visionarios y poetas.

¿Qué mundo es éste que surge como bajo el deslumbramiento de un relámpago?

Es la morada pétreo del antiguo dominador de la montaña. Urbe, templo y fortaleza de los Señores del Ande, allá cuando el mito asevera que los hombres eran hijos de la roca milenaria. El entronque de las ruinas arqueológicas con el tiempo mítico, no se ha de ver con ojos modernos, sino con mirada retrospectiva de brujo. Nosotros los americanos, decimos: regreso al ancestro. La ciencia responde: simpatía simbólica. Comprender lo que pasó. Aquí está la ciudad misteriosa, terror de sabios y aficionados, con sus alturas vertiginosas y sus vacíos espantables. Abismal grandiosidad. El hechizo del maestro, su talento intuitivo y reproductor, está en haber dotado de

vida a las ruinas inanimadas. Aquí la piedra canta. La línea asciende velocísima, se quiebra, estalla y se recompone en ritmos inverosímiles. Los planos se acumulan y contraponen en un goticismo natural. El monumento telúrico alterna con el monumento lítico. Formas quebradas del paisaje, originan la famosa línea escalonada, el signo escaliforme que la mano del aimara eternizará en Tiwanaku. Estos ritmos paralelos de arquitectura natural e ingeniería humana, sirven al artista para recomponer el mito andino: el indio vió en la piedra la triple deidad religiosa, política y estética. Roca y montaña fueron el sustento del antiguo; el culto heliolátrico sobrevino mucho después. Con emoción terrígena, entonces, con pupila india, el pintor anima el panteón de las ruinas milenarias, les infunde su propia energía vital, su fiebre creadora, para recibir, en cambio, su emoción huraña y trascendente.

He aquí, en los lienzos de Guzmán de Rojas, un nuevo Macchu-Picchu, cargado de sentido. Un himno de montañas, flanqueado por espacios abismáticos. ¿Es más la audacia que sube o el terror que cae? Los bloques de piedra semblan monstruos vivos. Aquí el paisaje es pura plasticidad; una tempestad de las formas. Pero este poema elemental, de bárbara energía y crispado dramatismo, sólo llega al frecuentador de la naturaleza, aquel que busca un plazo entre el mundo visible y un mundo superior que escapa a los sentidos. ¡Fascinación aterradora: cada línea una voluntad en movimiento, cada bulto una emoción de piedra! Cuando los filos de la roca acuchillan el aire sombrío, se diría un alarido petrificado en la firmeza del empaste. Hábiles efectos de luz peraltan la monumentalidad de las masas líticas. Macchu-Picchu es un coro de piedra que clama por los mitos del ancestro. Este mundo laberíntico de torres, fortalezas, escalinatas, volúmenes y planos, tendidos en vertiginosa perspectiva, recuerda la pesadilla cosmogónica de América; y el artista, en su genial aprehensión del espacio, evoca aquel océano aéreo de que hablara Humboldt, pasmado por la infinitud de los vacíos cordilleranos. Esta pintura constructiva, realizada con sabio dominio de la composición y sutil manejo de una paleta vibrante aun para colores neutros, ha captado en toda su grandeza el “phatos” de Macchu-Picchu: monumentalidad y misterio. Porque son el eterno enigma y la majestad poderosa de sus ruinas, los que Guzmán de Rojas ha fijado para siempre en el lienzo. El nido cósmico de los antiguos Señores del Ande, se acerca a la comprensión moderna. ¿Cubismo, telurismo, escultura abstracta, geometría monumental? Macchu-Picchu puede ser la cuna de toda la plástica actual. Y para demostrárnoslo, el potosino tiene dos telas que no desdeñaría firmar cualquier maestro contemporáneo: “Azul Cósmico”, una elegía expresionista; y “Origen de Línea escalonada”, de tendencia acumulativa y constructivista.

En plena juventud —traspasó apenas los cuarenta— dos laureles ciñen la frente de Cecilio Guzmán de Rojas: es el forjador de una conciencia estética para los bolivianos, y uno de los grandes pintores americanos.

Este maestro de energía y belleza, artesano al propio tiempo de su vocación profesional, trabaja sin descanso buscando nuevos rumbos al torrente creador. No reposar, no amanerarse. La pintura, como la naturaleza, crece y se desarrolla perpetuamente; sólo vive por mudanzas constantes de forma y de impulsos interiores. En su severo estudio colonial de La Paz, donde ha creado un clima estético de atrayente intimidad para su obra, frecuentado por artistas y viajeros ilustres, el pintor boliviano afronta el combate de los días para honra de su patria. La ternura de su compañera y dos hermosos niños, con rica fibra artística, constituyen el único reposo para el creador infatigable. ¿Hay remansos de paz, fama, recompensas? Poco importa. Allí, en lo hondo, cuerpo y alma se queman inexorablemente. Es la combustión irrenunciable del artista, al acecho siempre de sí mismo, aunque el cazador busque la presa fuera. Y en el mediodía de la vida, logrado lo que pocos pueden alcanzar, cuando los hombrees buscan un equilibrio armonioso entre acción y quietud, el maestro como en el día lejano de la ardida mocedad, sigue avanzando por las montañas coléricas de su ambición creadora. ¡Crear, crear, echar formas y colores y contrastes al mundo! Si vienen revestidos por el gigantismo arquitectónico, por la plural belleza plástica del medio circundante, mejor. Algún día se reconocerá que Cecilio Guzmán de Rojas, pintor entrañable de América, es en verdad el Ande petrificado en el torbellino inmóvil de las formas.

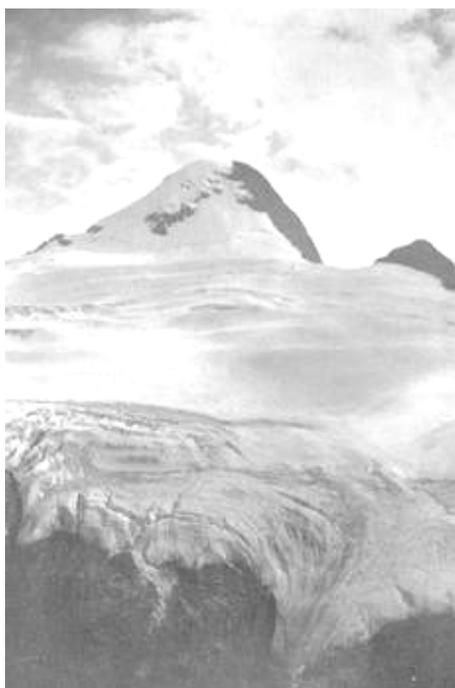
UN NOVELISTA KOLLA

El indio es una esfinge. Habita un orbe hermético, inaccesible al blanco y al mestizo. No comprendemos sus formas de vida ni su mecanismo mental. El sociólogo y el narrador no alcanzan a modelar la materia viva: divagan. El indio tal como lo entiende Tamayo —por ejemplo— es un indio ideal: no existe. Tal como lo ve Arguedas en “Raza de Bronce” es puro cromatismo: pintura sin volúmenes. Hablamos del indio como factor-masa de la nacionalidad; en verdad le ignoramos por desconocer su psique individual y su drama colectivo. El indio no se deja entender, no desea comunicación. Hosco, silencioso, inmutable, habita un mundo cerrado. El indio es un enigma.

Pero quien lea *Altiplano*, vigorosa novela de Raúl Botelho Gosálvez, pensará en forma distinta. No hay tal enigma ni esfinge tan adusta. El indio es un ser humano, tal vez un tanto elemental en sus reacciones emotivas, tal vez algo retrasado, primitivo en sus hábitos: ser humano al fin, susceptible de mejora o empeoramiento según le traten los demás. Su apego a la tierra, su estoicismo en el infortunio, su callar ante el blanco, su sometimiento al mestizo, su sentimiento de solidaridad social en la lucha por la vida, dicen a gritos lo que no queremos entender: el drama del indio requiere una siembra de amor y una pedagogía agraria. Dadle afecto, dadle tierra, asegúradle una vida pacífica de dueño y señor de su parcela, y el indio no tardará —dos, tres generaciones— en incorporarse a la gran masa civil. Cuando el indio sea propietario real e indespojable de su suelo, el día en que ni el gamonal ni el tinterillo puedan arrebatarse su heredad o sus animales, estará ganada la primera batalla por su redención económica y social. La sociedad moderna descansa en el principio de propiedad; y el indio sólo será ciudadano, si le dejamos ser propietario efectivo de lo suyo. Bien leído, este libro no es sólo un recio alegato social, sino un clarinazo de verdad: enseña.

Sobrepasados los anteriores bocetos narrativos del autor, *Altiplano* tiene ya la anchura de la novela; una estructura sólida, un revestimiento armonioso, un equilibrio justo de tema y expresión.

Botelho ha leído mucho, supo asimilar, mas no se hundió en la poza de las influencias. Rivera, Gallegos, Reyles, Azuela, Lynch, le son familiares. Conoce las escuelas insurreccionales del Perú y del Ecuador. Admira a México y a Rusia. Venera a Dostoiewski. Acaso sueña componer un ciclo gigantesco al modo de los *Campesinos* de Reymont. Lee Conrad, Lawrence, Kipling. Pero éstos son simples hitos de formación literaria. En el fondo sólo le interesan sus gentes y paisajes nativos: lo boliviano. Descubrir, interpretar la realidad ambiente, con esa tercera vista estética, que más allá de la sociología y de la historia, poematiza el relato de las vidas y la descripción de las cosas. No sé por qué, hablando de Botelho, he recordado a D'Orbigny, insigne geógrafo y naturalista francés, que nos enseñó a conocer Bolivia montaña por montaña, río por río, aldea por aldea, en un periplo de amor y de investigación que lo captaba y lo encendía todo con su emoción viajera. Botelho es un ansioso explorador de nuestro territorio físico y humano, que recorrió y estudió con pasión de sabio, con fervor de poeta, con intuición de artista. *Altiplano* es pues un doble regalo literario; por su valor documental y por su jerarquía artística. Enseña, deleita, eleva. Y a quien objetare que *El Mundo es Ancho y Ajeno*, la famosa novela del peruano Ciro Alegría, es más novela en extensión y técnica narrativa, podemos replicarle: pero el indio de *Altiplano* es más fidedigno, y el paisaje está sentido con mayor potencia lírica.



NINA COLLO

Cada montaña es un mito, un símbolo, un trozo vivo de historia geológica y poética. Nina Collo —el cerro de fuego— habla todavía con su cono altanero de hazañas extinguidas. ¿Qué dicen los nevados con legua de luz y de misterio? Que el tiempo mítico baja de la cumbre.

(Cortesía del Excmo. T. I. Rees, Ministros de S. M. Británica en Bolivia).

Botelho nos transmite la dramática hondura del problema indígena. Su virtud radica en que alejándonos del planteamiento político, económico, o simplemente estético, nos sitúa en el núcleo mismo del asunto: el hecho humano, que nos hiere a todos y a todos nos obliga. *Altiplano* es el drama indio en toda su hondura y su pavora. Su valor ético, testimonial, no tiene precio. Es la verdad significativa de lo real, captada con belleza y precisión. Es el indio vivo, con su miseria y su estoicismo, con su fortaleza y su misterio, con su ancestralía mágica telúrica, con su esperanza muda, inquebrantable. Y por ese realismo intrépido que le da vida y movimiento, el “ayllu” de Jatun-Kolla —donde transcurre la novela— pertenece ya a la geografía literaria de América.

El libro está sólidamente construido. Tiene unidad de fondo y forma. Técnica rápida y certera en la distribución de masas, en la trama bien llevada, en el juego vivaz de los contrastes. Botelho aplica —consciente o inconscientemente— el mecanismo interno del buen narrador: comenzar con vigor, dejar caer el relato, volver a suspenderlo a la mitad, dejarlo caer otra vez y terminar con un remonte final. Es la “W” que todo autor persigue. El estilo sobrio, sintético, denota la zarpa “kolla”; fluye con facilidad en las descripciones, dialoga con soltura y veracidad. Desde un punto de apreciación estilística, *Altiplano* tiene la energía y la belleza de una pirámide de nieve. El sentimiento estético del paisaje en este joven novelista, es de linaje esquiliano: concepción brusca y fuerte de las líneas esenciales, vuelo atrevido en las metáforas, exaltación panteísta de la naturaleza. El Ande alienta con toda su grandeza y pesadumbre en esta prosa masculina, eléctrica, que lleva andar de puma. ¿Los defectos? Se pierden en la multitud de excelencias del libro, de este libro matinal que anuncia un escritor de garra.

Botelho conoce y ama Bolivia con pasión devota. Su intrépida juventud discurrió en la selva virgen, en los anchos ríos, en el “yunga” tropical, en los valles templados, en la meseta andina. Tiene un concepto geográfico, realista, territorial y humano de la nación. Su visión de la comunidad de “Jatun-Kolla”, es pues visión directa, con lo son los brochazos magistrales con que describe la aldea mestiza, el trópico yungueño, la vida en las altas minas; cuadros cálidos, vibrantes, captados de la sustancia nacional. He aquí un libro típicamente boliviano, de contenido y continente, hondamente nuestro, que todo boliviano debe conocer para reconocerse en su mensaje de fe; porque es mensaje de fe el que traen sus páginas estremecidas de emoción en el subsuelo del ancestro y de la autoctonía, que claman por la superación del caos geográfico y del desorden social en que vivimos. Este joven oficiante de la percepción folklórica, relata las formas agrícolas, las bodas, fiestas y danzas nativas, las costumbres todas del indígena, con el primor y el fervor de un visionario del Milquinientos. El éxodo determinado por la sequía, aunque no se movilicen grandes multitudes como en *La Buena Tierra* de Pearl Buck, tiene un patetismo trágico que desafía los mejores modelos en el género. La expulsión de los perros es un pasaje imborrable. Y el capítulo de la sequía de una tal fuerza plástica que aterra. Novel descriptiva, costumbrista y lírica a un tiempo mismo, *Altiplano* es un friso violento donde alternan figuras dinámicas y formas estáticas del viejo mundo andino.

¿Qué decir de los personajes? Aquí es donde se estrellan exegetas y denostadores de lo indio. Pero aquí es, justamente, donde se impone la verdad del novelista. Con mirada zahorí, Botelho penetra y adivina la casi impersonal psicología del indígena. El capítulo “El signo escalonado”, vale por un tratado de sociología india. Los orgullosos Villca, el prudente Paula Huanca, el infortunado Condori, expresan con admirable fidelidad los tipos sociales de la comunidad de “Jatun-Kolla”; sus rasgos y sus actos, podrían retratar a los comunarios de cualquier caserío andino. Son la materia humana, la materia viva de la América india. Y estos indios fueron calados con tal veracidad por el narrador, que a través de su hermetismo y su hurañía sopla un aire de ternura comunicativa, hablan para todos los hombres libres del mundo con la voz honda y doliente de la verdad, de la humildad, de la desdicha. Si no hay un gran personaje-clave acaso es porque “Jatun-Kolla” no lo tiene. El artista se sometió a su tema y en vez de inventar, retrató con mano experta. Botelho ve las clases medias con pupila irónica y despectiva. Curas, alcaldes, subprefectos, mayordomos, tinterillos, cruzan la novela fustigados por un látigo satírico. Duele reconocer que tamaña miseria subsista. Un risueño humorismo esmalta estos brotes de sátira social, que a veces pecan de ingenuidad, pero casi siempre aciertan en el asunto.

“Allpacamasca” —tierra animada, llama el indio al ser humano. Y es en este concepto de pura teluricidad, en esta mística relación del suelo con su poblador, donde el novelista ha proyectado su relato. No comprende al habitante quien no capta el sentido de su tierra. No entenderá la tierra quien no capte al poblador. Por eso en *Altiplano*, a despecho de los personajes fidedignos, los dos grandes protagonistas dominantes del relato, los que se fijan en la mente del lector con personería trascendente, son en realidad: la tierra antigua y sabia, la “Pachamama” del

ancestro, encarnada en la alta y rojiza peñería de Jatun-kolla; y la comunidad indígena, el “ayllu” milenario, el centro nuclear y protector que agrupa la vida social del indio, y de cuyo funcionamiento depende la existencia de cada uno de sus componentes.

Altiplano: sí, Bolivia. O una mitad de Bolivia que debe hacer a la otra mitad. Mientras legisladores ilusos devanean la doctorización del autóctono, un hombre joven, un hombre de fe, un artista intuitivo nos dice: “He aquí el indio; he aquí su vida, he aquí el nudo intacto de nuestro drama nacional”.

La mayor virtud de este novelista kolla es su entusiasmo, su capacidad de arder por el objeto que contempla. Ese fervor místico sacude sus mejores páginas. Su mayor defecto, el peligro del que debe cuidarse es la facilidad. Al escritor de talento, de pronta y rica inspiración, lo traiciona inadvertidamente su propia rapidez constructiva. Una imaginación potente, una plenitud eufórica de dotes narrativas, deben desconfiar de una marcha muy pronta en la elaboración artística. No hay que olvidar que el pulimento, los toques finales, constituyen buena parte en el secreto de escribir bien.

Raúl Botelho Gosálvez, que hasta ayer fuera el benjamín de nuestras letras, es hoy un escritor de jerarquía, seguro de su vocación y de su técnica juvenil. El nos dará la visión de la selva indómita, la vida chola, el proceso de la urbe. Y acaso un día, cuando su genio novelístico madure hasta la magnitud del tema, la gran novela andina que América espera todavía: la soledad del hombre en la quieta majestad de las montañas.

Que los manes del ancestro levanten el vuelo de esta pluma kolla. Ella es digna de las más altas victorias.

Es posible que suscite discrepancias la apreciación de la descarga cósmica y humana de *Altiplano*. Es posible. Nunca las buenas novelas fueron mensajeras de unanimidad. Pero quien lea, entre nosotros, las páginas de este libro hermoso y fuerte, sentirá con hondura entrañable el dolor y el orgullo de llamarse “boliviano”

PARA NUNCA

Herido en su vanidad y enloquecida su razón, por la magia de un libro que lo engrandece como artista al tiempo que descubre su estatura humana, Franz Tamayo, en una explosión de rabieta senil, ha publicado un libelo que titula: *Para siempre*. (Uno de los apellidos de la verdad en lo infinito es “para siempre”, dice el irascible). Al amparo de esta futilidad verbal, se pretende demostrar que mi *Hechicero del Ande* es un libro que difama a una estirpe ennoblecida por el Inca y por España (1)

Hablar de estirpes en América, es majadería. Si Tamayo hubiera sido, en verdad, agraviado; si hubiera exigido la probanza del varón justo y de la santa mujer que todo hombre bien nacido quiere para sus padres, yo le habría presentado mis excusas y reconocido esa probanza. Pero el asunto es otro; y la farsa del libelista cae en pavesas. A través del torrente de injurias que vierte sobre mi persona, resalta sólo una inmensa vanidad dolida. ¿La honra de los padres muertos, el prestigio de su estirpe, la defensa de los hijos inermes e indefensos? ¡Patrañas! Nadie atentó contra ellos. A Tamayo sólo le interesa Tamayo. Para un ojo perspicaz, desmontando la astuta fábrica dialéctica que su orgullo ha construido, mezclando el Evangelio, la historia, la lisonja a la sociedad paceña, y la filosofía social con los insultos más soeces, sólo queda, detrás del estilo alambicado y procalálico, la miseria de un orgullo enfermizo. Este es uno que se duele por el doble mestizaje de la sangre y del espíritu. El hombre contradictorio, roto por dentro, incomprensible al juicio externo, acaba despedazándose y negándose a sí mismo. ¿Qué importan las virtudes de los progenitores, la educación moral de los hijos? El libelo delira con reyes y marqueses; si el padre fue noble de España; si la madre de la dinastía incásica; si los hijos merecen la amistad de presidentes y políticos. ¡He aquí lo que deleita a Franz Tamayo: el prejuicio social!

Dejemos tamaña necedad. La comedia nobiliaria es un sarcasmo en la América mestiza.

Se ha buscado situar esta polémica en el campo siempre odioso de las invectivas personales, tan grato a la sensibilidad pueblerina. Voy a responder desde un plano menos espectacular pero más digno: tomando la pugna de individuos como fenómeno colectivo. Poco importan las personas, mucho las ideas. Si unos nacieron para revolcarse en el propio estiércol, a otros fue donado escribir para enseñar. ¿Es duro, es cruel enseñar a los ancianos? Probablemente;

(1) Ver FRANZ TAMAYO, HECHICERO DEL ANDES, por Fernando Díez de Medina, Editorial “Puerta del Sol”, segunda edición. Buenos Aires 1944.)



LA PAZ

Los genios geológicos, traviesos y fecundos, levantaron a 4.000 metros una ciudad fantástica. Al oeste de La Paz se yerguen estos farellones como castillos almenados. Pero en cuanto el abismo y la roca le conceden tregua, el indio labra con perseverancia la tierra madre.

(Cortesía del Excmo. Sr. T. I. Rees, Ministro de S. M. Británica en Bolivia).

más hay deberes que no es lícito eludir. Cuando un hombre de la categoría de Tamayo desciende al libelista, merece varapalo.

Sostengo que este hombre es un gran resentido, un gran artista, y un alma muy pequeña. ¿Lo digo para siempre? No. Para nunca. El nombre eterno de la verdad en lo finito es "para nunca". ¡Se olvida el mundo quién fue Homero, ignora la identidad de Shakespeare, y habría de acordarse de Tamayo y de su biógrafo! Candor de los ancianos... El resentimiento es para siempre; se nace y se muere resentido. La verdad eterna, interpersonal, fluctuante y transformable, para nunca. El espíritu de soberbia que hoy se nombra Franz Tamayo, el espíritu de entereza que hoy se llama Fernando Díez de Medina, existieron ya bajo otros nombres en épocas pasadas; volverán a renacer muchas veces. El retorno heracliteano duplica en la historia de las almas la acción cíclica de la naturaleza. ¿Quiso Franz Tamayo firmar una cédula para posteridad? Calculó mal. La posteridad está en manos de los que vendrán; y no hay frases ni actitudes definitivas. El hombre y su renombre fluyen como el mar; como el amar se acercan y se alejan de las playas de la memoria humana. Para siempre –dice la ambición humana. Para nunca – manda la ordenación divina.

Pero vamos al tema.

La literatura es el espejo de la sociedad. Como son los hombres, son las ideas que los expresan. Hablada o escrita, la lengua es el solo resorte verídico para conocer pueblos. El escritor no puede sustraerse a esta ley axial de la biología humana: pertenece a su medio circundante, como el tronco a la raíz que lo contiene. Poeta, historiador, sociólogo, son variaciones del tema. Quien habla de sí, comprende a los demás. Quien trabaja para el conjunto regresa a sí. Centro y periferia son formas del enigma; hombre y medio se reintegran recíprocamente. Y de toda etología natural, se desprende que el escritor es un fenómeno social. Si el escritor es un fenómeno social, tampoco el hombre representativo es célula aislada. Pertenece a su pueblo y a su tiempo. Como el libro, la estatua, el lienzo que brotados de la mano creadora se entregan a la humanidad, los eminentes no son materia independiente y dislocada del conjunto; sino territorio colectivo. Su grandeza, su miseria, constituyen patrimonio del suelo que los encumbra. En el error o en el acierto, en la exaltación o en la caída, los varones representativos son la imagen peraltada de la patria. Hombre y escritor: trasuntos del alma nacional. ¿Qué es un grande hombre? Apenas la suma de pasiones. ¿Qué el gran escritor? Un laboratorio de gérmenes extraños. Por eso un Doctor Sutil en psicología y señoríos de conducta sostiene que es enigma dificultoso esto de conocerse un hombre. Si el primer deber del saber es saberse, no puede ser entendido quien no es entendedor. Saltea insidiosa esfinge el camino de la vida, y el que no es entendido, es perdido.

Este don Franz Tamayo, que nunca comenzó a comprender a los demás y jamás termina de entenderse a sí mismo ¿qué es, en buena cuenta? La vera efigie de nuestro drama nacional: soberbia en la persona, desvío en el designio, recelo en la conducta, rencor para la acción. Dice Gracián que algunos quieren ser siempre los gallos de la publicidad; gritan para multiplicar los ecos. Pero esta vez el juego cambia; el energúmeno quedará sólo en su campo de diatribas. Voy a romper la tradición escandalosa y difamatoria que envilece la literatura boliviana. Basta de injurias y libelistas. La verdad duele. Los insultos resbalan y se pierden. Por eso brama don Franz Tamayo y yo quedo imperturbable.

Su generación consideró siempre a Franz Tamayo como un payaso. Cierta vez, al manifestarle mi propósito de escribir sobre su obra, él me confesó: "No lo haga usted. Cada vez que los bolivianos se acercaron a mí, fue para ridiculizarme". Si yo perteneciera a la generación y a la moral de Tamayo, respondería al mismo diapasón: insulto por insulto, mentira por mentira. Un escándalo más turbaría la miseria boliviana. Mas el caso es otro; no enfrenta Franz Tamayo a un Aretino, enfrenta una conciencia joven, que si tuvo la intrepidez de juzgarle contra el consejo general, no se arredrará por injurias ni amenazas. Aspiro a ser un hombre de entereza, como sugiere el clásico, siempre de parte de los justos, con tal tesón en mi propósito, que ni la pasión vulgar ni la violencia tirana me harán pisar jamás la raya de la razón. Es ley del varón íntegro no perderse el respeto a sí mismo, atendiendo en su conducta más a la severidad del propio dictamen que al rigor de los demás. Quede pues don Franz en el escándalo. A mí sólo me interesa la verdad del drama humano y las ideas. No es la primera ni la última vez que sacrifico mi orgullo para entender a mi pueblo. Y ahora salgo al encuentro del gran atormentado con la tranquila fuerza de una conciencia limpia. ¡Menos tardarán en desvanecerse que en llegar las cóleras del tremendo resentido!

No soy hombre de explicaciones. Doylas para paz de mi espíritu, no en reparo de supuestos agravios. Mas el trance obliga a ser explícito: afirmo categóricamente que jamás, ni ayer ni en el presente —a pesar de sus denuestos— sentí desafecto alguno por Tamayo. Le quise antes; después le admiré; hoy solo me queda compadecerle. ¿Cómo hacer mofa de su locura genial? ¡Infeliz eminencia la que se emplea en la ruindad! Ciencia sin seso, locura doble —dice el moralista; y es bien cierto que sólo el malvado atribuye maldad a quien le juzga. Nunca tomé a Tamayo como blanco de mis dardos; evité cuidadosamente las burlas para destacar las veras. Cuanto contiene mi libro, muy a pesar mío, es en parte fruto del error bien intencionado, proveniente de la falta de mejor información; en parte imaginario, para hacer perfectible lo imperfecto. Es mucho más lo callado que lo confesado; y esto como aconseja el filósofo: avanzando en los puntos vidriosos con gran tiento, cuerdamente cuando la materia es más liviana, dando pasos de plomo en el apuntalar, con lengua de pluma en el pasar. ¿Por qué oculté el torrente de versiones y anécdotas malévolas que recogí en varios años y de infinidad de personas? Por algo que don Franz desconoce en absoluto: bondad de espíritu. Mi libro puede ser malo o bueno, a juicio del lector; yo mismo subrayo que junto a los aciertos podrían florecer los yerros. Acepto los cargos de imprudencia o indiscreción. Lo que no admito es la acusación de mala fe, porque ella no cuenta en mi código moral. Para zaherir a Tamayo me habría bastado componer un panfleto en venticuatro horas. ¿Qué hice, en cambio? Coger el modelo vivo para sublimar una criatura ideal. Y si dedicar los mejores años de la juventud al estudio de un pueblo y de un hombre que carecen todavía de medida es un delito, ése es mi yerro: querer honrar mi patria, exaltando al más extraño de sus hijos. Es todo en cuanto a la intención de mi libro.

No defenderé mi nombre; los hay que se defienden solos, por encima del odio y de la envidia. Mas distingamos: en tanto el señor Tamayo se afana por su origen y se angustia por los actos de sus antecesores, yo acepto los míos como son. En Bolivia todos somos mestizos. Cristiano, católico, aprendí en la Biblia el origen común de la especie humana. Ni razas ni clases. No hay otra genealogía que la de los propio hechos; sólo que a través de cada hombre revive el viejo Adán, y es la mayor o menor cantidad de esas reviviscencias ancestrales la que separa al bárbaro del culto. ¿Por qué se enfurece Franz Tamayo? En la raíz de todo linaje suele esconderse un criminal o un imbécil. La diferencia estriba en que mientras unos admiten ascender del limo a la arcilla, otros gimen no haber nacido como la estrella, pura desde el día primero. La sociedad que habito, las gentes de mi nombre no son semidioses; sólo seres humanos de hueso, carne y linfas. Personas llenas de pasiones, virtudes y defectos; susceptibles de ascenso, descenso, enmienda y superación. Yo las acepto como son: en su esplendor y en su miseria, en sus derrotas y en sus triunfos, porque sólo es digno de la condición humana aquel que se levanta del polvo para ondear en el aire, y del aire desciende al polvo, sin que las mudanzas del hado alteren la fortaleza del ánimo. Yo tengo el orgullo —no la soberbia, pasión satánica— de mi nombre. La fe de mis mayores jamás rindió la alteza del espíritu; ella me enseñó que el señorío no viene de la lengua, brota del corazón. ¿Qué es un hombre? Aquel que habiendo perdido todo, vuelve a comenzar. ¿Qué es el héroe? Ya lo dijo nuestro Padre Bolívar: "El arte de vencer se aprende en las derrotas".

Vamos al ñudo del problema. ¿Qué significa, en un sentido trascendente, la iracunda reacción de Tamayo?

Es el juego siempre recommenzado de las generaciones, el conflicto de siempre. La pugna de los que llegan contra los que se van. La patria que declina frente a la patria surgente. El hosco

ensimismamiento, el recelo de los viejos, se dan de bruces con la voluntad renovadora y abierta de los jóvenes. El psicólogo previene contra esta situación, "cargada generalmente con el peligro del resentimiento". Pero ya no son los tiempos en que Tamayo corría a sus contemporáneos con cuatro gritos. Junto al viejo león acecha el puma joven. Hoy hace falta más que una buena cabeza y poco menos que un alto corazón para entender a un pueblo que despierta. Detrás de sus torres de odio y de soberbia, el solitario se divorcia de su medio. No siendo un sociólogo, no voy a elucidar causa y efecto de esta ruptura psíquica entre el mañana y el ayer. Apunto el fenómeno sin profundizar sus proyecciones.

Franz Tamayo, analizado como ente social, en función de su medio y de su tiempo es el símbolo viviente de una generación en el ocaso. Caótica, enciclopedista, hinchada de teatralismo, soberbia estéril, e incapacidad para acercar sus células constitutivas, nos deja la herencia lamentable del aislamiento boliviano. No pudiendo entenderse entre ellos ¿Cómo podría entenderlos Sudamérica? Esos hombre vivieron bajo la Madre Negra de la guerra interior; su divisa fue desconfiar de todos y arremeter contra todo. ¡Qué odios, qué miseria, qué desborde de fuerzas destructoras en los tiempos de Montes, de Saavedra, de Salamanca y de Tamayo! Dislocados en la prédica, dispersos para la acción, unidos sólo en la venganza contra el más fuerte, estos demócratas de doctrina son todos oligarcas en el gobierno. La Generación del Resentimiento pudo llevarnos al desastre irremediable, si el milagro del Chaco no nos salva con un pie ya sobre el filo del abismo. Mas seamos justos; esa generación tuvo sus prominencias, cumplió su destino; aunque equivocada en el procedimiento, quiso estructurar la nación moderna. ¡Cuánto más habría alcanzado con menos egoísmo y anarquía individuales! No renegamos de ella; la aceptamos con sus cualidades y sus vicios, destacando los defectos para procurar superarla.

Contra ella insurge la Generación de la Fe. Por aparente que sea la atomización de las fracciones políticas, por muchas que finjan las diferencias de actitud, los jóvenes oponen al antiguo rencor divisionista, la síntesis unificante de una voluntad constructora. Existe un nacionalismo espiritual —no político—, una línea económica-social que tiende a vigorizar el Estado sobre los intereses privados. Se busca organizar el cuerpo estadual para evitar las mutilaciones del pasado. Ya nadie cree en Góngora ni en Rousseau. Al culteranismo de la vieja generación —frases más que ideas— la nueva responde con el conceptualismo surgente de los hechos: iniciativas antes que palabras. El espíritu de empresa, la autocrática, un sentimiento de responsabilidad frente al Destino, ahuyentaron la vieja discordia del individualismo liberal. El socialismo no es ya una tesis política, mas una urgencia interna de transformación. El orador melencólico y decadente pasa al archivo. Y el tipo de vikingo, el hombre nuevo, fuerte, intrépido, dinámico y generoso, hace su aparición en la escena nacional: también se hace patria desde el volante de un camión, aprendiendo a manejar máquina para domeñar mañana el territorio.

No pretendo establecer supremacía. A ellos y a nosotros nos juzgará la historia. Acaso la vieja generación, en una revisión de valores, aparezca imponiéndose a la nueva: el tiempo lo dirá. Lo cierto es que la irrupción vikinga —cosa más del sentimiento que de la fría razón— se sacude de una tradición verbalista para enfrentar su propio rumbo. Cuando la nieve caiga a nuestras sienes, seremos a nuestra vez defensores de la tradición y el orden; es el sino biológico de las generaciones: desconocer, crear y ser desconocidas. Más hay un camino para recorrerlo hasta el fin. La Generación de la Fe es una de tránsito, un puente tendido entre el vano fachadismo de los que se van y la grave responsabilidad de los que llegan.

El error de Tamayo radica en pensar que sigue gravitando en los destinos nacionales. Como artista, pertenece al futuro. Pensador y político terminaron su misión. Por agudo que sea su ingenio, Tamayo no comprende nuestra época. Viene de la escuela de Salamanca, toda de suficiente, academismo geométrico, teoría científica e incapacidad para la acción. El nuevo orden mundial no admitirá al archimillonario, al monopolio privado, al estadista macrocéfalo, ni al escritor-narciso. Política es hoy ciencia de lo concreto; los conductores evolucionan de acuerdo al medio circundante. No basta el verbo tribunicio para dirigir colectividades; técnico y profesional sustituye al demagogo y al intelectualoide. La juventud que por mi pluma rinde homenaje a la gran creación literaria de Franz Tamayo, ya no es más aquella tímida y desorientada juventud de sus mocedades. Otro sentimiento iconoclasta, enérgico y viril, modela hoy las almas templadas en el sufrimiento y la autodisciplina. Admirar, interpretar al poeta; descifrar al hombre, sí. Someterse a él ¡jamás! ¿Quería Franz Tamayo una biografía oropelesca y femenina, toda ella de mieles y de rosas? Yo prefiero el retrato miguelangelesco, a grandes trazos rotundos y severos, la fuerza masculina de lo verídico a trueque de empeñar la delicadeza estética. Todo el lucimiento y la pavora del suceso humano.

Nuestro destino estriba, justamente, en romper el bloque monolítico de la soberbia indoespañola —Tamayo es el indio y el español característico, dicho esto en sentido biológico y no

de agravio— para forjar el gran mestizaje futuro, abierto a razas, clases y temperamentos. Cansados de la visión plorante de los arguedianos, del énfasis hueco de los tamayistas, los jóvenes queremos conocer Bolivia en función de realidad. ¿Qué somos? La nación mínima. ¿Qué podemos ser? Una patria respetable. ¿Linajes señoriles, blasones incaicos? ¿Abuelos que levantaron Huiñaimarca y Tiwanacu? ¡Pamplinas, señor Tamayo! Regresemos al teólogo, tan olvidado por el racionalismo científico: el hombre es poco más que una bestia, poco menos que un ángel. Toda la escala del bien y del mal se recorre en cada alma. Y quien cree ser el primero, es en verdad el último.

¿Qué Franz Tamayo nunca miente? Facilísimo demostrar lo contrario. Saben que en Bolivia no hubo mayor enredista ni desmemoriado más insigne. Tamayo es el político más contradictorio, el que más desmentidos y rectificaciones soportó de sus contemporáneos. Por eso, por mentiroso, acude al estribillo ya famoso: “Tamayo nunca miente”. Falsea los hechos con desparpajo inaudito. En el juicio que me anuncia, yo le probaré que es un descarado mistificador. *Para siempre* es un enredijo de injurias y falsedades. La historia de nuestra amistad, maliciosamente tergiversada por el irascible, es cosa muy distinta de cuanto él dice. Antes de que Tamayo lo haga yo publicaré todas las cartas que cambiamos para que se juzgue dónde está la cordura y dónde la manía persecutoria. ¿Dos, tres años de amistad? Falso. Conocimiento hace quince, amistad que data de diez años; y muchos agradecimientos y zalemas que el papel guarda con más fidelidad que la memoria. Callé la versión de esa amistad frustrada —la lealtad del hombre sano contra el recelo indígena— por piedad: más ya que el presunto agredido lo quiere, fácil me será demostrar que un joven puede dar lecciones éticas a un gran artista. ¡Cuántas veces vale más un sueño lírico, que la horrenda desdicha de lo real! ¿Qué Nietzsche no está traducido en su doctrina del resentimiento en la moral? Ignorancia: sus obras completas, en doce tomos, las tengo en mi biblioteca desde 1932, edición española de Aguilar de Madrid. ¿Qué Quijarro nunca se adjudicó la paternidad de la Constitución del 79? Falso. No faltará quien lo desmienta; Quijarro fue el autor de esa Constitución y lo sostuvo expresamente. ¿Para qué proseguir desmenuzando afirmaciones deleznable? La voz tonante que dice: “¡Tamayo nunca miente!”, en buena cuenta no hace otra cosa que inventar y desfigurar a su antojo los hechos. En lo histórico, en lo social, en lo anecdótico, su libelo es un pozo de embustes.

So pretexto de resguardar la honra de su nombre —que nadie ha ofendido— este señor nos ha demostrado que la sociedad es para él más alta de las glorias vivas. Tres semanas requirió Tamayo para enredarse y desconcertarse con las verdades de mi libro. Pero aquí valga el distinguo: si *La Creación de la Pedagogía Nacional* quiere orientar el espíritu boliviano partiendo de un planteamiento equívoco, *Hechicero de Ande* es el anhelo de conocerse crudamente para procurar ser mejores. Dos actitudes, dos éticas, dos estéticas distintas. Tamayo deprime para herir, denostar y vaciar el propio despecho. Yo crítico para corregir y aleccionar.



MIGUILLA

La cordillera abrumba. Aquí está la cabecera del valle de Miguilla, al que se desciende por un camino serpenteante. ¡Qué hondura, qué aridez, qué abruptas serranías! La hormiga humana se pierde por estos vacíos espantables, abiertos en el flanco de rocas salvajes y bravías.

(Cortesías del Excmo. Sr. T. I. Rees, Ministros de S. M. Británica en Bolivia).

Sesenta años se embozó el hombre en la niebla de la amargura para sustraerse a su pueblo. El destino me eligió para rasgar esa niebla. ¿Por qué me ocupo del tremendo resentido? Por resumir, su vida, la tragedia americana; y porque hablando de ella, la luz que en lo interno se proyecta sobre el drama boliviano, se refracta después al continente. ¡Genio y locura, soberbia y necedad, energía y fachadismo volcánicos! Aquí está América en marcha, con su barbarie espléndida y su sorda disociación de los valores. Los mármoles pentélicos de *La Prometheida*, el blanco sobre el índigo de Grecia de los Scherzos, carecen del sello de nuestra justificación telúrica. Cuando Tamayo deja el cincel por el hacha, la lira por la honda, el bajorelieve por la cresta de la montaña, recién comprendemos el abismo que nos separa de la civilización. La voz de América con rugido de fiera y bramido de trueno, asoma en este hombre elemental que no puede ordenar sus pasiones, reprimir sus instintos ni esconder sus infantiles vanidades. Grande en su naturaleza física, pequeña por su naturaleza moral, América del Sur es fácil, presa para los dominadores del Norte, justamente por esa anarquía interna que exaspera al individuo a costa del debilitamiento social.

Separemos ahora las partes para estudiar mejor el conjunto. ¿Quién es Franz Tamayo, qué significa el Anti-Tamayo, y qué el *Hechicero del Ande*?

Para analizar al primero cedo la palabra a los hombres de ciencia. Estos retratos personales suelen ser arriesgados. Busca uno la lira de plata del poeta y tropieza con la flecha del salvaje; se pierde otro por la serenidad del templo dórico y desemboca en la feria criolla. Evitemos pues sorpresas cediendo la pluma a los investigadores.

El profesor Lazurski, del Instituto Psiconeurológico de Petrogrado, cuyas ideas han revolucionado la doctrina de la individualidad, aplicando el principio de la adaptación activa del hombre al medio circundante, dice estas palabras definitivas: "El tipo superior deformado puede retratarse en esta forma. El medio desfavorable deforma, mutila la personalidad, quebrantando en todos los sentidos el desarrollo natural de la vida espiritual. El hombre se vuelve desconfiado, egoísta, indiferente y aún hostil respecto a las más personas y a los intereses sociales. En lo profundo de su alma cree que su vida se ha estropeado y que la culpa de ello es la sociedad; entonces la simpatía natural por los hombres se extingue gradualmente hasta ser sustituida por un rencor irritable, o una indiferencia cínica a todo lo que no sean los propios intereses de uno. El tipo deformado del nivel superior, aun conservando su potencia psíquica, altera los fines y el sentido de su actividad; aparecen en primer término los intereses mezquinamente egoístas, las inclinaciones sensitivas, el afán de mando, un amor propio desmesurado a los cuales se sacrifican la felicidad y la vida, no sólo de algunas personas aisladas, sino a menudo de generaciones enteras; y esta confusión endopsíquica resulta al final funesta para el medio social en que se desenvuelve. En vez de canalizar las fuerzas sociales, el poder le sirve sólo para consolidarse a sí mismo. Despótico, quiere esclavizar completa e incondicionalmente la voluntad ajena. La tendencia a elevar desmesuradamente el propio yo, trae aparejada una vanidad extraordinaria, una susceptibilidad e intolerancia morbosa frente a toda contradicción. Estas personas no admiten de ningún modo que alguien les haga alguna indicación o sepa nada mejor que ellas mismas. El deformado superior, sombrío, taciturno, receloso y agresivo, el individuo anti-social por excelencia; es, en verdad, un enemigo de la sociedad".

Sostiene la moderna escuela rusa que la deformación de la individualidad es de raíz patológica; una enfermedad de aspecto social, resultante del conflicto entre las inclinaciones del individuo y las posibilidades que le da su medio; esta enfermedad torna receloso y luego agresivo al hombre, como autodefensa para justificar sus fracasos. Toda deformación egocentra al individuo. Con frecuencia un talento artístico coincide con la defectividad moral y social. En los tipos deformados-geniales —sostiene el profesor Bazov— diríase que la personalidad se desdobra: una arrastra su existencia por el barro de la disipación; otra se eleva a alturas inaccesibles de la inspiración. ¿No dijo Macaulay de Byron que era un niño estropeado? Lo estropeó el destino, la naturaleza, la gloria y finalmente la sociedad misma. Su vanidad absurda fue resultado de graves traumatismos afectivos.

¿Podría darse mejor imagen psico-sociológica de Tamayo?

Todos conocen la profunda teoría del resentimiento arquitecturada por Nietzsche en su *Genealogía de la Moral*. Tampoco ignoran el meditado estudio de Max Scheler sobre fenomenología y sociología del resentido. Leyendo a Freud, Adler y Jung se ve surgir, bajo el escalpelo de los psiquiatras, la mecánica interna del fracasado social, aquel que transforma el odio

en dinámica de venganza. La furibunda reacción de Franz Tamayo ¿no cae bajo el dominio del psicoanálisis? El paranoico — refieren los doctores Federn y Mengs— es un autointoxicado psíquico; su resentimiento no reconoce otro punto de partida que la venganza. El hombre que en seis decenios no pudo dar salida a su rencor contra los demás (“la sociedad paceña soy yo” es una insigne majadería tamayesca) tenía que desbordarse frente a mi libro, que no le retrata de cuerpo entero como piensa su pueril egolatría, sino que sugiere apenas el perfil de su contradictoria personalidad. La dinámica psíquica del resentido estalla sobre el mayor número de víctimas; quiere que todos sufran como él sufre, con ese complejo de inferioridad que envenenó su existencia. ¿Y qué otra cosa es Franz Tamayo, sino el complejo de inferioridad disfrazado de arrogancia? El hombre verdaderamente superior no lo pregona; le basta serlo. Carezco de tiempo para seguir copiando el retrato y de crueldad para terminarlo. Mas quien lea las páginas pungentes del *Resentimiento en la Moral de Scheler* — estudio el más agudo sobre la desviación de los valores en la ética moderna— tendrá una comprensión bastante aproximada de Tamayo como hombre y sujeto social.

Demostrado, con ayuda de la ciencia, que Tamayo es el ejemplo más cabal del resentido, vamos a la segunda fase. ¿Qué significa el Anti-Tamayo?

Odio o amor fecundan la dinámica social. Proletario moral, a juicio del tratadista, es aquel que vive desposeído de una sana razón; el que pretende rebajarse rebajando a los mejores al caos sentimental en que se debate. El pretense moralismo de Catón, por ejemplo, nace en buena cuenta del sentimiento de distancia que lo separa —a él, un buen burgués resentido- de la antigua nobleza romana. Su ética es el odio, su estética la envidia. Caudillo moral es quien encuentra en el amor un anhelo de ascensión, el deseo de mudar de lo inferior a lo más alto, de la apariencia a la esencia, del no-saber al saber. Para éste el amor —no es sentido erótico, mas en otro de solidaridad social— es una aspiración, un camino, un método para elevar las almas y ordenar el mundo; es el principio activo de las sociedades. Contra el rencor disolvente del proletario moral, el caudillo moral exige su castillo magnánimo de tolerancia. En tanto el primero excluye de su áspero cubil a los demás, a todos abarca el segundo, aun a los réprobos, transmutando el agrio vino del rencor en los zumos generosos de la comprensión.

¿Se ha leído a Franz Tamayo, se le ha estudiado en sus frenéticas explosiones de ira ? Es Bolivia enclaustrada en sus montañas; el espíritu de odio, incapaz de acercarse y entender a los demás. Es la soberbia estéril, la vanidad morbosa, el ensimismamiento que retardan nuestra marcha de nación. A esa fuerza negativa, disolvente, que hace de Bolivia una isla en América y de cada boliviano una isla dentro de Bolivia, las nuevas generaciones oponen el concepto del Anti-Tamayo, que es la esperanza de superación.

Anti-Tamayo es el espíritu de generosidad, la voluntad de comprender y edificar en común. La patria nueva que atormenta el sueño, ganosa de ordenar las almas y cohesionar el cuerpo nacional. Es el impulso de iniciativa, la capacidad de perdonar las injurias, la fe del cruzado cuya abnegación no tiene límite. La dispersión de las islas se compacta; trenza su vibrante nervadura un archipiélago; y más allá, donde sólo alcanza el ojo del idealismo, dibújase la línea firme de los continentes. Los pueblos de unen como tierras; las tierras como pueblos. La patria ya no se usufructa. Hay que padecerla primero y perderla en la alegría, para rescatarla después en el dolor. ¡Miseria soberbia, menguada vanidad, torpe egoísmo! Hoy vale el individuo menos que la comunidad que lo contiene. Caen los muros del ensimismado. Una trompeta india bate los aires de la nueva Jericó. Como ruido de muchas aguas viene la verdad. Muerte de las ficciones, clausura de las torres de marfil. El boliviano se cansó de vivir en la mentira y la intolerancia. Indios somos de origen y de estilo. Más no el indio fósil, imposible, de la cultura extinta, sino otro y nuevo indio, que brota del cruce de las razas y empalma con el hombre universal del siglo XX. Si el monolito es el símbolo del indio histórico, petrificado en la quietud, la flecha de la estólida, siempre buscando altura, es el signo del indio nuevo, trepidante de la inquietud. Se ama la Patria tal como es: pequeña, amarga, desordenada, porque sólo reconociendo la confusión es lícito ganar el orden. El joven le sacrifica orgullo y tranquilidad; la honra en el pantano y en la cumbre. Atenta la vigilia de las almas, se inicia la movilización de voluntades. Hay que dinamizar al boliviano, redimiéndolo del rencor divisionista. Por la fe, por el esfuerzo colectivos, contra el resentimiento y la dispersión individual.

Anti-Tamayo es una verdad en marcha: el sentimiento de una generación ansiosa de vivir su propio destino. Si la moral es la manifestación superior del espíritu social, los jóvenes pensamos con Dostoiéwski que todos responden por uno y uno por todos. Para una ética nacional, todos somos culpables de que una sociedad consumida por el odio, la pereza y el espíritu de soberbia, haya engendrado su propio destructor. Tamayo es la sublimación y la agonía de un pasado que no puede regresar. Tan curioso fenómeno social, tan extraño caso teratológico de individualismo, no

deben repetirse. ¿No es éste un espejo del dislocamiento psíquico de los bolivianos? Anti-Tamayo es la voluntad de cohesión. Puede ser también un puente transitorio, una abstracción para salvar el abismo entre lo que fuimos y lo que soñamos ser. Tal vez la fórmula universalista que se opone a la tesis indigenista de orden cerrado. Un poco de aire en la garganta asfixiante de las montañas. Y por último la esperanza de todo un pueblo, que habiendo perdido sus nódulos vitales, persigue un renacimiento basado en la verdad y el sacrificio.

Podría desmenuzarse fácilmente el libelo de Tamayo: gazapos, inexactitudes, tergiversaciones malévolas, se disuelven al primer contacto. Pero ahorraré al lector delirio tan menguado. Las crisis de nervios de los ancianos son disculpables. Por lo demás, el complejo social-aristocrático de que padece su autor, está tratado por él mismo con estupendo acierto: jamás se vió mayor despecho en tantas frases. ¿Qué responder a un desatinado? El prestigio literario de Franz Tamayo surgirá de los cascotes de mi corcel andino. Y es por el portal de mi *Hechicero*, cómo pasará el sujeto a la posteridad: gran mestizo resentido, grande artista.

Ahora el tema crucial. ¿Qué es mi libro?

Errados andan quienes le suponen un retrato biográfico de Franz Tamayo. *Hechicero del Ande* es una criatura ideal, apenas enraizada en el modelo vivo. No soy historiador, sociólogo, ni biógrafo de casillero; sólo un escritor que forja creaciones puras con ingredientes. Alquimia estética. Poesía y verdad ¿no son una sola y misma cosa? Tamayo no entendió una línea, una idea de mi libro; todo se embrolló y se adulteró en la nube roja del resentimiento. Olvidó el irascible que la obra es, en último término, una sublimación de la realidad viva: transmutación de valores individuales en calidades trascendentes. Mi libro es el miraje poético de un drama humano, transpersonal al fin y al cabo, porque el artista parte siempre de lo particular para elevarse a lo general. *Hechicero del Ande* no pertenece al señor Tamayo ni al escritor Díez de Medina. Es patrimonio colectivo, territorio de las generaciones, porque fue concebido en la entraña de la tragedia boliviana y amasado con la sangre de todo un pueblo. ¿De qué se duele Tamayo? ¿No somos todos mestizos de ideas y sentimientos, que es peor que serlo de sangre y de piel? ¿No aullamos cien años al fulgor incendio, inmolando las mejores energías en los altares de la molición y la venganza? Su misma reacción, que viene a justificar mi tesis, ¿no linda en lo patológico? Su ensimismamiento, su fiebre social ¿no constituye una lección? (Y aquí cabe el paréntesis: no hablo nunca de fracaso social en sentido despectivo o ultrajante —la desgracia ajena siempre la respeto— sino como un resultante del temperamento) ¡Cosa estupenda que después de ser fervorosamente exaltado, el estudiado se revuelva contra el estudioso juzgándose agredido! Esto sólo podía ocurrir en Bolivia y provenir de Franz Tamayo. Ciertamente: el prisionero de la calle Loayza no es ni puede ser *Hechicero del Ande*. Le falta peso, estatura, vuelo y osadía. ¿Quién midió el abismo entre el modelo vivo y la criatura ideal?

Anoche, revisando estas líneas, volví a Beethoven, el gran encantador. Para sepultar al héroe tamayano de mi juventud, escuché la “Marcia funebre sulla morte d'un héroe” de la opus 26. Acordes trágicos, solemnes, se llevaron mi fe en el Franz Tamayo de la admiración primera. Ahora sólo existe en mi alma el Anti-Tamayo, ese espíritu joven de generosidad y sacrificio, por el cual se afirmará la patria nueva. ¡Nunca cometer el pecado contra el espíritu de atribuir maldad a los demás! No permitir que la soberbia ciegue la razón. Y más allá del Tamayo viviente que anula y se destruye a sí mismo; por encima del Anti-Tamayo que sólo habita en el fervor y en la esperanza de las nuevas generaciones, se cierne ya la sombra majestuosa del *Hechicero del Ande*. Pero esto escapa tal vez a nuestro tiempo y al medio circundante; y en todo caso el señor Tamayo se ha rebajado mucho con su actitud para poder aspirar a tamaña jerarquía.

“Tamayo le arrojará el Illimani a la cabeza” — me advirtió un amigo. Yo dormí tranquilo porque adivinaba el presente: un montón de barro dentro de un cerco de diamantes. ¿Cómo concebir tal indignidad moral en frases tan espléndidas? *Para siempre* es el testamento del último y más grande de los libelistas bolivianos. ¡Grandeza y miseria de la inteligencia: el alma que forjó la más pura estatua de la lírica americana, tenía que dar también la más triste explosión de megalomanía y resentimiento! Todo lo que Tamayo escriba, de hoy en adelante, ya no podrá borrar el estigma de su estrechez moral.

Hacer la buena guerra es prenda de varonía. Cada cual ha de obrar como quien es, no como le obligan. Vencer a lo ruin —sostiene Gracián— no es gloria, sino rendimiento. Yo prefiero perder la batalla de las diatribas, para ganar en dignidad de mi conducta. Quede el señor Tamayo con las injurias que revierten sobre su persona. Goce o padezca con mi libro. De aquéllas me sacudo; éste no requiere defensa. A mi me movió el anhelo de dar un sentido a la generación que declina y otro a la que surge. *Hechicero del Ande* no es un ditirambo ni una agresión. Tampoco el



ACHOCKALLA

Al noreste de La Paz, un paisaje convulsionado se desprende de la meseta. Afirma la leyenda que en el siglo XVIII, la tierra se hundió 300 metros debajo del altiplano; y un sobreviviente instauró culto a la Virgen de Sopocachi, para recordar la peripecia geológica.

(Cortesía del Excmo. Sr. T. I. Rees, Ministro de S. M. Británica en Bolivia).

retrato de un individuo, porque la biografía estética o fantástica, como yo la entiendo, descompone, analiza y recompone, potenciando el modelo hasta la majestad del tipo. Mi libro es algo más profundo, que trasciende el fenómeno estético para anclar en la ciudadanía espiritual. Algo superior a la soberbia de Tamayo, algo más fuerte que mi porfía juvenil, nos tenía destinados a esta pugna lamentable antes de nosotros mismos. El tiempo, supremo dirimidor, despejará la discordia.

Tengo prisa por terminar este incidente de generaciones, esta ruptura entre los que llegan y los que se van, servirán mañana al estudioso para sondear la inconsistencia de nuestra psique nacional. Pero aun formularé declaraciones explícitas:

No tengo miedo a polémicas, injurias, juicios criminales ni amenazas de ningún linaje. Ni bravucón ni cobarde, responderé en el terreno que sea.

Lamento haber sido pretexto para que Franz Tamayo ridiculice a Franz Tamayo con la tragicomedia *Para Siempre*.

Por decoro de mi ética cristiana, rechazo el cargo de difamación. Respeto el nombre del señor Tamayo como respeto el mío mismo; no tuve ni guardo malquerencia para su "estirpe". Algún día compondré la *Crónica de los Diez de Medina*, con la misma libertad de juicio de mi Hechicero. Vidas de hombres, no de dioses. Designio de exaltar, no de ofender.

Estoy dispuesto a concurrir a cualquier tribunal público o privado, para defender la honrada intención de mi obra. Allí se sabrá muchísimas cosas que Tamayo calló y desfiguró maliciosamente. Nada de esto va dicho en son de amenazas, mas en función de enseñanza y reprensión. Porque es curioso: quien menos debe hablar, se deslengua. Y el vociferador esconde casi siempre la propia ruina, tras la muralla de los denuestos y los gritos.

Querer transformar el barro en arcilla o el carbón en diamante, es poesía. Pretender sublimar a Franz Tamayo, cuando Franz Tamayo fiel a su destino trágico se despedaza minuto a minuto, también es poesía. Forjar un canto alado para un pueblo que se debate en la tiniebla, es igualmente poesía. *Hechicero del Ande* es un retrato fantástico tatuado en piel de seda; por eso no lo entienden los rudos ni los amargados. Y si hablamos de poesía, suprema música de almas, cerremos este doloroso espectáculo de nuestra miseria nacional, con las palabras órficas de Hölderlin: "Los poetas deben entrar con la cabeza descubierta al centro mismo de la tempestad. Con sus propias manos han de tomar el rayo celeste y, envueltas en su canto, transmitirán al pueblo ese don divino. Pues sólo ellos tienen el corazón puro como el de un niño; sólo sus manos son inocentes. El rayo celestial no los aniquila, y aunque los sacude de dolor divino, su corazón eternamente joven permanece firme".

Excuse a todos el varón culto sonarle el fondo a su caudal —recomienda el sabio— si quiere que le veneren todos. Formidable es un río hasta que se le halló el vado; y respetado un varón hasta que rompe los diques del propio decoro. ¿Cómo podría tener fe la juventud en un

hombre que sólo se acuerda de su Patria cuando se trata de sí mismo? ¿Cómo en el grande ingenio que se trastorna hasta la autodivinización? ¿Cómo en un resentido que se enloda en su propio vocabulario? Pasó ya el tiempo del fachadismo y el énfasis románticos. Los pueblos tienen hambre de conductores. Las almas jóvenes anhelo de saber, sabiéndose. El fantoche y el demagogo caen de la tribuna pública. Buscamos un maestro que haya sido el guardián de su propia integridad. Alma de almas: la harina celeste de la conducta.

El grande hombre que “habitó un sueño como habitar el Ande”, ya no es. Murió “el silencio que era más que el mar que canta” Ahora sólo queda — para siempre para nunca— el sórdido pavor de la tragedia boliviana: ¡el más grande de sus hijos, tenía que ser también el más pequeño!

INSURGENCIA DE LA JUVENTUD

El conflicto de generaciones es la historia del mundo.

Toda generación se opone a aquella que la precede. A veces la potencia excesiva de una sola se desplaza por encima de dos, tres, generaciones, impidiendo su libre desarrollo; pero tras cortas pausas se reanuda la trágica lid. Y a esta rebelión permanente de los que llegan contra los que se van, debe el hombre su poder de rejuvenecimiento.

Que un alma insatisfecha insurja contra las más, no es envidia, como piensa la torpeza de tierra adentro. Esa ruptura, antes que incidente de individuos, es un fenómeno social. Contienda que es de ahora y es de siempre, repite el drama de la vida en el drama del pensamiento, donde las ideas equivalen a los hombres y el alma — hambre magna — al ansia irrenunciable de la acción.

Digo “generaciones en pugna” y aclaro: la edad no determina la conducta. Hay jóvenes viejos, como hay viejos jóvenes. Hombres tuvimos como Ismael Montes, que septuagenario valía por diez jóvenes en inteligencia y energía. Jóvenes conozco que diez juntos valen un viejo por su conformismo y su molicie. Puede pertenecerse por la edad a una generación; por el espíritu a otra. Por ello es injusto condenar a los viejos y exaltar solamente a los jóvenes. ¿No hay quienes demuestren ser viejos y quienes merecen ser jóvenes? Ni toda flor temprana es juventud, ni todo roble añoso decadencia.

Allí donde pasiones y deseos se apaciguan, crece el conformismo, se debilitan las energías físicas y el entendimiento se embota. Es el estado de mineraloide, contra el cual insurge la plenitud orgánica de la juventud. Enfrentemos, pues, no a los viejos por edad, mas a los caducos por deserción del espíritu. A todo lo que se debilita en la actividad animal; al estado mineraloide en que las formas estratificadas se endurecen progresivamente, hasta perder por entero su capacidad transformativa.

Aquel que se alza y dice, — No quiero ser lo que vosotros sois, sino lo que yo, exclusivamente, puedo ser —, ése llegará.

La lección trascendente de la pugna de generaciones no es simple divergir de individuos, sino la presencia de dos lenguajes en franca oposición, dos fuerzas espirituales contrarias. La crisis estalla cuando los nuevos se resisten a proseguir sometidos a los antiguos; quieren hablar su propia lengua, ensayar su verdad. Sobrevienen, entonces, la insurgencia de lo posible contra lo acabado, del “queremos ser” contra el “somos”. Esta pelea secular entre los que defienden los viejos reductos y quienes anhelan demolerlos para erigir nuevas formas de vida, es la historia de la humanidad.

En el umbral de toda juventud fueron inscritas las palabras del divino Hesíodo: “Los Dioses han puesto el sudor delante de la prosperidad”. Sólo aquellos que entiendan el mandato cumplirán su deber de hombres jóvenes; y cuando pase el tumulto de los años, y otras conciencias nos desconozcan como nosotros desconocemos a quienes nos preceden, recién podrá juzgarse esta actitud de rebelión, que siendo, en apariencia, misión de un individuo, responde en el fondo a una ley de muchedumbres: el mundo rueda y se transforma, y el pensamiento va por delante, destruyendo lo caduco, abriendo paso a lo nuevo.

Planteadas estas consideraciones generales, puntualizo: hablo en nombre de una generación que enjuicia a la anterior por imperativo biológico de subsistencia. Hoy que la política y la economía transforman la vida de las sociedades, corresponde al escritor indagar por el espíritu.

Me ocuparé, por hoy, de la mineralización de nuestra literatura; y de un caso típico de filisteísmo intelectual.

El mundo evoluciona rápidamente en lo material. Cine, radio, transportes, navegación aérea reducen el tiempo, acortan el espacio. Todo cambia; y los antiguos cánones ceden paso a una nueva organización social. Espiritualmente el proceso es otro. Quien conoció el cine mudo puede habituarse a la pantalla hablada, sustituir el tren por el avión, la novela por la radio. Pero no es tan fácil aprender moral con Séneca y concluir en el subjetivismo boyarista de Jules de Gaultier; pasar de la filosofía del sentido de Lao-Tsé al pragmatismo de Williams James; o haberse iniciado en la novela de tesis de Paul Bouget para terminar entendiendo a Marcel Proust. De esta diferencia de velocidades, deriva el caos espiritual de nuestro tiempo. Somos aptos para acomodarnos al mundo exterior; ineptos a la disciplina mental.

Aproximémonos a un representante de la generación del 900. Alcides Arguedas, hombre que viste a la moda, viaja en avión, lee diarios franceses y ama la radio, a pesar de sus muchos libros publicados, es un ser inculto — si se considera su escasa frecuentación con los clásicos y su casi completa ignorancia del pensamiento contemporáneo. Toda su experiencia literaria, en treinta años de escritor, se reduce a la chismografía de la tijera y del engrudo, con influencia apariencial del periodismo galo y superficialidad de análisis. *Su Historia de Bolivia*, monumental en el esfuerzo, es deleznable en el resultado. *Danza de las Sombras*, un batiburrillo de anécdotas baratas e impresiones de mal gusto. *Pueblo Enfermo*, manual de sociología casera para uso de estudiantes jeremíacos. Arguedas, exterior, pretende pasar por hombre moderno. Arguedas íntimo, no pasa del mineral de baja ley.

¿Por qué me ocupo de Alcides Arguedas? Por ser el tipo característico del panfletario boliviano, aquel que hace de la pluma una arma para subir y un escudo para protegerse en las caídas. Porque Arguedas resume el complejo de inferioridad de la raza, cansada de sufrir y lamentar sus desventuras, contra el cual irrumpen las nuevas generaciones. Porque suya es la leyenda negra en torno al nombre de Bolivia, que los hombres de fe estamos obligados a disipar.

Una literatura es orgánica en tanto aporta vida y movimiento, plantea problemas, suscita corriente. Es decir: remueve y avienta. En vez de frases huecas, ideas; las formas se agilitan y renuevan; el espíritu dialéctico y el ingenio estilístico se aguzan. Expresa, en suma, un estado colectivo pensante y actuante, que parte de uno para resumir a todos. Es inorgánica, desde el momento en que esas fuerzas en formación se paralizan, tendiendo a la petrificación; y a la forma vital, henchida de energía biológica, sucede el cómodo fluir de la costumbre. Al consolidarse este proceso de estancamiento, que tira traicioneramente hacia abajo, aparece, por inercia de la crítica y la fácil complicidad ambiente, lo que puede denominarse el estado de mineralización de una literatura. Agotadas las matrices creadoras, las plumas se repiten unas a otras; nadie inventa ni descubre nada. Hombres e ideas como autómatas, identificados en un ritmo monocorde, se repiten hasta la unidad del hábito. Ya no hay pensamiento creador, sino fraseología. ¿Correr el riesgo de sacudir conciencias? ¡Bah! Más vale acatar lo conocido. Al espíritu de lucha, sucede el



BOLSA NEGRA

A espaldas del Illimani, la roca sombría de una mina de estaño contrasta con la gran masa nevada. ¿Qué no se puede vivir a 4.000 metros? Los mineros bolivianos habitan a 5.000. Y el abismo vertiginoso, desmedido, refiere cosmogonías que la mente apenas avizora.

(Cortesía del Sr. T. I. Rees, Ministros de S.M. Británica en Bolivia).

espíritu de sosiego. El síntoma inconfundible de que se clausura una época literaria para dar campo a otra, se manifiesta por el monopolio de las letras, que unos cuantos defienden obstinadamente, a fuerza de elogios recíprocos, de diplomacia intelectual, de actividades sociales, de rechazo para todos los que no acatan las normas de la élite conductora.

En Bolivia veneramos fetiches, pero más allá de nuestras fronteras repercute la caída de los tabúes literarios. Por toda América comprobamos el mismo proceso depurativo: una actitud de descontento, un erguirse contra el peso muerto de los falsos maestros y los prematuros auto-consagrados, un negar libros frívolos dejando en pie sólo aquello que tiene médula y decoros propios. Esa capacidad de selección nos falta, acaso porque carecemos de guías espirituales. Mi generación no tuvo maestros. Demostrando óptima visión de la cultura moderna, Sánchez Bustamante ocupó la tribuna pública para acercarnos al pensamiento occidental. Acometió la reforma educativa en el gobierno Montes, proyectó más tarde la autonomía universitaria; le faltó, empero, la tenacidad de alma para aproximarse a los jóvenes y dar un sentido orgánico a su entusiasmo disperso. Maestro de la Juventud le llamó la generación de nuestros padres. Para nosotros sólo fue en su fatigada ancianidad, un ciudadano eminente, desengañado de los hombres. Somos la generación sin maestros, formada en la penumbra silenciosa de los libros, en la lucha dramática de los días. La experiencia fortaleció nuestro brazo, el dolor templó nuestros corazones. Pero en vez de cargarnos de sombra y pesimismo como la generación arguediana, la nuestra convirtió el carbón en diamante y del abismo subió a la luz. Del aprendizaje solitario, oscuro, donde una adolescencia turbulenta se da de bruces con la terrible densidad de las ideas, surgió la fe de una patria mejor por necesidad de sacrificio. Reconcentrados en sí mismos, los muchachos se hicieron hombres; y obligados a revertir al interior, aprendieron a entender el contorno. A la inquietud que interroga, sucedió la serenidad que responde. Ese día cayeron los viejos ídolos de barro.

¿Qué sucede en Bolivia? Se reúnen cuatro, cinco, diez personas. Al amparo de algunos libros que pocos leen y raros entienden, proclaman la dictadura del pensamiento, adjudicándose la representación irrenunciable de la literatura nacional. Y por una servidumbre inexplicable de la inteligencia, ofuscada, socavada por la masonería literaria, los filisteos de nuestra cultura se acercan a las tres décadas de un famoso reinado compuesto de pompas publicitarias, humo vanidad. Tamayo es la excepción; se supera de libro en libro. Pero Tamayo, el gran egoísta, no cuenta para los jóvenes en un sentido ético y social; para él, a su vez, no cuentan sociedad ni juventudes. ¡Sólo su obra! Mendoza, poeta, explorador y novelista, pudo ser un maestro; su alteza moral corre pareja con su nobleza mental. Conoce Bolivia como nadie la entendió; ha compuesto hermosas páginas, en medio a flojas descripciones de parajes y costumbres olvidados. Mas descuidó en grado tal su instrumento expresivo, tan dejado fue del estilo, que en sus obras se confunden y entremezclan lo bueno con lo trivial. Estudiando ríos y montañas, se apartó de los hombres; y el que pudo ser adalid, acabó incomprendido, confinado en los reinos del ensueño y la sociología. No habiendo, pues maestros auténticos, fuerza será volver a los falsos conductores. Y entre ellos, al mayor responsable, Alcides Arguedas, que hace treinta años emponzoña las fuentes del pensamiento boliviano.

En vísperas de publicar mi primer tomo de ensayos, podría obtener fácilmente el espaldarazo de la logia literaria: Arguedas y Cía. Me abriría los brazos si yo fuese a su encuentro. Mas debo cumplir un deber de juventud; y ese impulso concienical me dice: para ser un hombre, comenzarás por hacerte una conciencia recta, capaz de discernir lo bueno de lo malo; y después de muchos días de lucha, cuando hayas sostenido la verdad a costa de tu propio sosiego, renunciando al éxito por amor a lo justo, recién serás un hombre. Pues bien: vaya el éxito del escritor por el decoro del hombre.

Toco la culpa viva de nuestra miseria literaria; el reinado corrupto del arguedismo.

No siendo un crítico, no haré una crítica detenida del sistema arguediano. Pero lo cierto es que, ajeno en absoluto a los rigores del método escolástico, del discurso enciclopedista, del sincretismo moderno, Arguedas es un producto genuinamente criollo, hijo del desorden y la irresponsabilidad. *De Pueblo Enfermo a Danza de las Sombras*, el escritor se repite con desoladora monotonía. Ideólogo gastado y sensiblero, a la manera finisecular, calca con rara habilidad ciertas ideas fundamentales y no siempre justas de Gabriel René Moreno —el espléndido historiador cruceño— para contarnos, en mal castellano y con total ausencia de probidad, cosas trajinadas por los cronistas del pasado y chismes vertidos en todas las encrucijadas de la tormenta postcolonial. En cuanto a nuestro pasado republicano se refiere, las tintas de Arguedas son tan sombrías, presenta los hechos tan desfigurados y los personajes tan deformes, que su *Historia de*

Bolivia raya en el diabolismo de los folletones para costureras. Desordenada, incoherente, confusa en el conjunto, trivial para el detalle, flojísima en la interpretación psicológica, la obra histórica de Arguedas más tiene de catálogo que de estudio científico. Como nadie tuvo, hasta hoy, su constancia y su paciencia para acumular anécdotas y chismes baratos, datos, números y versiones improbadas, fuerza es acudir a sus pesados volúmenes en materia de consulta; al fin y al cabo las fechas, las catástrofes, los nacimientos, muertes y documentos son siempre los mismos, pasen por el tamiz del historiador perspicaz o por la criba del investigador fraudulento.

Arguedas es el jornalero de la historia nacional: piedra por piedra, con perseverancia de alarde, aunque todas las hileras resulten desiguales y bamboleantes. Para el dato incierto, para la anécdota torcida, Arguedas no tiene rival. Sus ojos miopes lo rastrearon todo, escuchó con oído ligero, trazó y pintó con mano precipitada. Las rectificaciones a su historia son innumerables. De diez cosas que afirma, siete son erradas. ¡Y ésta es la única historia de Bolivia que conocen los bolivianos! En cierto sentido Arguedas es antípoda del mundo en que nacieron las célebres *Décadas de la Historia Romana*. Dícese que el gran Tito Livio, aquel que inmortalizó con su genio la majestad de los romanos, solía complacerse en el relato de las acciones nobles y en el retrato de los grandes caracteres. Nuestro historiador de marras se solaza más bien en lo contrario: en la pintura del mal y en la vileza de los hombres. No hay una figura tallada con amor, ni una acción contada con alteza de ánimo. Siempre el tono quejumbroso, la inclinación malévolas, la escoria de los restos calcinados. Arguedas no relata; llora. No enseña; sucumbe en el vaho de su propia agorería.

¿Cuál es el sistema arguediano? El principio de causalidad, nervio de toda investigación crítica o histórica, está ausente de su obra. Ni base conceptual, ni desarrollo lógico, ni estructura expresiva. ¡Y qué decir del colorido y del matiz, refinamiento de maestro: el historiador criollo ignora su manejo! Si se aproximó a los grandes historiadores modernos, fue incapaz de asimilar su método y su elevación moral. No hay en los libros arguedianos ese desenvolvimiento gradual de las ideas, ese producirse orgánico de dentro a fuera, esa relación metódica de las proporciones, esa unidad de fondo y forma que arquitectura todo relato histórico. Y menos, claro está, el severo desapasionamiento del hombre de ciencia, que hace de un Burckhard o de un Montesquieu, modelos de probidad ética y de agudeza crítica. La concisión de Plutarco, la rectitud de Tucídides, el severo esplendor de Tito Livio, son instrumentos desconocidos para la batuta arguediana: ni aún queriéndolo, podría manejarlos. El nació hosco, resentido, para contar con pluma pedestre los escándalos de barrio. Los hechos, para Arguedas, fluyen porque sí, aburridoramente densos en la descripción o inopinadamente enquistados en el tema troncal del relato. Para un pensar científico, para un mirar perspicaz, es imposible hablar de un "sistema arguediano", como no sea el sistema aretinesco — y aun el Aretino con ser un pasquinista tuvo ingenio y estilo — de acumular historias a base de chismes callejeros y malevolencias personales. Basta recordar aquí que el propio Arguedas ha confesado, más de una vez, que debe toda su información a los diarios...

Los periodos arguedianos son largos, fatigantes. Las imágenes torpes y borrosas. Las ideas excesivamente trajinadas, con absoluta falta de indagación psicológica. Arguedas se detiene siempre sobre el filo de los hechos, sin indagar su sentido. Pero en el colorido abigarrado es insuperable; maestro del mal gusto, su melodramatismo y su vulgaridad corren parejos. Es el ejemplo típico del escritor sudamericano, autodidacto y presuntuoso, hecho a fuerza de tenacidad de picapedrero y bombos cuidadosamente elaborados. Falseada en los hechos, rebosante de rencor en la intención, la historia de Arguedas es el espejo del doctorismo altoperaño, atento a la intriga y la perfidia, que sólo mira hacia abajo, manifestándose por prolongados histerismos. ¡Cuán descarnada desnudez: cuatro huesos delgados, desprovistos de médula y de músculos, por los cuales resbalan ideas trilladas, densas aglomeraciones anecdóticas! Literatura de pacotilla, es decir pésima literatura, intrínsecamente vulgar en el sentido decisivo que le da Aldous Huxley, sólo pudo sobrevivir a su miseria en un ambiente inculto y dormido como el nuestro.

La influencia del sociólogo ha sido más perniciosa que los yerros del historiador. El complejo de inferioridad que trascienden las páginas morbosas de *Pueblo Enfermo*, ha contaminado a más de una generación contribuyendo a paralizar las energías nacionales y a destruir su débil fe en un futuro mejor. ¿Pueblo enfermo? No, señor Arguedas. ¡Pueblo Niño! Ni mejor ni peor que las jóvenes naciones embrionarias de la América Sureña; núcleos en formación, formas sociales en constante ebullición, que sin alcanzar todavía al Estado orgánico, no por ello dejan de constituir soberanías nacionales conscientes de su destino. Arguedas inyectó el virus del pesimismo en el alma boliviana, adormecida ya por una centuria de contrastes. Su primer ensayo sociológico presenta un panorama sombrío de la raza y de su historia sin dejar resquicio a la esperanza; el último concluye profetizando la liquidación de la nacionalidad. ¡Hondo y negro cavó el sepulturero! Pero los pueblos-jóvenes a tropezones, a desgarrones, franquean el abismo.

Bolivia subsistirá sobre el desorden actual, saldrá del secular sopor que la oprime, y generaciones que aun no han sido, con su fe, con su sangre y con su esfuerzo, la elevarán al pedestal de las naciones respetables.

¿Es que la historia de un pueblo se compone sólo de sus miserias y desgracias?

La nación más desdichada tiene un pasado, si no siempre de gloria, siempre significativa y trascendente para sus generaciones. Las catástrofes políticas tiene su resplandor moral; los déspotas, las traiciones, las guerras, matanzas, intrigas e imprudencias amasan la levadura humana. ¿Qué nos enseñan Shakespeare, Balzac, Dostoiewski, maestros del alma? Que en el varón más justo acecha un pecador; que en el ser más abyecto atisba el héroe. Esta dualidad inmanente de la psicología humana, no puede escapar al ojo zahorí del auténtico historiador. Pero en la lente horrenda de Arguedas toda visión se vuelve tétrica, amplificada por su propia lobreguez emotiva. ¿Qué es la historia? El pasado a través de un temperamento. ¿Qué la historia de Bolivia a través de arguedismo? Una pesadilla de una mente lúgubre. La historia de Bolivia escrita por Alcides Arguedas, no es tan historia de Bolivia; es la historia de un pueblo vista por un hombre enfermo. La historia de los pueblos es también la historia de las almas; Arguedas ignora esta ley recíproca y profunda, y en vez de ahondar los caracteres, prefiere atenerse a los díceres, recogiendo sus mejores fuentes de información de los pasquines de la época, cuando no carga las tintas con su pluma biliosa, espontáneamente inclinada a pensar mas y abultar los errores ajenos.

El pozo de la historia esconde légamo en el fondo, mas sus aguas se purifican y esclarecen a medida que el juicio de los hombres se humaniza; de lodo y cristal se forja todo el acontecer histórico. Arguedas maneja solamente el lodo, porque carece de sensibilidad para entender la geometría maravillosa del cristal. Pudiendo haber sido el intérprete de las glorias y las desventuras de su patria, prefirió ser sólo el cantor de sus miserias, exagerando unas inventando otras, falseando y deformando los hechos a su antojo, enjuiciando inmisericordemente a los hombres, hasta levantar ese monumento de difamación colectiva que se llama *Historia de Bolivia* por Alcides Arguedas.

Este filisteo de la cultura, este "diminuto magíster antiestético", que hizo de la amenaza y la lisonja doble arma para escalar situaciones, ha conseguido reunir en su redor a los demás corifeos: ingenios menguados, naturalezas cómodas, que prefieren batir palmas al agorero, en vez de luchar por un ideal. Cuentistas ramplones, poetas chabacanos, críticos adocenados, sociólogos a la violeta, he aquí la hueste arguediana. Pero la hueste, con ser débil en cada uno de sus componentes, es fuerte por el número y el modo compacto con que actúa. Y se lanza a la conquista de las posiciones literarias y sociales, como la jauría tras de su presa. Aptos para actividad mundana, éstos son los creadores de academias, juegos florales, torneos literarios y justas sociales. Junto al "gran" historiador", aparecen sus satélites: el "gran" sociólogo, el "gran" cuentista, el "gran" poeta. ¡Ay de quién no admita la jerarquía de los arguedianos! Ese no podrá figurar en los círculos privilegiados de la literatura boliviana. En cambio, los sumisos, tendrán espaldarazo, sitio en los banquetes, comentarios amables por la prensa. Si la literatura es un medio de la vida, nada más sencillo que incorporarse a los elegidos; la tolerancia aproxima a los mediocres. Más cuando la literatura se toma como un riesgo, una responsabilidad actuante, una aptitud de lucha y sacrificio, es imposible transigir con los filisteos.

Lo grave, lo lamentable es que entre todos los arguedianos jamás se vió al verdadero intelectual, al hombre de pasión, al ente de letras, capaz de ocupar la tribuna pública o periodista para debatir problemas culturales y enseñar con el propio ejemplo: nunca al escritor austero, consciente de su destino, aquel que lucha por un idea hasta imponerla o sucumbir con ella. Maestros fueron, en cambio, para el discurso de circunstancias o el artículo frívolo, que las buenas gentes devoran extasiadas. Sin esa fuerza subjetiva de discriminación que caracteriza al ser pensante, su obra carece de significación social y carece también de calidades estéticas. Imitarlos sería servidumbre; superarlos ya es un deber.

Ese "gusto villano" que el gran Don Marcelino combate en el Quijote Apócrifo de Avellaneda, es el mismo que, reproducido y aumentado, deben combatir las juventudes sudamericanas en los plumíferos criollos. Es contra esa falta de fe, contra esa ausencia de ideales, contra ese clamor jeremíaco, contra esa negación del buen gusto, contra esa ramplonería desaprensiva que toda alma joven se alzaré por imperativo de conciencia. No queremos ya el literaturismo de los arguedianos, seco, enteco, entelerido, denunciando en todas sus líneas un realismo brutal que despoja a los seres y a las cosas de un alto y generoso concepto de la vida. Necesitamos libros ricos de pensamiento, finos de expresión; dos cualidades que jamás poseerán los arguedianos, porque provienen del naturalismo zolesco y de la técnica simplista del folletón.

Necesitamos escritores de verdad, removedores de ideas, creadores de belleza; no plumíferos ensimismados e ignorantes.

Existe un orden jerárquico natural, que ninguna sociedad puede infringir sin atentar contra sí misma. Esa jerarquización de los hombres y las obras, conforme a naturaleza, colocando a cada cual según sus méritos – las almas pesadas al fondo, los espíritus aéreos arriba —, constituye el pedestal ético de las literaturas. Quién no sabe, no debe esperar que lo juzguen. Por desdicha, en Bolivia nadie o muy pocos se preocupan de estudiar antes de emitir un juicio; y a esta estupenda ligereza colectiva se debe la inversión de valores en que nos debatimos; política, literaria, artísticamente.

¿Se quiere un patricio al modo romano? Román Paz. ¿Un gran escritor? Franz Tamayo. ¿Un profesor de energía? Jaime Mendoza. Pero estos hombres representativos viven en el olvido y el aislamiento, en tanto los filisteos encumbran al “filisteo cultivado”, según el decir nietzscheano, el que se encargará de consolidar a su vez a los encumbradores. Pues bien; yo digo: ¡terminemos con el fraude y la simulación colectiva! Arranquemos la máscara del filisteo, derribemos el pedestal de arcilla de los falsos ídolos.

La nuestra es una generación de tránsito, colocada entre un mundo que perece y otro que nace. Debemos revalorizar nuestros clásicos, que ya los tenemos aunque pocos; y terminar con los farsantes, que son muchos. Dice Heine que en literatura, como en los bosques de la América Septentrional, los hijos acogotan a los padres cuando éstos se ponen viejos y débiles. En Bolivia, en ese mismo sentido figurado que atañe a las relaciones de generaciones a generación, ya no nos satisfacen el candor romántico de nuestros abuelos ni la ramplonería cultivada de nuestros padres. Queremos ser nosotros mismos, no una imitación de fantoches. Contra la molicie y el conformismo, la responsabilidad frente al destino.

Que esta insurgencia literaria anuncie la rebelión juvenil en la vida boliviana. ¡Patria nueva, a la vera de un nuevo pensamiento! En política, en economía, en educación, en literatura: otros hombres y otras ideas. Este es el mensaje. Un partido de juventud debe pedir cuentas a los partidos tradicionales y sustituirlos en el manejo de la cosa pública. La Guerra del Chaco liquida una época. ¿Tendremos el coraje y la constancia para afrontar la apertura de otra? Más vale quien se frustra en el mediodía de la vida, ebrio de superación, que aquél que se abandona al cómodo fluir de la costumbre. Una voluntad en marcha ¿no es la adolescencia realizando el aprendizaje de la hombría? Nada más que la verdad; nada menos que toda la verdad, como dice la sentencia antigua. Esta es nuestra fe. Nuestra milicia. Nuestro destino.

Nota: Este ensayo enjuiciamiento del “arguedismo”, fue publicado en los diarios de La Paz en abril de 1935.

© Rolando Díez de Medina, 2004
La Paz – Bolivia

[Inicio](#)